

VIVIAN GORNICK
Mirarse de frente

TRADUCCIÓN DE JULIA OSUNA AGUILAR

narrativa sexto piso



MIRARSE DE FRENTE

VIVIAN GORNICK

TRADUCCIÓN DE JULIA OSUNA AGUILAR



Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Approaching Eye Level

Copyright © VIVIAN GORNICK, 1996
Publicado con el permiso de Farrar, Straus and Giroux, Nueva York

Primera edición: 2019

Traducción
© JULIA OSUNA AGUILAR

Imagen de portada
© Münster Studio

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2019

París 35—A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.
www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

eISBN: 9788417517564

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

LO QUE SIGNIFICA PARA MÍ EL FEMINISMO

El *Village Voice* me encargó que fuera a investigar a «esas de la liberación de la mujer». Era noviembre de 1970. «¿De qué hablas?», le pregunté al redactor jefe. Al cabo de una semana ya era feminista conversa.

En los primeros tres días conocí a Ti-Grace Atkinson, Kate Millet y Shulamith Firestone; en los tres siguientes, a Phyllis Chesler, Ellen Willis y Alix Kates Shulman. Hablaban todas a la vez, y me empapé de hasta la última palabra que salió de sus bocas. O más bien debió de ser que las escuché a todas diciendo lo mismo, porque volví de esa semana con un único pensamiento grabado a fuego en la cabeza. Era el siguiente: la idea de que los hombres, por naturaleza, se toman en serio sus cerebros, mientras que las mujeres, por naturaleza, no, es una creencia, no una realidad; esta idea está al servicio de la cultura imperante; y nuestras vidas parten de esa base. Bastante sencillo, la verdad. Y seguramente ya lo habría dicho alguien. ¿Cómo era posible que yo no pareciera haberlo oído hasta entonces? ¿Y por qué ahora sí lo había escuchado?

Tanto en política como en el amor, sigue siendo uno de los grandes misterios de la vida: la disposición, ese momento en que los elementos se alean en la medida justa para materializarse en un cambio interior. Si eres de los que reaccionan al momento nunca puedes explicarlo del todo, sólo puedes describir lo que sientes.

Yo siempre había sabido que la vida no era apetencia y consecución. A mi manera, la de chica buena, concienzuda y enfadada, perseguía «el sentido». Era importante hacer un trabajo que importara (o sea, trabajo

mental o espiritual) y querer a un hombre que fuera el compañero adecuado. Eran, yo lo sabía, requisitos siameses: entrelazados, inconcebibles el uno sin el otro. Y así y todo crecí y acabé siendo una charlatana compulsiva que no soportaba la soledad ni el tiempo necesario para estudiar. No aprendí a dominar el pensamiento estable. Leía novelas, fantaseaba con una vida importante, pensaba en chicos. Daba igual que me pasara la vida moralizando sobre la seriedad: estaba visto que podía perseguir al hombre pero no el trabajo. Eso, sin embargo, y esto que voy a decir es crucial, no lo sabía. No sabía que podía dedicarme al amor pero no podía dedicarme al trabajo. Siempre andaba pensando: «Cuando las cosas vayan bien, trabajaré». Nunca pensaba: «¿Cómo puedo seguir obsesionada con este chico o este otro aunque las cosas no vayan bien?».

Con veinticuatro años me enamoré de un pintor y me casé con él. Tenía la vida resuelta. Tenía una mesa de trabajo a la que sentarme, un compañero que me animaba, tiempo y dinero suficientes. Ahora sí que trabajaría. Nuevo error. Diez años después pasaba los días vagando por Nueva York, una «chica» divorciada de treinta y cinco años que tenía un estilo agresivo y había escrito un par de artículos. Más allá de mis bravatas, la confusión era honda, la desorientación, profunda. ¿Cómo había acabado así?, palpitaba a diario mi cabeza con aquella idea, ¿y cómo podía escapar? Preguntas para las que no tenía respuestas hasta que escuché a «esas de la liberación de la mujer». Me pareció verlo todo cristalino. Tenía edad, hastío, agotamiento y dolor de sobra. Mi incapacidad perenne para tomarme en serio como trabajadora: aquél sí que era el dilema central en la existencia de una mujer.

Igual que Arthur Koestler descubriendo el marxismo, fue como si me estallara la sesera y me salieran luces y música de la cabeza. ¡Qué júbilo sentí cuando conseguí hacer el análisis! Me despertaba con él, me pasaba el día bailando en sus brazos y me dormía sonriendo con él. Me volví impermeable: los reveses de la fortuna cotidiana no podían hacerme mella. Si me aferraba a lo que me había hecho ver el feminismo, pronto sería dueña de mí misma; en cuanto fuera dueña de mí misma, sería dueña de todo. La vida me sonreía. Tenía discernimiento, y tenía compañía. Estaba plantada en medio de mi propia vivencia, gira que te gira: y a mi alrededor veía una sala llena de mujeres, también gira que te gira.

Sin duda es un momento de alegría cuando un número bastante amplio de

personas se sienten impulsadas a actuar por una explicación social de cómo han tomado forma sus vidas y se reúnen bajo un mismo techo en un mismo momento, hablando el mismo idioma, haciendo el mismo análisis, quedando una y otra vez en restaurantes, salones de lectura y pisos de Nueva York, por el mero placer de elaborar el discernimiento y repetir el análisis. Es la alegría de la política revolucionaria, y era nuestra. Ser feminista a principios de los setenta: ¡qué bendición que te toque vivir ese despertar! Ningún «te quiero» del mundo le llegaba a la altura. No había otro sitio donde estar, salvo con las demás. Todas vivimos entonces dentro del abrazo holgado del feminismo. Creí que pasaría allí el resto de mi vida.

De la mano del júbilo, surgió para mí el convencimiento, formulado en un abrir y cerrar de ojos, de que el trabajo era ya algo sin lo que no podía pasar. Me juré que querer a un hombre no volvería a ser prioritario. De hecho, quizá ambas cosas fueran incompatibles; quizá tuviera que pasar sin el amor tal y como lo había conocido hasta la fecha. Abordé la idea como si no fuera nada, la tarea más factible del mundo. Al fin y al cabo, siempre había sido una beligerante agitada, una de esas mujeres que siempre se quejan de que a los hombres les asustan «las mujeres como yo». No se me daba bien ligar, fue un alivio despedirme del tema. Si el amor entre iguales era imposible —y todo apuntaba a que así era—, ¿quién lo necesitaba? Me acurruqué con mi corazón recién encallecido. La emoción de la realidad feminista me hizo renunciar de buen grado al sentimentalismo y encontrar placer en la perseverancia. Lo único importante, me decía, era el trabajo. Tengo que enseñarme a trabajar. Si trabajo, conseguiré lo que necesito. Seré una persona en el mundo. ¿Qué importancia tendrá entonces estar renunciando al «amor»?

Resultó, sin embargo, que no, que sí que importaba. Mucho más de lo que jamás habría imaginado. Sí, ya no podía vivir con hombres bajo las antiguas condiciones. Sí, no me contentaría con menos que un apego adulto. Sí, si suponía tener que vivir sin eso, estaba preparada para vivir sin eso. Pero era imposible renunciar a la idea del amor, cuando no a la realidad. Conforme pasaron los años, me di cuenta de que el amor romántico estaba inyectado como un tinte en el sistema nervioso de mis emociones, bordado por todo el paño de mis deseos, fantasías y sentimientos; acosaba mi psique como un fantasma, era un dolor de huesos; estaba tan profundamente incrustado en la composición del espíritu que mirar directamente su influjo me hacía daño en

los ojos. Sería causa de dolor y conflicto el resto de mi vida. Me encantaba mi corazón encallecido —lo había adorado todos esos años—, pero la pérdida del amor romántico seguía siendo capaz de desgarrarlo.

Siempre estuvo ahí, acechando, ese cisma interior sobre el amor, por mucho que nunca hablara de él. Y nunca lo hablaba porque no tenía necesidad de hablar. No tenía necesidad de hablar porque era soportable. Se podía soportar porque había hecho un hallazgo importante. El descubrimiento era mi ingrediente secreto, lo que hacía que mi bizcocho subiera todas las mañanas. Era lo siguiente: mientras tuviera un cuarto lleno de feministas al que llamar mi hogar, tendría compañía de serie toda la vida. No volvería a estar sola. Las feministas eran mi espada y mi escudo: mi consuelo, mi alivio, mi emoción. Si tenía a las feministas, tenía comunidad, podía vivir sin amor romántico. Y era cierto: podía.

Hasta que ocurrió lo impensable. Lentamente, hacia 1980, la solidaridad feminista empezó a deshilacharse. Conforme el mundo no había sabido cambiar lo suficiente para reflejar nuestros esfuerzos, lo que antes nos había separado a todas las mujeres volvió a reafirmarse, ahora en nosotras. La sensación de vínculo empezó a erosionarse. Cada vez más parecíamos tener cada vez menos que decirnos. Los caracteres empezaron a chocar, las conversaciones a aburrir y las ideas a repetirse. Las reuniones empezaron a ser cansinas y las fiestas menos atractivas.

Al principio el cambio en el ambiente fue sólo una débil sospecha (¡con lo sólida que parecía la camaradería feminista!), pero poco a poco se convirtió en una desdichada convicción y, más adelante, en una realidad innegable. Un buen día me desperté y comprendí que la emoción, el anhelo y la expectativa de comunidad habían desaparecido. Como con el amor romántico, la discrepancia entre deseo y realidad se hizo tan grande que resultó insalvable.

Caí en una dolorosa depresión. La soledad existencial me reconcomió el corazón, mi corazón lleno de bonitos callos. Se apoderó de mí el miedo a la soledad de por vida.

Trabaja, me decía, trabaja duro.

Pero es que no sé trabajar duro, me contestaba, hace poco que he aprendido a trabajar con constancia, soy incapaz de trabajar duro.

Inténtalo, me respondía, y vuelve a intentarlo. Es lo único que tienes.

El primer fogonazo de iluminación feminista volvió a mí. Años antes el feminismo me había hecho ver el valor del trabajo; ahora estaba haciéndomelo ver de nuevo con otros ojos. Empezó a celebrarse una segunda conversación, esa en que el saber va a más. Comprendí que tendría que encarar sola justo aquello para lo que mi política me había estado preparando todo ese tiempo. Entendí lo que las feministas visionarias llevaban doscientos años entendiendo: que el poder sobre la vida propia sólo llega a través del control estable del pensamiento propio.

Una consideración fácil de expresar, pero la tarea de una vida.

Me senté a mi mesa, como si fuera la primera vez, para enseñarme a permanecer con mis pensamientos: a ordenarlos, extenderlos, ponerlos a mi servicio. No lo conseguí.

Al día siguiente volví a sentarme. Una vez más no lo conseguí.

Al cabo de tres días me arrastré hasta la mesa y una vez más volví derrotada. Al siguiente, sin embargo, la neblina de mi cabeza se despejó: resolví un problema de escritura sencillo, uno que parecía incorregible, y una piedra me rodó del pecho. Me costaba menos respirar, el aire olía dulce, el café estaba cargado y el día me llamaba.

Empezó a evaporarse en mí la retórica del fervor religioso, y la sustituí por el dolor tranquilizador del esfuerzo diario. No podía seguir repitiendo «el trabajo lo es todo» como un mantra, cuando era evidente que no lo era todo. Pero sentarme a la tarea todos los días se convirtió en un acto de iluminación. Las palabras de Chéjov hallaban su eco en mí: «Otros me hicieron esclavo pero tengo que sacarme al esclavo que llevo dentro, gota a gota». Había clavado esas palabras con chinchetas en la pared detrás de mi mesa en algún momento de principios de los setenta y llevaba más de diez años mirándolas sin verlas. Volví a leerlas entonces, a leerlas de verdad: no era el «trabajo» lo que me salvaría sino el penoso esfuerzo diario.

El esfuerzo diario se convirtió para mí en una especie de conexión. El sentimiento de conexión se fue fortaleciendo. La fuerza empezó a hacerme sentir independiente. La independencia me permitió pensar. Cuando pensaba, me sentía menos sola. Me tenía a mí de compañía. Me tenía a mí, y punto. Sentí el poder de la sabiduría renovada. De los griegos a Chéjov, y de ahí a Elizabeth Cady Stanton: todo el que se ha molestado alguna vez en indagar en la naturaleza de la soledad humana ha entendido que sólo la mente

trabajadora de uno mismo quiebra la soledad del ser.

Una verdad a la que cuesta mirar a la cara. Cuesta mucho. Y por eso anhelamos el amor, y la comunidad, dos aspiraciones encomiables en la vida, pero no como anhelos. Anhelar es letal. Anhelar te vuelve sentimental. El sentimentalismo te hace caer en el romanticismo. Para mí la belleza del feminismo estaba en haberme hecho valorar la cruda verdad por encima del romance. Y era la cruda verdad lo que yo seguía persiguiendo.

Todo lo que acabo de escribir lo he perdido de vista en incontables ocasiones. La angustia, el aburrimiento, la depresión me abruman, me emborronan la cabeza, «me olvido». La esclavitud del alma es una especie de amnesia: no puedes aferrarte a lo que sabes; si no puedes aferrarte a lo que sabes, no puedes asimilar tus propias vivencias; si no asimilas las vivencias, no hay cambio. Sin cambio, la conexión con una misma perece. Y como eso es insoportable, la vida es una infinitud de «recordar» lo que ya sé.

¿Dónde me deja todo eso? En un forcejeo perpetuo.

He soportado la pérdida de tres romances de salvación: la idea de amor, la idea de comunidad, la idea de trabajo. Con cada pérdida me he encontrado volviendo a esos momentos reveladores de noviembre de 1970. El feminismo de los primeros tiempos sigue siendo para mí el fogonazo vital de discernimiento que me despeja la mente. Me rescata de la autocompasión, me brinda el regalo incomparable de querer ver las cosas como son.

Sigo forcejeando con el amor: forcejeo para poder querer a la vez a mi corazón con callos y a otro ser humano. Y forcejeo también con el trabajo. El esfuerzo diario sigue siendo extenuante. Pero al hacer el esfuerzo, estoy resistiendo al romance. Cuando resisto al romance —cuando miro sin parpadear toda la cruda verdad que puedo asimilar—, tengo más de mí. El feminismo vive en mí.

LOS CATSKILLS EN EL RECUERDO

Nunca he llegado a ver el antiguo circuito de hoteles de los montes Catskills como el verdadero escenario de los chistes de todos esos humoristas del Borscht Belt, o los «Alpes judíos», como los llamaban por entonces. Para la universitaria que en vacaciones trabajaba allí de camarera a finales de los cincuenta, los Catskills eran un paraje salvaje, peligroso y emocionante, donde todos los animales eran depredadores, no había animal pacífico. Los años que pasé trabajando en esos hoteles me sirvieron de introducción a lo brutal de la función, a lo sanguinaria que puede ser la fantasía, al aislamiento infligido sobre todos esos seres que vivían dentro de un mundo organizado para proporcionar placer. Es en ese aislamiento en lo que llevo un tiempo pensando: en lo presente que estaba, con su rudeza y su vehemencia, desde el primer contacto.

Entré en la agencia de trabajo de Stella Mercury una tarde del invierno de mi primer año en el City College. Había cuatro hombres jugando a las cartas con una baraja pringosa y mascando chicle como si les fuera la vida en ello, pero no levantaron la vista ni por asomo. La mujer del mostrador, gorda y corpulenta, mirada severa y un resuello de fumadora al hablar, me dijo:

—¿Dónde ha trabajado?

Le solté una ristra de nombres de hoteles.

—Ah, en todos esos —dijo con calma—. Qué cosa más maravillosa es el cuerpo humano, no parece que tenga usted edad de haber trabajado ni en la mitad.

Me quedé allí clavada, reconcomiéndome por el miedo en parte a que me echara a patadas y, por otra, a que me diera trabajo, hasta que le aseguré que era todo cierto. La mujer sabía perfectamente que estaba mintiendo, y yo sabía que ella sabía que estaba mintiendo, pero aun así me escribió en un

papel los datos para que fuera a presentarme a un puesto. De pronto me sentí sola dentro de mi mentira y le rogué con los ojos que reconociera la verdad entre nosotras. Aquello no le hizo ninguna gracia. Se le endureció aún más la mirada, y me despreció más de lo que ya me despreciaba por no haber reconocido abiertamente mi necesidad. Retrocedió con el papel aún en la mano. Se lo arrebaté a toda prisa. Soltó una risa desagradable. Y eso fue todo, ni más ni menos, allí mismo, dos pisos por encima de Times Square, ya estaba en los montes.

Ese primer fin de semana en un deslumbrante hotel lleno de dependientes del Garment District y secretarias del Midtown, mientras entraba y salía de la enorme cocina en torpes serpenteos, todo calor y acritud (comida que volaba, bandejas que chocaban, camareros que maldecían), cogí la bandeja con tanta fuerza que se me quedaron los nudillos blancos varios días, y cada vez que los miraba revivía el asombro que había sentido cuando un ayudante de camarero del puesto al lado del mío le había enseñado el puño a un cliente que se había comido tres primeros platos y le había dicho: «¿Le pongo un bocata de nudillos?». Pero el domingo por la noche, cuando lancé cincuenta billetes de dólar en la mesa de la cocina ante mi madre boquiabierta, me sentía ligeramente exultante, y supe que volvería. Dentro de aquella joven de clase trabajadora moralista y desenvuelta empezaba a florecer la inesperada emoción de la que era mi primera oportunidad de ser avariciosa.

Tenía dieciocho años y me movía a ciegas entre codicias cuya fuerza no lograba comprender. Incapaz de entender qué me movía, iba de aquí para allá sintiéndome tonta. Sintiendo tonta, me volví inepta. Para mis adentros me alegraba de ir a los montes. Sabía que podía hacer esa cosa costosa pero simple: podía entrar en ese oropel de ojos porcinos y arrancarle de cuajo la reconfortante, atractiva y carnosa emoción del dinero rápido. Eso sí que podía dominarlo. Aquello, pensé, era sólo cuestión de resistencia, de tener una energía inagotable, y a mí me bullía por dentro.

El verano de mi iniciación conseguí un trabajo, estuve dos semanas y me despidieron. «¿Y tú te consideras camarera? Creía que habías dicho que eras camarera. ¿Qué clase de camarera pone así una mesa? ¿A quién te crees que vas a engañar así, niña?». Sin embargo, para el Día de los Trabajadores, el primer lunes de septiembre, ya era camarera y veterana del primer año. Había sido reclutada en una élite de marginados, un mundo de parias orwellianos

motu proprio para quienes el único valor era la supervivencia.

En el primer hotel, atraído por mi inocencia, un camarero experimentado me tomó bajo su protección. En los montes daba igual tu edad o tu historia real, el primer año eras virgen, y no había hotel donde no hubiera alguien, sentimental como un gánster, que amara a las vírgenes. En mi caso era mi jefe, un hombre de veintinueve años que trabajaba los inviernos en correos y los veranos en el hotel. Era un apuesto vagamundo, un astuto buscavidas, lo que al final del verano reconocería como un «ratón de monte».

Una noche resonó un disparo en la oscuridad durmiente. Camareras y camareros pegamos un salto en las camas de los pequeños barracones que compartíamos en la linde de los terrenos del hotel. Al otro lado del amplio césped, la luz iluminó a lo lejos el umbral abierto de un bungalow de huéspedes. Había un hombre enmarcado por la luz, desnudo salvo por un suspensorio. En los barracones la gente se echó a reír. Era mi apuesto protector. Se había estado acostando con una mujer cuyo marido, que era tahúr, se había presentado de pronto en plena noche de jueves.

Lo despidieron al día siguiente. Dimos un último paseo juntos. Me costaba encontrar las palabras. ¿Por qué?, era mi pregunta. Yo sabía que no le gustaba la mujer, una rubia encanijada por las dietas veinte años mayor que él.

—Ayyy —suspiró hastiado mi amigo—. ¿Es que no sabes nada de la vida, niña? ¿No sabes lo que soy? A ver, tú qué crees que soy.

En el segundo hotel, el jefe de sala —un hombre alto y sudoroso— empezaba todas las reuniones del personal con un:

—A ver, muchachos, lo primero que hay que entender aquí es que estamos tratando con animales.

Lo veías todas las mañanas en el umbral del comedor con lo que yo creía que era un vaso de zumo de manzana, hasta que alguien me explicó que era whisky solo.

—Buenos días, señora Levine —saludaba afable, y acto seguido se volvía hacia un ayudante de camarero y mascullaba—: Una zorra barata de Holland Tunnel.

Cuando me contrató, me pellizcó el brazo con el pulgar y el índice y me dijo:

—Nos vamos a cuidar entre nosotros, ¿verdad, pequeña?

Yo asentí creyendo que era su forma de pedirme que fuera seria en mi trabajo. Pero yo le sacaba de quicio con mi impericia. Cuando nos despidió a mí y a mi amiga Marilyn después de pillarnos comiendo tarta de chocolate en un recoveco del comedor, bramó con la voz ronca del alivio:

—Vosotras ni sois camareras, ni lo habéis sido nunca, ni lo seréis en esta vida.

En el tercer hotel me robaron cincuenta dólares el último día de un puente. En los montes cincuenta dólares no eran cincuenta dólares, eran dinero manchado de sangre. Mi cuarto se llenó de compañeros, todos callados como enterradores. La puerta se abrió de pronto con un estruendo y Kennie, un ayudante de camarero que siempre llegaba tarde, irrumpió en la habitación.

—¡Me han dicho que te han robado dinero! —chilló con la cara descompuesta.

Asentí sin decir nada. Kennie se dio la vuelta, cerró la puerta, retorció el cuerpo, levantó un brazo y, sollozando, le dio un puñetazo a la puerta.

—Pero ¿por qué te lo tomas tan a pecho? —le pregunté.

—¡Porque las camareras son seres humanos también! —me respondió chillando como un histérico—. ¡Y los ayudantes de camarero también somos seres humanos!

Para cuando se acabó el verano, se habían producido otros cuatro robos. Pillaron al ladrón: había sido Kennie.

En el cuarto hotel, el camarero del comedor infantil era un mujeriego redomado. Una huésped con la que coqueteaba se le estaba resistiendo más de lo habitual, cuando una mañana lo vi orinar en un vaso de zumo de naranja, y servírselo luego al hijo de aquella mujer, mientras lo invitaba en tono cantarín a que se lo tomara enterito porque estaba rico, rico.

En el quinto hotel, tenía en una de mis mesas a una mujer que era todo pecho de cuello a rodillas, unos pies diminutos primorosamente calzados, manos gruesas y tersas con una bonita manicura y ojos aññados en una cara maquillada. Cuando le llevé sus huevos pasados por agua exactamente tres minutos, me dijo: «Ábremelos, querida, que me quemo las manos con la cáscara». Me fui hasta la mesa de mi puesto, que estaba contra la pared, para ejecutar en adecuada intimidad una tarea que me hacía sentir por primera vez, pero desde luego no por última, que yo allí no era más que la extensión de mi

función. Fueron los Catskills, y no las tempranas enseñanzas socialistas en las rodillas de mi padre, lo que me convirtió en marxista.

Un invierno estuve trabajando los fines de semana y la Navidad en un famoso hotel. Tenía un enorme comedor escalonado, con distintos niveles, y lo dirigía uno de los jefes de sala más temidos de los montes. Allí el sistema era que todo recién llegado empezaba al fondo del comedor, en el nivel que quedaba más lejos de la cocina. Si tu trabajo recibía el favor de aquel hombre, iban cambiándote gradualmente hacia el centro, más cerca de las puertas de la cocina y de las propinas sustanciosas, que no, no provenían de los solteros a los que ponían sin falta al fondo de la sala, sino de los dueños de fábricas o de clubes y de los gánsteres de mediana edad de las mesas de los niveles centrales, que se abrían paso, como faja por barriga, entre los extremos superiores e inferiores del comedor.

Conforme avanzó el otoño, yo también fui progresando por los niveles. Para Navidad ya casi había llegado al centro de la sala, en uno de los mejores puestos del restaurante. Eso suponía tener por clientes a matrimonios de mediana edad que compartían rasgos como los cardados rubios estratosféricos, las estolas de visón, los trajes azul noche y los puros a medio fumar. Eran gentes con un apetito prodigioso y generosas con las propinas.

Esa Navidad el hotel estaba hasta los topes y trabajábamos turnos de doce horas al día. Las comidas duraban una eternidad. Hacia finales de la semana éramos cadáveres con patas, pero seguíamos funcionando. En Nochevieja se serviría una comida completa a las doce de la noche, la cuarta del día, estilo banquete de bodas —o sea, un menú fijo que sólo teníamos que ir sacando, plato por plato—, y estábamos deseando que llegara: significaría que habían acabado las vacaciones; los huéspedes se irían a la mañana siguiente y esa misma noche nosotros estaríamos todos de vuelta en casa, en nuestros pisos del Bronx o de Brooklyn, con el dinero ganado con el sudor de nuestra frente sobre la mesa de la cocina.

Sin embargo, en esa comida de medianoche reinó un ambiente torvo desde que se abrieron las puertas del comedor. Recuerdo vestidos de lentejuelas azul celeste y bocas torcidas, fajas de satén y risas con retranca, mucho borracho al borde del vómito. Todo el mundo salió disparado al mismo tiempo, empujándose para llegar a las mesas centrales (esa noche no estaban asignados los sitios), como si salieran de una parte fallida de la

velada para entrar en esa otra donde, por fin, conseguirían lo que se merecían: una buena mesa en el famoso comedor el día de Nochevieja.

La cocina se contagió al instante: detectaba el ambiente como un animal cuya única herramienta de supervivencia fuera el estado de hiperalerta. Una agresividad a flor de piel pareció apoderarse de todo el personal. Las ordenadas colas que habían empezado a formarse para el primer entrante se rompieron casi al momento. Personas que se habían hecho amigas, después de trabajar juntas durante esos largos fines de semanas de invierno, empezaron a trepar entonces unas por encima de otras para saltarse la cola y coger los platitos apilados en las enormes mesas de acero.

Di mi primer viaje a la cocina, contemplé la escena que se me presentaba y me quedé paralizada. Luego respiré hondo, me hice un hueco en la cola, defendí mi sitio contra manos y codos que me pegaban en espalda y costillas, y conseguí llenar la bandeja y salir por las puertas de la cocina. Serví rápidamente los boles con fruta y, delegando en mi ayudante para que recogiera a tiempo los boles vacíos de las mesas, volví angustiada a la cocina a por el siguiente plato que, no lo olvidaré mientras viva, era *chow mein*. Creí que ahora sí que estallaría la violencia. ¡Qué de personas, bandejas, improprios voladores! Y ya no me veía capaz de respirar hondo: me quedé parada nada más traspasar las puertas de la cocina. Otra camarera, compañera mía del City College, me cogió del brazo y me susurró al oído: «Sáltate el *chow mein*, nadie se va a dar cuenta. Pasa al siguiente plato, que en esa cola no hay nadie». Me vine arriba y la oscuridad remitió. Me quedé mirándola. ¿Nos atreveríamos? Sí, asintió con rotundidad, y allá que fuimos. A ninguna se le ocurrió reparar en que sí, ella tenía sólo mesas de solteros borrachos que no se darían ni cuenta, pero yo tenía matrimonios que querían todo lo que se merecían.

Cometí mi primer error. Seguí a mi compañera de facultad hasta la mesa sin cola, cargué en la bandeja el pescado ahumado y me abrí camino como pude para salir por la puerta más cercana. Repartí a toda prisa los platitos entre los hombres y las mujeres de mis mesas. Cuando terminé e iba ya camino de mi puesto y de su encimera vacía, me agarraron del brazo cinco largas uñas rojas. Miré hacia abajo y vi a una mujer con una tosca cabellera rubia, unos párpados azules rodeados de arrugas tan hondas que parecían labradas en la piel y una delgada boca roja.

—A nosotros no nos han puesto *chow mein* —me dijo.

Segundo error:

—¿*Chow mein*? ¿Qué *chow mein*?

Todavía con la zarpa en mi brazo, me señaló hacia la mesa de al lado, donde habían terminado con el *chow mein* y estaban sirviéndoles el pescado ahumado. La miré. No me venían las palabras. Me solté, cogí la bandeja y me fui corriendo a la cocina.

Seguramente ya sabía que me había metido en un lío porque permití que me pisotearan en la locura de la cocina, y perdí todo el tiempo que pude dejándome avasallar, hasta que conseguí cargar el siguiente plato en la bandeja y volver, como los cangrejos, por las puertas batientes. Cuando me acerqué a mi puesto, vi al lado de la rubia al jefe de sala, que estaba mascando un puro apagado y mirando con cara de abatimiento. Me hizo señas con el índice.

Dejé la bandeja en el puesto y me acerqué.

—¿Dónde está el *chow mein*?

Me lo preguntó en voz baja mientras señalaba con el pulgar hacia atrás, hacia mis mesas, más allá de la cabeza de la mujer, que no apartaba aquellos ojos de párpados azules de la cara de mi jefe. Su boca era una puñalada fina y roja. La desesperación me fundió el seso.

—No he podido cogerlo, la cocina es una casa de locos. La cola estaba imposible.

El jefe de sala dejó caer el labio inferior. Parpadeó haciendo que sus ojos negros cobraran vida y peligrosidad y, después, subió despacio la mano para quitarse la colilla del puro de entre los dientes.

—¿Que no has podido cogerlo? ¿He oído bien? ¿Has dicho que no has podido cogerlo?

Más de uno levantó la vista en las mesas vecinas.

—Sí, eso he dicho —reconocí apenada.

—¿Y tú te consideras camarera? —me gritó entonces.

Una docena de cabezas se volvieron. El jefe de sala se apresuró a cerrar la boca. Se me quedó mirando con frialdad, sus ojos una mezcla extraordinaria de rabia, emoción y miedo. Sí, miedo. Aunque yo estaba asustada, vi que él también tenía miedo; miedo de la rubia que estaba sentada en su silla como

una reina con el poder de la vida y la muerte, observando a un ministro que ejecutaba sus horribles deseos. Él no paraba de mirarla de reojo, como preguntándole: «¿Está ya bien, es suficiente? ¿Le basta con esto?».

«No», respondió la cara inmisericorde. «No me basta. No me basta ni por asomo».

—Estás despedida —me dijo el jefe de sala—. Mañana haces el desayuno y te largas.

La sangre pareció abandonarme de una única tacada. Por un momento creí que me desmayaba. Hasta que comprendí que a la mañana siguiente mis huéspedes habituales volverían a sus asientos, la mayoría se iría después de desayunar, y yo, por supuesto, recibiría todas sus propinas como si nada hubiera pasado. El jefe de sala no estaba castigándome: él lo sabía, y yo lo supe entonces. La única que no se enteró fue la rubia. Ella exigía mi despido como compensación a su penosa vida —su cara arrugada, su odioso marido, su Nochevieja decepcionante—, y a él, al jefe de sala, le exigía que le concediera el deseo.

Comprendí entonces algo sobre el poder. Miré la cara degradada del jefe de sala y comprendí que él estaba igual de atrapado que yo, apresado en una vida de trabajador que exigía la humillación de alguien, fuera quien fuese, en todo momento.

El verano que cumplí los veintiuno me licencié tanto en el City College como en los Catskills. Ese verano y aquel hotel fueron la apoteosis: nada ni nadie parecía pequeño, sencillo o, para el caso, real. El establecimiento se encontraba en plena remodelación, el jefe de sala estaba untado y el cocinero nos regaló una intoxicación alimentaria. La saña entre ayudantes y camareros estaba más desatada que nunca, y a las camareras nos exigieron socializar, es decir, presentarnos en el casino por la noche y «bailar» con los huéspedes masculinos, tal y como nos explicó, con lascivia, el jefe de sala.

Entre el personal había mucha gente con la que ya había trabajado, así como dos viejas amigas: Marilyn, la famosa del «vosotras no sois camareras», y Ricky, la que me había aconsejado que me saltara el *chow mein*. Nos metimos las tres juntas en una habitación enana de los barracones en la que cabían apretados cuatro catres, cuatro cómodas pequeñas, dos armarios estrechos y dos mesitas de noche ruinosas.

La cuarta cama de la habitación la ocupaba Marie, una extraña para nosotras en todos los sentidos. Desde que la vi sentada en el filo de la cama quitándose las medias cuando volví con Marilyn de nuestro primer almuerzo un fin de semana de junio, supe que no era como nosotras. Lo supe por cómo estaba quitándose las medias; nosotras nos las habríamos quitado a toda prisa, de un tirón rápido, mientras que ella movía lentamente las manos por la pierna y la media; aquel movimiento prolongaba el momento en lugar de abreviarlo, con una expresión en la cara que, lejos de ser impaciente, resultaba sensual.

Era alta y delgada, de esas mujeres de hombros estrechos, pecho pequeño, cintura alta y piernas largas que parecen esbeltas incluso aunque ganen peso: un cuerpo que no se puede considerar elegante pero es siempre atractivo. Su pelo, tan ajeno a modas como su cuerpo, era una melena pelirroja rizada y larga que le caía en tirabuzones botticellianos sobre cara y frente y le bajaba por la espalda en una cola de caballo desmadejada. Tenía ojos grandes, nariz huesuda, piel blanca como la leche. La boca, que era sin duda su rasgo más llamativo, era alargada y con unos labios de surcos profundos. («Deshecha» fue la palabra que, con una emoción inesperada, me vino a la mente). Todas fumábamos, pero ella era una auténtica carretera. Aquellos labios venían de serie con un cigarro entre medias.

Nosotras tres teníamos veintiún años, mientras que Marie había cumplido ya los veinticinco. Nosotras éramos estudiantes; ella era actriz en paro. Nosotras éramos perras viejas en los montes; ella, una novicia. Nosotras vivíamos en casa con nuestras familias de clase obrera; ella provenía de una familia de clase media con la que había cortado las relaciones. Era un enigma: no me la podía imaginar antes de llegar con nosotras ni podía imaginármela después de dejarnos. No, retiro eso último: no es que no pudiera imaginármela, es que no se me pasó por la cabeza hacerlo.

En los montes sólo aquello que causaba indignación categórica o desesperación palpable (malas propinas, un ayudante intratable, sexo desdichado, una espalda dolorida) atraía una atención más intensa. Si alguien no era directamente el culpable de las iras o las desgracias de otro, no despertaba el instinto de la especulación. Como los muebles del comedor, el calor de la cocina o las bandejas pesadas, la gente estaba simplemente «allí», parte de un gran decorado por el que nos movíamos sin matices ni

dimensiones.

El camarero que me tocó ese verano en el puesto al lado del mío era otra rareza social: Vinnie Liebowitz, un ambicioso estudiante de Medicina, todavía en el curso preparatorio, cuyo apellido no era Liebowitz ni nada parecido, sino Lentino. Pero como decía Vinnie: «¿Quién va a querer enrollarse con alguien que se apellide Lentino en los Catskills?», y toda la vida de Vinnie giraba en torno a eso mismo, a enrollarse.

Vinnie era un camarero listo que se organizaba bien y que, si bien no era muy abierto, tampoco era excesivamente reservado. Antaño un dedicado seductor de mujeres, su motor, sin embargo, nunca había sido la intensa necesidad de marcarse un tanto que dominaba todas las transacciones sexuales en los montes. Él mismo consideraba que tenía un apetito más tierno que fiero en lo que a hacer el amor se refería.

En su segundo año en los montes, Vinnie había conocido a Carol, una chica con una apostura convencional que combinaba con la de él hasta un punto inusitado: los mismos rasgos perfilados, los mismos ojos castaños y grandes, el mismo pelo tupido y moreno, el mismo cuerpo delgado y engréido. Vinnie había perseguido locamente a Carol, que había sabido coquetear y rechazarlo con gran destreza. Para finales de ese verano estaban prometidos. La idea era casarse cuando él terminara el primer curso de medicina.

Vinnie y Carol no se habían acostado y no pensaban hacerlo hasta la noche de bodas. Entretanto, en el que era ya el tercer verano prometidos, las apasionadas sesiones de preliminares se habían regulado, y se enfrascaron entonces en consideraciones más maduras sobre la vida, como, por ejemplo, dónde poner su futuro hogar (Brooklyn o Long Island), cómo amueblarlo, cuántos hijos tener, dónde pasar las vacaciones de verano y las de invierno. Vinnie se mostraba a veces frustrado por parecer tener la vida resuelta con sólo veintidós años, pero él era un chico de clase trabajadora de Brooklyn y Carol, una princesa de Forest Hills: sin ella, solía decir, se pasaría el resto de la vida trabajando en una gasolinera en Brownsville.

De todo eso me enteré porque ese verano Carol y sus padres se alojaban en un hotel a veinticinco kilómetros del nuestro donde trabajaba de ayudante de camarero mi novio de entonces, Danny. Como Vinnie iba dos o tres veces a la semana (era el único camarero que tenía coche) para ver a Carol, me

llevaba con él. Aquel novio mío estudiaba también Medicina y era igualmente un hombre de gustos sanos: a Danny le encantaba el sexo, el jazz, comer y memorizar manuales de medicina. También creía que me quería. Y a veces yo pensaba lo mismo. Llevábamos ya más de un año satisfaciendo juntos las necesidades del momento.

El verano transcurrió en un agotamiento que llegó pronto y se quedó hasta última hora. Hacia finales de julio, el cansancio empezó a apoderarse en bloque de todos nosotros, a pesar de que éramos jóvenes saludables. La gente se quedaba dormida en el váter, o de pie en la cola de la cocina, o duchándose. Una tarde Marilyn se agachó en el suelo para buscar un zapato que había acabado debajo de su catre; en cuanto su cabeza se vio en paralelo al suelo, su cuerpo olvidó para qué había bajado y se quedó allí dormida.

Creo que ninguno se sintió nunca solo. Acalorado, enfadado, aburrido, hastiado sí, pero ¿solo? No. En parte porque aquella tortura física impedía todo tipo de reflexión, incluida la que suscita el aislamiento; en parte porque vivíamos en multitud, y la ausencia de soledad despistaba. Pero ni siquiera en aquel momento ninguna de esas condiciones parecía explicar plenamente ese desdén colectivo por aquella emoción en concreto.

Una mañana a las siete, mientras iba de los barracones a la puerta de la cocina, me paré a oler el aire en medio del gran césped del hotel. El momento fue precioso: diáfano y sensual. Sepultado bajo el frescor de la mañana, acechaba el calor creciente que se iría extendiendo hora a hora por el erótico día estival. Sentí un pinchazo en el corazón. ¡Había otras formas de pasar el día! Otras vidas que vivir, otras personas que ser. Hice entonces lo que nunca se hacía: empecé a soñar despierta. Me vi allí parada en esa misma luz matinal pero en otra parte, bajo un gran árbol de sombra de una especie que no crecía en los montes. A mi lado, en la hierba, había un grupo de forasteros —gráciles, guapos, listos— animados por una charla inteligente y unas risas sofisticadas. Me invitaron a unirme a ellos, e incluso me hicieron un hueco en la hierba. Yo estaba deseando sentarme, y tenía la sensación de conocerlos, de ser una más. De pronto, sin previo aviso, pareció abrirse un espacio entre la imagen de mi cabeza y yo. El espacio se alargó hasta convertirse en una carretera. Era evidente que tendría que recorrer la carretera, paso a paso, para llegar con los míos. La película de mi cabeza se detuvo. Dejé de verme en la carretera, ya no lograba imaginar los pasos, dados de uno en uno, que eran

necesarios para salvar la distancia entre la gente con la que soñaba despierta y yo. Empecé a coagularme por dentro. Luego cesó todo movimiento interno. Me quedé de pie en el césped, mirando mi estúpido anhelo. La desolación me invadió. Estaba sola.

Recuerdo arrancarme de cuajo la soledad en ese momento. Me asustó. Había sentido que me inclinaba hacia delante, como a punto de perder el equilibrio. Y yo sabía que el equilibrio lo era todo. Miré a mi alrededor, al césped, los edificios, el aparcamiento, aquel pequeño mundo cerrado en el que la función lo era todo, y yo había aprendido a valerme maravillosamente bien (a evitar la humillación flagrante y a controlar los límites de la rendición). Lo único que tenía que hacer era mirar al frente, mantener el pico cerrado y el equilibrio intacto. La vida, reflexioné, da igual su tamaño o su composición, depende de caminar por lo recto y estrecho del momento. Le di la espalda a mi propia ensoñación y entré por las puertas de la cocina.

Y es que aquel verano todo parecía más complicado. Las propinas eran malas, el cocinero un sádico, y teníamos que robar más carne, fruta y leche de lo habitual. Los montes siempre fueron un prolongado estado de sitio de privación vitamínica. Nadie quería nunca alimentar al servicio; la angustia en la cara de un propietario cuando posaba los ojos en un ayudante que estaba bebiéndose un zumo de naranja o comiéndose una chuleta de cordero era más que palpable. Una noche despidieron a un camarero porque el metre le abrió la camisa abultada cuando estaba saliendo del comedor y encontró dos filetes pegados contra su pecho desnudo. Seis o siete lo vimos desde nuestros puestos. Nadie habló, nadie se movió. Lo peor era que en ese caso muchos de nosotros sabíamos que el metre estaba buscándole las vueltas a aquel camarero para despedirlo porque se había negado a pagar favores.

El jefe de sala era un judío húngaro con una conciencia de clase desesperante: la vida le había asestado un duro golpe al obligarle a terminar sus años laborales en los montes. Hombre apuesto y presumido, todo pelo blanco cepillado, manicura y trajes celestes a juego con sus ojos, no paraba de transpirar y, cuando lo pillabas desprevenido, lanzaba los ojos al cielo. Solía empezar las reuniones de personal con un alegato histérico contra los rumores sobre ajustes de cuentas que estaban propagando sus enemigos (y no piensen ni por un minuto que él no sabía quiénes eran). La mayoría nos pasábamos esas reuniones realmente atónitos ante tales desvaríos, pero

también otros cabeceábamos para demostrar nuestra vigorosa solidaridad por las injusticias padecidas por el sudoroso chalado que iba de un lado a otro de la sala ante nuestros ojos. Los atónitos éramos los que estábamos en la inopia absoluta, mientras que los que asentíamos dábamos con regularidad un diez por ciento de nuestras propinas para asegurarnos un turno completo toda la semana.

A mediados de agosto quince personas sufrieron una intoxicación. Los camareros más fornidos del hotel se agarraban las barrigas y se doblaban sobre los cubos de basura de los ayudantes. Uno se pasó una noche entera vomitando, otro se tiró doce horas delirando mientras que un tercero babeaba bilis verde. En los barracones cundió el ambiente cuchicheante del ala de enfermedades epidémicas de un hospital. Cuando descubrimos que el origen de la intoxicación había sido una cena de alitas de pavo que el cocinero ya sospechaba que estaban malas, una de las camareras estalló; el cocinero había estado haciéndole la vida imposible, manoseándola, burlándose de ella, y ahora aquello..., así que, con el cuerpo asolado por las convulsiones diarreicas, exigió ver al propietario del hotel y consiguió que la dejaran pasar a su despacho. Lo encontró sentado tras su mesa; a su lado, su hijo y el capitán de botones. La camarera empezó a hablar: contó su relato de hastío y acoso y luego pasó a describir en detalle cómo habían llegado a darse aquellas intoxicaciones. Exigió el despido del cocinero. El propietario, con la mirada en un espacio entre el hombro de la mujer y la puerta, anunció al aire:

—Apartad a esta guarra de mi vista.

Petrificada, la camarera se dejó acompañar a la puerta, como si estuviera ciega, y salió del despacho. Cuando volvió a los barracones, nos contó lo sucedido. Algunos nos quedamos callados, otros tantos soltamos improperios, los demás corrimos a escondernos. Huelga decir que nadie hizo nada.

En esos días mis visitas a Danny eran un consuelo. Le estaba agradecida por proporcionarme un medio de escape del hotel. La importancia de ir a verlo no estaba sólo en estar con él, sino en todo lo que rodeaba la visita en sí: correr para salir del comedor las noches que sabía que teníamos excursión, montarme en el coche de Vinnie con el olor a verano más intenso que cuando no me movía de allí, atravesar el campo en silencio y a oscuras siguiendo el barrido de los faros, tras los cuales las carreteras y los hoteles que nos eran familiares a la luz del día se volvían casi misteriosos.

La noche era siempre oscura, dulce y fragante, atravesada por una especie de intensidad que irradiaba luz desde dentro. El olor a tierra mojada se elevaba de entre la hierba, los árboles se mecían en una brisa cálida, moléculas de emoción se concentraban en el aire limpio de la montaña. Sentados muy juntos en el asiento delantero de su Chevy de diez años, Vinnie y yo nos dejábamos contagiar por el ambiente.

Excitados en presencia del otro, no creo que pensáramos nunca que nos excitábamos mutuamente, si bien aquella cercanía, que florecía sólo en el viaje de ida, nunca en el de vuelta, empezó a cobrar vida propia. Nunca lo hablamos, y desde luego no la llevábamos al hotel cuando volvíamos. Aun así yo sentía su influjo. A veces algo ordinario pasaba a ser un alivio inesperado y de pronto lo familiar se volvía peligroso. Notaba el impacto por todo mi cuerpo, y me sentía brillar en el viaje de ida con Vinnie.

Ahí tenemos el ejemplo de Marilyn y el carnicero. Este carnicero, un exmarine de buen ver, era un auténtico troglodita: letal cuando se le contrariaba, ciegamente leal cuando tenían un detalle con él. En su idioma, Marilyn había tenido todo un detalle al entregarle a él el don de su virginidad, y la devoción que sentía hacia mi amiga no conocía límites: a diario le aseguraba que robaría y mataría por ella.

A Marilyn, desde luego, le costaba concentrarse en la adoración de Thomas, pues su virginidad había sido un obstáculo que «debía zanzar» cuanto antes, y le estaba agradecida a Tom por librarla de aquel lastre. Los ratones de monte más curtidos recelaban en bloque de la virginidad, y todos sin falta habían desistido de mancillar la pureza de Marilyn. Thomas también había desistido, pero ella había conseguido convencerlo de que sus sentimientos por él eran tan profundos que habría sido un pecado negarse. El muchacho tuvo por fin que claudicar ante aquel argumento, y a partir de entonces trató a Marilyn como un devoto, y es que el hecho de que ella fuera capaz de unos sentimientos tan profundos, aunado con la contradictoria referencia al pecado, se confundió en su cabeza con la experiencia religiosa.

Thomas se presentaba a menudo en nuestra habitación después de la cena y, mientras Marilyn se echaba en la cama con la ropa de trabajar todavía puesta, él se ponía a acariciarle la pantorrilla como en una ensoñación. La sonrisa secreta que parecía esos días a perpetuidad en la boca de Marilyn se acentuaba entonces y, bajo el sucio uniforme blanco, un largo y delicado

escalofrío le recorría a ojos vistas el bonito abdomen y el vientre plano. Se había quedado más seca que un gato que sólo come pájaros desde que había empezado a hacer el amor, y se había vuelto casi igual de distante que el animal.

Una tarde entré en el cuarto después de un turno de almuerzo y vi el *Times* tirado en la cama de Marilyn. Sorprendida, porque nunca comprábamos el periódico, pregunté: «¿De dónde ha salido eso?». Marilyn siguió mi mirada hasta la cama. «Ah, se lo ha dejado Thomas esta mañana». Se me arquearon las cejas. «¿Thomas lee el *Times*?», puse en duda. La cara de Marilyn se volvió de un rojo apagado. «Ahora sí». Sus ojos buscaron los míos. Nos quedamos un momento largo en suspenso. Después estallamos en risas.

De pronto sentí un pellizco de angustia, y en mi cabeza nos vi a Vinnie y a mí conduciendo en medio de la noche, sin saber ni hacia dónde ni hacia qué. Pero aquello, Marilyn y yo riéndonos de Thomas, me asustó. Algo malicioso, algo temible y sacrílego. Sentí que las costillas me oprimían el corazón.

Tres semanas antes del Día de los Trabajadores, Vinnie y yo nos montamos una noche en el Chevy y cogimos carretera. Habíamos salido tarde del comedor, y Vinnie iba pisándole fuerte. Mientras él aceleraba por una carretera por la que podía conducir con los ojos cerrados, yo iba de cháchara, contándole un relato de hastío hostelero sobre un huésped al que le había derramado algo caliente encima en tres comidas seguidas. La historia tenía su moraleja, y estaba a punto de llegar a ella. Pero Vinnie se inclinó entonces sobre el volante, con esas bonitas cejas negras que tenía, acercándose sobre el arco de su fina nariz romana, y sus ojos de un negro maravilloso, entornados por la concentración. Justo cuando iba a contarle la gracia final, el coche viró bruscamente a la derecha y se paró de golpe.

Vinnie se volvió hacia mí. Incluso en la oscuridad pude ver lo blanco que se había puesto. Sus ojos eran una película de intriga. Nos quedamos mirándonos.

—No lo soporto más —susurró.

—¿Qué es lo que no soportas? —susurré a mi vez.

—La deseo —gimió.

—¿A Carol?

—No. ¡A Marie!

—¿A Marie? —repetí.

—Sí.

—¿Marie la de nuestro hotel?

—¡Sí!

—Pero si estás prometido con Carol —expliqué.

—¡Ya lo sé! —gritó—. ¿Qué te crees, que no lo sé? ¿Qué te crees, que no me digo día y noche «tienes a Carol»? «Carol, que te quiere, Carol, que es cien veces más guapa que ella, cien veces más lista, más simpática, más estupenda en todos los sentidos». Pero no sirve de nada. ¡Deseo a Marie! ¡Y me está matando!

Sentí que los ojos se me ensanchaban en la penumbra.

—¿Hace cuánto que te pasa? —le pregunté con una voz descaradamente curiosa.

—Unas semanas —dijo recostándose en el asiento y mirando desolado por la ventanilla—. Parece que fueran años, pero sólo han sido unas semanas, claro.

—¿Ella lo sabe?

—No lo sé, creo que sí. Pero no estoy seguro.

—Entonces, ¿nunca le has dicho nada?

—¿Qué dices? ¡No! Es que al principio ni siquiera creía que me estuviera pasando a mí, y luego... —Empezó a volverle el color a las mejillas—. Estaba confundido... y avergonzado. ¡Santo Dios! ¡Marie! Es que ni siquiera es guapa, es mayor que yo, y no he conocido a nadie así. —Se le quebró la voz—. Y sí, a veces va hecha un desastre. —Calló, y yo esperé; para cuando retomó el hilo, habló con más calma, más firme—: No sé cómo empezó. Un buen día no paraba de fijarme en ella. La veía en la cocina. La veía en el comedor. La veía en los barracones. La veía. En una ocasión los dos metimos la mano a la vez en la cubeta de los cubiertos; la rocé y fue como si me hubiera quemado. Qué cosa más rara, no sabía ni qué significaba. Después de eso me sorprendía mirándola en el comedor. Y eso sin parar de decirme todo el rato «Pero ¿tú estás loco, Vinnie? ¿Qué te está pasando? ¿Te acuerdas de Carol, la chica de la que estás enamorado? La chica con la que vas a casarte, ¡la chica más guapa de los montes! ¿A qué viene esto?». Pero no me ha

servido de nada. Todos los días me sorprende pensando en ella. Y cada vez más. Aunque no es que piense en ella exactamente, es más como sentirla, sentir su presencia, y luego no puedo quitarle los ojos de encima cuando la tengo cerca. —Se golpeó la frente con el puño derecho y se dejó caer sobre el volante—. Tiene que saberlo —gimió—. Lo que no entiendo es cómo no se ha dado cuenta todo el mundo. Tengo la sensación de que lo llevo siempre escrito en la cara.

—No lo llevas —dije secamente.

Su parrafada me había dado tiempo a asimilar lo que estaba contándome, aunque yo tampoco paraba de repetirme: «¿Marie? Con lo guapa que es Carol, es perfecta en todos los sentidos. ¿Qué pinta Marie en todo esto?». No conseguía procesarlo. Vinnie Liebowitz, el guapo estudiante de Medicina que tenía toda la vida resuelta, deseando a Marie, que era una intrusa. Era un despropósito, una chaladura, emocionante. Eso tampoco llegaba a procesarlo: Vinnie me confesaba lo que sentía por Marie y yo me emocionaba.

—Me siento mejor ahora que te lo he contado —Vinnie sonrió con languidez—. No te importa, ¿verdad? Vamos, que no te molesta que te lo haya contado, ¿no?

—Claro que no —respondí a toda prisa sin saber siquiera qué sentía—. Pero será mejor que sigamos, estarán esperándonos.

A Vinnie se le nublaron los ojos. Asintió y giró la llave en el contacto. El coche volvió a la carretera. A los veinte minutos estábamos parando en la entrada del hotel de Carol y Danny.

Recuerdo estar esa noche tendida en los brazos de mi novio mientras fantaseaba con Vinnie y Marie. Me los imaginé entrelazados, montándose a lo loco, con las caras contraídas de dolor, sus cuerpos febriles. Yo misma tenía el cuerpo tan encogido por la tensión que el placer de Danny se vio intensificado, y llegó incluso a sugerir que quizá estábamos enamorándonos de nuevo. Yo no dije nada. Apenas oía su voz, con la atención como la tenía vagando muy lejos del hombre con el que estaba acostada. Fue un alivio cuando dos horas después volví al coche, donde podía dedicarme abiertamente a aquel interés que me tenía en ascuas. Nos pasamos la vuelta yo sonsacándole cosas a Vinnie sobre Marie y él zambulléndose de buen grado en su relato de deseo ilícito.

Nuestras excursiones cobraron un significado muy distinto después de esa

noche. La obsesión de Vinnie le había afectado en un escondrijo secreto de su interior, y a los dos se nos saltó una vena de desenfreno. Cuando yo había fantaseado con aquella gente guapa, los inteligentes, los que no podía alcanzar yo sola, la fantasía me había hecho sentirme sola. En cambio, fantasear con Vinnie y Marie despertaba en mí un hambre tan franca y tan aguda que me sumía en un trance. Inquieto, dulce, absorbente, se convertía en un sueño que se me instalaba en la entrepierna. El deseo de Vinnie se convirtió en todos los deseos, su apremio en todos los apremios, su necesidad, un melodrama del que siempre queríamos más, los dos. Me sentí aliviada en la complicidad, sobre lo que nada sabía. Sólo sabía que el ambiente del coche se había cargado de secretismo. Él hablaba y yo iba alimentándolo con preguntas, que acrecentaban la obsesión, intensificaban el melodrama. Por nuestro furtivo intercambio discurría con fuerza un movimiento vivo y fluido; una ola de promesas ocultas subía y bajaba en la oscuridad acelerada, y volvía a subir. Quería seguir en aquel coche hasta la eternidad.

Podía imaginar para él lo que no podía imaginar para mí, y lo que imaginaba parecía a menudo alarmante: complicado, intenso, insistente. Era justo lo contrario a mi ensoñación solitaria. Aquello era todo apetencia y consecución, lo que movía a todos los que me rodeaban. Me horrorizaba y me excitaba por igual. Recuerdo haber visto una vez de pasada a la mujer que había hecho que me despidieran aquella Nochevieja hacía tanto tiempo. De pronto sentí su cruel voracidad reptando por mi interior. Quería que Vinnie consiguiera lo que deseaba, igual que la mujer había querido... ¿qué? ¿Qué era exactamente lo que había querido conseguir? En ese punto se me emborronaba el pensamiento, pero la sensación permanecía: complicada e intensa. El trance se acentuaba. Nada parecía importar entonces, salvo que se saciara aquel deseo.

Una noche, nada más montarnos en el coche, Vinnie me dijo:

—Habla tú con ella.

Me incliné hacia él como si me hubieran abofeteado y me hubiera caído sin querer hacia el lado contrario.

—¿Cómo que hable con ella? ¿Y qué le digo?

Se quedó callado, su bonita cara blanca y consumida.

—Dile lo que siento —me dijo—. Yo no puedo, soy incapaz. Pero tú sí.

Tú eres una chica, y vives con ella, sois medio amigas. Tú se lo puedes explicar. Dile que quede conmigo mañana después del turno de noche. Sólo eso, ya está. No tiene nada que temer. Díselo. No voy a hacerle nada, ni voy a pedirle que haga nada que no quiera. Yo sólo quiero hablar con ella. —Se animó—. No es más que eso —repitió—, sólo quiero hablar con ella. No tiene nada que temer, nada, te lo juro.

El corazón empezó a aporrearme el pecho. Dormía todas las noches al lado de Marie, pero era más real para mí en aquel coche que en carne y hueso, en aquella visión conjurada, el objeto compartido de la angustia sobreestimulada de Vinnie. Me quedé mirándolo. Deseé que permaneciéramos como estábamos, encerrados en aquel coche-confesionario de noche, y yo diría que él pensó lo mismo. Comprendí que estaba asustado, pero al mismo tiempo se veía obligado a actuar, a obrar en consecuencia.

Levantó la cabeza en el coche en penumbra, con dos ojos como dos alfilerazos de luz dilatada, su mandíbula un pálpito de esfuerzo congestionado. Y entonces la cabeza le cayó del bello y suave cuello. Humillado por la necesidad, se había vuelto insoportablemente guapo.

—Hablaré con ella —dije.

A la mañana siguiente, mientras nos arreglábamos legañosas para ir al desayuno, le pedí a Marie que se encontrara conmigo después del turno. Me miró con cara de no entender, pero no le dije nada.

—Claro —me respondió.

Volvimos cada una a lo nuestro, terminamos de vestirnos y salimos del cuarto a toda prisa.

Cuatro horas después estábamos las dos atravesando las puertas del comedor juntas por primera vez ese verano y dirigiéndonos en silencio hacia la piscina. Aquel era un hotel «de solteros»; sabíamos que a las diez y media de la mañana no habría nadie tendido en el cemento pintado junto al agua azul cloro. Miré de reojo las piernas desnudas de Marie mientras andábamos. Tenían aspecto dejado, les hacía falta una cuchilla. Por milésima vez pensé: «¿Por qué ella? ¿Qué le ve?».

Nos sentamos cada una en el filo de una tumbona, incómodas por nuestro allanamiento (nunca utilizábamos las instalaciones para los clientes), y nos quedamos cara a cara, entre la extensión blanquinegra de nuestros uniformes de la mañana. Marie parecía más alerta que tensa, su cuerpo alargado y

estrecho a la espera, su cara huesuda, una máscara suave. De pronto me sentí confundida: ¿por qué estaba a punto de hablarle de cuestiones íntimas a una desconocida de parte de otro desconocido? Hice entonces lo que hago siempre que me siento confundida: ponerme muy digna.

—Quería hablarte de Vinnie —dije sin más preámbulos.

Marie tensó los labios. Sus manos, hasta el momento tranquilas sobre los muslos, se unieron sobre el regazo. Empezó a retorcerselas.

—Lo sabía —dijo con la voz suavizada por la resignación.

—¿Que lo sabías? ¿Cómo?

—Venga, anda —dijo impaciente.

—Le gustaría verte —proseguí.

—No, de eso nada.

—¿Cómo que no? ¿Qué quieres decir? —Yo no había considerado aquella posibilidad—. ¿Por qué no? Sólo quiere verte, hablar. Eso es todo. Lo único que quiere es hablar contigo.

—No hay nada de que hablar.

—¿Cómo puedes decir eso? Hay un mundo de cosas de que hablar.

—Por lo que a mí respecta, no.

—Pero, por el amor de Dios, él está sufriendo. ¿A ti eso te da igual?

—Sí. ¡A mí qué más me da!

—¡Te quiere a ti!

—No, no me quiere.

—¿Cómo que no te quiere?

—No me conoce de nada. ¿Cómo me va a querer? No me quiere a mí.

—¿Y entonces a quién quiere? —Yo no daba crédito.

—¿En qué mundo vives? —me preguntó tranquilamente—. Nunca te quieren a ti.

Bajó la vista, hasta las manos. Yo miré hacia la piscina. El sol estaba encaramado en todo lo alto del cielo de última hora de la mañana. Me sentía mareada. Una neblina cálida y amarilla me nublabla la cabeza. Me dio la impresión de que pasaban años.

Marie levantó la vista. La miré. Se me despejó la cabeza al momento. Era verdad, yo no sabía nada, ¡pero qué angustia en su cara! Vi lo aislada que estaba, sola dentro de las palabras que acababa de decir. Las demás jamás

habríamos dicho lo que ella acababa de decir, y yo lo sabía. De pronto me solidaricé con ella.

—No pienso quedar con él. Es mi última palabra.

De pronto me solidaricé con Vinnie. ¡Vinnie! El apuesto Vinnie no conseguiría lo que tanto quería y necesitaba. Me entraron ganas de abofetearla. ¿Quién era ella para rechazarlo a él? Ella no era nada, no era nadie, un nombre, una cara, un cuerpo al que el hambre se había apegado. Si hubiera alargado la mano y la hubiera tocado, seguramente habría sentido cristal, así de irreal era para mí.

—Además —dijo más animada (acababa de recordar un dato útil)—, no podría. Ni aunque quisiera. Hay otro.

—¿Otro? —Abrí los ojos de par en par—. ¿Dónde? ¿En Nueva York?

—No, aquí.

—¿Aquí? ¿Quién?

—Eddie.

—¿Qué Eddie?

—El capitán de botones.

—¿El capitán de botones? —repetí y volví a mirarla de hito en hito.

La jerarquía de relaciones era tan estricta en los montes que si trabajabas de camarera no te relacionabas en modo alguno con camareras de piso o botones. (El lío de Marilyn con el carnicero era una excepción desesperada).

—Sí —dijo, la cara sonrojada, la cabeza en una inclinación desafiante.

Me quedé sin saber qué más hacer.

—¿Es simpático? —fue la tontería que le pregunté.

—No. —La risa que soltó fue breve y afilada—. Pero nos entendemos —dijo sin inmutarse.

Me volví y miré de nuevo hacia el agua coloreada de químicos, el cemento pintado, las tumbonas de rayas.

—Qué asco todo —dijo en voz baja.

Nos levantamos sin mediar más palabra, y mientras yo me iba hacia los barracones, ella se encaminó al lateral del edificio principal. Caí en la cuenta entonces de que Marie pasaba menos tiempo entre turnos en la habitación que el resto de nosotras; Eddie vivía al lado del vestíbulo.

Esa noche Vinnie iba como ciego, sin ver a nadie a su alrededor hasta que

se chocaba. Sé que no recordaba ninguna comanda porque los huéspedes no paraban de quejarse. Las mujeres que lo habían adorado esa misma mañana lo miraban con ojos dolidos y traicionados cuando se olvidaba repetidamente de sus peticiones especiales y sus maridos, amedrentados por la incapacidad de controlar la calidad del servicio, amenazaban con ponerse serios. Pero Vinnie tenía la mirada fija en el vacío mientras se mordisqueaba distraídamente el labio con los dientes inferiores. Ninguna amenaza externa podía afectarle. La noche siguiente dijo que no se encontraba bien y que no iba a ir a ver a Carol como tenía por costumbre. Me habló con una educación exagerada: sabía que sabía mi nombre pero en esos momentos se le había ido.

Después de aquella conversación, el tiempo pareció expandirse y contraerse de forma extraña, acelerando y aminorando la marcha sin razón aparente, como en un sueño. Cuando quisimos darnos cuenta, llegó el Día de los Trabajadores, y la temporada tocó a su fin.

Aquel domingo los barracones parecieron el día entero envueltos por una especie de inercia convaleciente que suponía un fuerte contraste con el trajín habitual que había en el pasillo común desde las seis de la mañana hasta las doce de la noche. El verano se había terminado de golpe, sin resolver los conflictos que habían puesto en marcha el trajín. Nuestra agitación había acabado abruptamente. Ya sólo podíamos esperar, aguardar a que nos abrieran la puerta de la cárcel. El turno de noche fue menos cordial si cabe que nunca, la mayoría ya ausentes en espíritu. Las caras eran frías, precavidas, distantes. La de Vinnie era directamente insondable.

Aun así nuestros cuerpos dieron esa noche muestra de una elegancia notable, que alcanzamos con una energía alimentada como nunca antes por la serenidad defensiva. Las bandejas se llevaban con el grácil dominio de un bailarín, el garbo y la destreza de un movimiento largo tiempo sacralizado. Éramos ya maestros, poseedores de un arte. Tras la destreza sin fisuras, muy por detrás, nuestros jóvenes corazones cauterizados.

Esa noche a las once Ricky y yo estábamos en las camas hablando en voz baja, la habitación medio patas arriba con los primeros amagos de hacer las maletas. Al otro lado de nuestra puerta sonaban las cisternas del pasillo, se abrían y cerraban grifos, se organizaban los coches para la vuelta. De pronto se produjo una explosión ahogada contra la pared detrás de nuestras camas y entonces todo pasó de corrido: el sonido de muebles que volaban, cuerpos

empujados, la voz de un hombre gritando, la de una mujer llorando; camareros y camareras corriendo por el pasillo, pasados los lavabos, casi hasta los retretes, parando de un frenazo, juntándose en una puerta abierta y Ricky y yo abriéndonos paso con los demás; dentro, el caos de catres medio volcados, un escritorio casi en el suelo, cosas de aseo flotando sobre las colchas como en un mar naufragado, Vinnie con sus pantalones negros y la camiseta interior sin mangas (los músculos flexionados, los ojos vidriosos), y Marie, encogida en la otra punta del cuarto, con el uniforme hecho harapos, agarrándose los pechos desnudos, los brazos y el cuello llenos de arañazos que ya estaban volviéndose morados, su pelo rizado chorreando sudor, su boca destrozada retorciéndose de dolor.

Nos quedamos allí plantados: helados por la curiosidad. Nadie miraba a Vinnie, todos a Marie. Estaba incomunicada. Olas de emoción surgían de ella, acaloradas y silentes. Lo que rezumaba era soledad, su soledad sabia y humillada. («Nunca te quieren a ti»). La mirábamos desde nuestros rostros planos y jóvenes, sin lástima ni arrepentimiento. Mientras, ella allí, esperando. Sus ojos iban inválidos de unos a otros. Hasta posarse en mí. Sentí mi propia confusión —complicada, cruel, insistente— brotándome por dentro.

—Te lo has buscado tú sola —dije, y me di media vuelta.

Pero no he dejado de mirarla desde entonces, en todos estos años. Aquella cara huesuda y elocuente sigue flotando a mi alrededor allí aovillada en el recuerdo, atrapada para siempre en aquella habitación conmigo, la guardiana en su puerta, allí plantada sobre un terreno de inocencia brutal que no ha cedido en más de treinta años, sólo ha cambiado muchas veces de posición cuando me he debatido torpemente intentando comprender el significado de su soledad.

Era un mundo basado en el hambre ciega: era todo una cuestión de ceguera. Permanecer ignorante conllevaba un gran esfuerzo. A los que no lo conseguíamos nos metían en cuarentena. Los que sí lo conseguíamos exigíamos continuamente la humillación de alguien.

HOMENAJE

Rhoda Munk murió la semana pasada en un accidente de tráfico, ella sola en su coche. La policía cree que pisó el acelerador cuando tendría que haber frenado. La encontraron tras el volante, sin un arañazo, mirando tranquilamente por el parabrisas reventado. Hacía veinte años que nos conocíamos, y buena parte de ese tiempo me la he pasado rechazándola y peleándome con ella mentalmente, dándole a menudo la espalda en momentos de necesidad. Sin embargo, al enterarme de su muerte, sentí que se me llenaban de plomo brazos y piernas, que un lastre tiraba de mí hacia la tierra. Algo grande, con ansias de libertad, había salido de este mundo. Me di cuenta de que no había llegado a entender lo que Rhoda había supuesto para mí.

Nos conocimos en una fiesta unos meses después de que se publicara *Mujer y autoridad*. El libro había caído como un rayo, un foganazo de emoción y peligro que había iluminado el paisaje interior. Era de esos escritos que te dejan mirando al infinito con el libro en el regazo un buen rato después de haber vuelto la última página. El armazón era cien por cien intelectual, pero la carne extendida sobre esos huesos pelados era obra de una inteligencia poética. La autora había utilizado la experiencia diaria de una mujer corriente para contar la historia de la autoridad y la raza humana. La metáfora era pasmosa. Gracias a la originalidad del símil de Rhoda, los lectores comprendían que en el aparato de la autoridad estaban entretejidos el deseo de crecer y, a la vez, el rechazo a crecer; el anhelo por ocupar el lugar que te corresponde en el mundo y, a la vez, el rencor por tener que ocupar el lugar que te corresponde en el mundo; la avidez por construirse a una misma y, a la vez, el odio por tener que construirse a una misma. La historia de la autoridad estaba emponzoñada con las corrupciones de la infancia

prolongada: igual que en la vida de cualquier mujer. Era un relato de división interna de principio a fin: amargo, profundo y contado con un regusto metálico en la boca.

A mucha gente le pareció un libro de mal gusto —la estructura era un desastre, el tono desalentador, el hilo argumental difícil de seguir—, pero aun así era una obra que imponía. La idea desprendía una genialidad que se reconocía al instante. Lanzaba una red amplia, de trama irregular: había cosas que se caían directamente por los agujeros y otras de lo más alucinantes que encajaban a la perfección, pero sin que la prosa —densa, apremiante, lúcida— parara de batir las profundidades. Los lectores sentían en sus carnes lo que pensaban. Para miles de personas el libro se convirtió en objeto de calurosa adoración.

Yo había escrito una reseña sobre *Mujer y autoridad* para el *Times* en la que no había escatimado elogios, y en aquel momento, en la fiesta, tenía ante mí a la autora de lo que para mí era una obra seminal, una persona que se parecía sorprendentemente al libro que había escrito: una mujer alta con una estructura ósea elegante, piel curtida, unos ojos azules que fulminaban (los ojos eran lo que te dejaba clavada en el sitio), el pelo, una madeja asilvestrada de paja parduzca pegada a una cabeza adorable; Vanessa Redgrave en un mal día, una belleza natural que la vida con la que le habían obligado a vincularse había hecho tosca e interesante. Rhoda te daba esa sensación en el acto, la de que las partes se negaban a encajar. Se veía a la legua que se lo hacía a sí misma. Tenía un tic nervioso por el que se apartaba el pelo de la cara una y otra vez y se lo recogía hacia la sien. Y cuando lo hacía, reparabas en su mano: en esa piel colorada y levantada, en unas uñas astilladas y sucias, pero la mano en sí, larga, delicada, una maravilla de forma. Cuánto me conmovían siempre aquellas manos descarnadas y finas. Con el tiempo quise atraparlas con las mías, cubrirlas de besos, llorar y apretar la mejilla contra ellas.

—Espero que lo esté disfrutando —le dije—. Todo el mundo habla de su libro.

Aquellos ojos azules se abrieron de par en par y la cara pareció temblarle. Se quedó tanto rato mirándome que creí que se había quedado en blanco. Hasta que vi que se le retorció la boca, con esos labios bien bonitos, totalmente desatados. No le ha gustado nada mi reseña, pensé. Está a punto de decirme que le ha parecido poco inteligente, que no he captado en

absoluto la esencia de su obra, que en realidad le he hecho un flaco favor.

—¡Nadie está haciendo un comino por el libro! —estalló—. Ni la editorial, ni la imprenta, ni las mujeres. ¡Nadie! No hay manera de encontrarlo en las librerías. Mi editor no me coge el teléfono. No pueden mandarlo leer en las clases. ¡Es tremendo! Años de trabajo a la basura. Un libro importante como... —Dejó la frase sin terminar y volvió a clavarme la mirada.

Yo me quedé también mirándola en silencio, alucinada por aquel pronto, sin sentir siquiera alivio por estar libre de culpa. Sea lo que sea lo que esté consiguiendo, no le vale, pensé. Nunca le valdrá. Ha tardado demasiado en llegar, demasiado es decir poco. Me sorprendió la emoción que sentí.

Recuerdo ir a terapia con la doctora F. ese primer mes y venga a hablar de Rhoda, de lo loca que estaba y lo maravillosa que era. Porque, a ver, le había costado doce años escribir *Mujer*, pero ¿no era fantástico? Al final lo había escrito, y era una gran obra y pasaría a la posteridad y...

—¿Adónde se ha ido usted? —me cortó la psicoanalista—, ¿por qué está contándome todo esto?

—No lo sé —gemí trágica.

—¿Es porque ella «tampoco» trabaja? —quiso saber la doctora F.—. ¿Es por eso?

Y, por supuesto, era justo por eso.

Cuando nos conocimos, yo tenía treinta y cinco años y ella cincuenta. Me había pasado la mayor parte de la vida dando tumbos, sintiendo como si me impidieran el paso a mi propia mente. Amor, fama, aventuras mundanas, no eran nada en comparación con el anhelo por sentarme todas las mañanas a la mesa y pensar: la única actividad que mi psique contrariada parecía empeñada en negarme. Me había pasado años de diván queja que te queja, obsesionada con saber qué era lo que se interponía entre mi deseo de escribir y yo. «No puedo, no lo conseguiré, debo, pero no puedo» era la repetitiva sintonía de mi queja analítica mientras iba por la vida como una impedida. Pero acababa de conocer a Rhoda y estaba emocionada. Yo sabía perfectamente qué suponían esos doce años. Empecé a adorar en ella la incapacidad con la que tan fuertemente me identificaba. Allí la tenía, brillante, magnética, y ella tampoco era capaz; aunque en Rhoda aquella afección parecía tener una naturaleza exaltada, conmovedora y poética: una

declaración de principios, una analogía, un extremo dramático. Saltaba a la vista —hasta un niño se habría dado cuenta— que en ella la vitalidad era inmensa y la depresión, infinita. Sexo, comida, ideas, música, naturaleza, política, sus ojos bailaban ante aquel espectáculo majestuoso (y cuando lo hacían contagiaban a todos su pasión). Ahora bien, cuando Rhoda estaba en una habitación, al aire le faltaba oxígeno; era capaz de succionar la vida de la estancia con su silencio desolado y estirado, de narices hinchadas: «Me merezco algo más —anunciaba a voz en grito su silencio—, algo mucho mejor. Y vosotros, sí, vosotros, no estáis dándome lo que me merezco».

Lo que ella había sido —de dónde venía, cómo se ganaba la vida, cuántas veces se había casado— poco importaba. Ella era eso, ese almacén de extremismos, ese superávit de ira y deseo. El sexo, su principal apetito, era un buen ejemplo. Despotricaba de los hombres como la que más, pero a la vez se dejaba hipnotizar por ellos; era incapaz de apartar los ojos. Le habría gustado desearlos solamente, pero no podía: necesitaba su reconocimiento, y necesitaba humillarlos.

—Mirad qué culito tiene ése —decía al ver pasar a un joven—. ¿Por qué no se le puede pegar un bocado como a una manzana y ya está?

Tiempo después, una noche que íbamos en coche camino del Uptown, en pleno aguacero, intentó atropellar a unos chicos que estaban cruzando la Tercera Avenida, pavoneándose a la luz de los faros. Vi cómo le temblaron las mejillas cuando las caras asombradas de los chicos sobrevolaron el parabrisas. Los nudillos blancos de apretar el volante.

—Qué asco dan —bufó.

Desde el primer momento me dejé impresionar por su manera de estar en el mundo, me descolocaba para luego volver a atraerme y, cuando volvía a por más, sentía renovada la energía de la vida. A los diez días de conocernos quedamos para cenar en un restaurante del Upper West Side. Después la acompañé hasta su casa. Era principios de primavera. Cuando llegamos al portal de su piso, echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y aspiró con fuerza el aire de la noche joven. Le temblaron los párpados y se quedó con la cabeza hacia atrás lo que me pareció mucho tiempo; tanto prolongó el gesto que se me antojó afectado. Pero después abrió los ojos, me sonrió directamente a la cara y me dijo con pasión: «Qué milagro, de verdad, estar vivas». Por

supuesto, tenía toda la razón, era un milagro. ¿Por qué yo no lo había recordado? Yo estaba respirando el mismo aire que ella. Sentí entonces la dulzura de la noche con más fuerza de lo que la había sentido en años, y comprendí que ella vivía de tal forma el lugar común que me lo devolvía renovado cuando estaba en su compañía: tuve más del mundo de lo que había tenido hasta entonces.

Empezamos a quedar bastante, para tomar un café, cenar o dar un paseo por la tarde. Cada vez que la veía, volvía a sentir el impacto de su belleza excéntrica: la elegancia demacrada, los ojos azules penetrantes, la singular voracidad con la que asumía el mundo. Parecía volverse más vivaz a medida que pasaba el tiempo, sus discernimientos más enjundiosos y perspicaces, comunicativa en su forma de hablar, más elaborada. El tiempo que pasábamos juntas —fuera el que fuese, veinte minutos, dos horas, una tarde — empezó a adquirir una forma que, cuanto más nos veíamos, mejor llenábamos. Y no era sólo yo la que escuchaba a Rhoda, nos escuchábamos mutuamente. Tuvo que pasar un tiempo para darme cuenta de que ambas nos concentrábamos en lo que la otra tenía que decir. Era esa concentración lo que impresionaba: hasta entonces yo no había sido consciente de su presencia en la conversación. Me sentía en una nube. No es que me fuera pensando qué bien que hablo, pero sí que me iba con la sensación de haber sido escuchada plenamente, y como me escuchaban plenamente, decía todo lo que tenía que decir. Sentí entonces que llevaba desde que tenía uso de razón luchando por tener la atención total de alguien en la conversación. Ya la tenía, podía respirar tranquila. No tenía que ser ágil, podía pensar antes de hablar.

Rhoda solía ladear la cabeza mientras hablábamos, como si no estuviera escuchando sólo nuestras dos voces, sino algo más allá, algo sobre lo que me llamaba la atención: mira, me decía su gesto, no estamos haciendo nada fuera de lo normal, pero fíjate bien, dos mujeres escuchándose así, reelaborando entre ambas lo que significa conversar. Era otra cosa corriente en ella: me devolvía más de mí misma de lo que había tenido nunca.

Olvidando todo lo que ya sabía, yo daba por hecho que a Rhoda siempre la habían escuchado. Ni se me pasó por la cabeza pensar que ser escuchada era para ella un tema candente, hasta que una noche que pasaría al recuerdo me lo dejó bien claro.

Lena me llamó un día y me dijo que quería conocer a Rhoda, ella y su

marido, Johnny. Eran de esa gente de izquierdas que tenían un cargo de conciencia perenne con el feminismo. Resultaba enternecedor lo mucho que se esforzaban.

—Vale, claro. Pero, oye, mejor preparo cena aquí en casa e invito también a Kayman.

—Estupendo —dijo Lena—. Llevo tiempo queriendo conocerlo.

Ambas colgamos con la sensación de tener por delante un encuentro placentero. Diez días después, tenía a ocho personas reunidas en torno a la mesa: Lena y Johnny, Kayman y su mujer, Carol, mi vecina Marilyn y su amigo Toby, Rhoda y yo.

Kayman es un comunista de la vieja escuela, un hombre que da por hecho que lo que él tiene que decir es siempre de un interés supino. Su vida está moldeada en torno a la convicción de que todos los que lo rodean son alumnos suyos (son siempre o bien más jóvenes, menos experimentados y menos inteligentes, o bien mujeres y niños, siendo estos dos últimos grupos categóricamente alumnos). Los hombres como Kayman llevan dominando la mesa desde el principio de los tiempos: era lo más normal del mundo que él esperara que también los invitados a aquella cena le mostraran deferencia. Pero en la habitación había otra personalidad tan fuerte como la suya. Todos sabían que *Mujer y autoridad* se había convertido en un acontecimiento intelectual y que la hermosa mujer de cara agotada con la que compartían mesa era una aspirante al título, y había llegado su momento. A mí me parecía evidente que era la noche de Rhoda. Le tocaba a ella. Saltaba a la vista, ¿no? Resultó que no.

No me gusta nada cocinar y rara vez lo hago. Cuando invito a gente a casa, no soy una invitada de mi propia cena hasta que no pasa un buen rato. Ni siquiera me paro a oír lo que dicen los demás hasta que no pongo la comida en la mesa... Así que allí estaban todos, con Kayman en una punta y Rhoda y Johnny cada uno a un lado. Todos charla que te charla, yo lo único que oigo es el típico zumbido de cháchara de cena neoyorquina, sin llegar a escuchar una palabra. Y entonces pongo el pollo y las judías verdes en la mesa, y de pronto va Rhoda y dice en una voz baja pero nítida que atraviesa de cuajo todas las conversaciones:

—A mí un tío feo y enano como tú no me manda callar.

Bocas manos voces: todo se para de golpe. Se lo ha dicho a Johnny. A

Lena se le va el color de la cara. Kayman se recuesta en su silla y vuelve el cuerpo hacia Rhoda ladeando la cabeza y mirándola con genuino interés. Carol clava los ojos en la mesa y empieza a hacer círculos con el cuchillo. Yo me quedo tan pasmada que casi se me cae la comida al suelo.

—¡Pero bueno! —se escandaliza Toby.

—¿Qué pasa? ¿Ha pasado algo?

Johnny le dedica una mirada asesina a Rhoda.

—¿Que qué ha pasado? —me responde sin dejar de mirar a mi amiga—. Que no para de interrumpir a Kayman, no le deja acabar ni una frase.

Rhoda ríe amargamente.

—¡Ésa sí que es buena! —Mira alrededor de la mesa, sus ojos azules, igual de fríos y fulminantes que el día que la conocí—. Ojalá alguien pudiera impedir que este hombre termine una frase —dice sin subir el tono—. Yo creía que estaba ayudando a convertir un monólogo en una conversación. Pero no me había dado cuenta de que estábamos ante un caso de «hombre adora a hombre», de que era eso lo que estaba pasando.

Marilyn se llevó las manos a la cara.

—Últimamente pasan cosas así todo el rato. ¿Es que ya no se puede charlar civilizadamente en la mesa?

—Eso depende de qué entiendas tú por «civilizadamente» —dice Rhoda—. Si a ti te parece civilizado que ignoren por sistema a una de las invitadas y que encima se espere que permanezca callada, entonces no, supongo que ya no se puede charlar civilizadamente.

—Madre mía —dice Lena.

—¡Que ignoren por sistema! —estalla Johnny—. Supongo que te referirás a las «mujeres». Decidme una cosa: ¿es esta mujer todas las mujeres? —pregunta dirigiéndose al resto de la mesa—. ¿Es eso lo que está queriendo decir? ¿Que ella se sienta ignorada significa que todas las mujeres son ignoradas? ¿Y por qué porras hay que interrumpir una conversación interesante para hablar otra vez de toda esta patraña?

—Esta patraña... —Rhoda está que pega bocados, su voz temblando de la indignación—. ¿De qué patraña hablas exactamente? ¿La patraña que revela todos los pequeños crímenes contra el alma que se cometen en la cena media? ¿A esa patraña te refieres?

—Puede que no sea una tontería lo que está diciendo —interviene Kayman lentamente—. Puede que tenga razón. —El viejo estalinista es el único de la habitación con una integridad política que le atraviesa de medio a medio.

—Tiene razón —digo en voz baja.

Me gustaría decirlo acaloradamente, pero no me atrevo. Me aterra lo que está pasando. Al fin y al cabo, es la cena que yo he organizado. La idea de que la gente se insulte en mi casa, y que yo ahonde en el insulto, me da pánico. Apenas puedo hacerme a la idea...

Cuento todo esto en presente porque todavía tengo el regusto en la boca de la emoción nauseabunda y seca que experimenté aquella noche, la horrible sensación de que el mundo tal y como lo conocía estaba haciéndose añicos ya incluso mientras hablábamos. Esa noche lo vi venir, como si fuera la primera vez, la muerte del apego sentimental entre mujeres y hombres. El arreglo entre unos y otras, por familiar que fuese, estaba tocando a su fin. Nuestro retraernos, nuestro callarnos, nuestro poner la otra mejilla: se había acabado. Si Rhoda no podía decir lo que quería en la cena, tendría que levantarse de la mesa. Si no podía levantarse de la mesa, tendría que derribarla. No pensaba permitir ni una vez más en su vida que la mandaran callar y no la escucharan plenamente.

Al día siguiente iba con prisas haciendo unos recados por el centro y, a eso de media tarde, me vi atravesando Grand Central Station para atajar. Un coro de góspel de una iglesia de Newark cantaba himnos de Pascua desde un balcón en la galería de arriba: hosannas por Bach y la cultura occidental. Me paré a escuchar. Me dolía todo el cuerpo y me sentía agotada. La cara glamurosa y ajada de Rhoda apareció de pronto ante mí: sus fríos ojos azules retorcidos por la rabia y su voz desdeñosa y dolida («A mí un tío feo y enano como tú no me manda callar»). De pronto me eché a llorar. Se apoderó de mí una sensación de pérdida romántica, allí parada en medio de la gran estación, las lágrimas rodando por mis mejillas aún tersas. La agonía de Rhoda me apretó con fuerza el corazón. Era grande, majestuosa e importante. Supe que siempre querría esa agonía.

—Tengo una casita en Long Island —me dijo un día a finales de primavera—. Voy a ir el fin de semana que viene para prepararla para el

verano. ¿Te vienes?

—Encantada —dije: me sentía la elegida.

—Bien. ¿Te parece si nos vemos aquí mismo el sábado a las nueve de la mañana?

—Claro que sí, lo que tú quieras. —Desde el primer minuto había sido «lo que tú quieras».

El sábado por la mañana nos montamos en su cochecito rojo y dejamos atrás la ciudad. Hacía un tiempo espectacular, terso y radiante. Rhoda conducía rápido y bien. Hasta cuando no prestaba atención parecía tenerlo todo controlado. Nuestra conversación iba como ella al volante: rápido y bien, y no me asustaba ni cuando amenazaba con volverse temeraria. Tenía la sensación de que no podía pasarme nada con Rhoda a los mandos.

Dos horas después dejábamos la carretera para doblar por un camino de tierra que empezó a serpentear en dirección al mar. Botamos y rebotamos por los surcos de un sembrado sin vallar, pasamos por un cercado de árboles plantados muy pegados entre sí y luego atravesamos un bosquecillo mágico, muy húmedo y pantanoso, con helechos y musgos colgando por doquier, raíces intrincadas y hierbas lozanas. Los árboles se cerraron cual paraguas sobre nuestras cabezas durante casi un kilómetro y el camino se convirtió en un túnel de trama gruesa atravesado por la luz del sol. Los árboles se separaron entonces e irrumpimos en un promontorio con un tapiz verde de hierba que se hundía en picado hasta una playa de piedras y, detrás, aguas abiertas. Ante nosotras, llenándonos ojos pulmones corazón, teníamos el mar de plata, reluciendo en el sol cálido de la primavera. Me habían llevado a un lugar de una belleza luminosa y llena de vida.

Y en aquel promontorio estaba la casa de Rhoda: una casita de madera de las antiguas, con sus tejas marrones y sus cimientos bajos, con el escalón de la cocina encajado en la hierba y la pared tomada por una trepadora negra y delgada que yo sabía que en un par de meses se pondría verde y daría un desvarío de flores. La casa entera estaba enclaustrada por contraventanas de contrachapado. Nos bajamos del coche y Rhoda abrió la puerta de entrada.

La casa se distribuía en torno a una amplia sala central, con un porche de dormir rodeado de mosquiteras a un lado, y otro porche, medio cerrado, que daba al mar. Pasada la sala principal había tres dormitorios pequeños separados por tabiques muy finos, una cocina diminuta llena de ventanas (una

rajada) y un rudimentario aseo con una puerta trasera atascada y un calentador de agua herrumbroso. Sobre la encimera de la cocina había un plato roto en una montañita de trozos y un aplique de pared con un agujero en la pantalla de papel, de haberse quemado con la bombilla.

Rhoda atravesó la sala grande y fue al porche que daba al mar. Buscó y cogió un palo largo que había sobre la baranda baja de madera y lo utilizó para abrir las contraventanas: un pequeño cuadrado de luz color mar estalló en la estancia. Fue levantando una contraventana tras otra, formando una fila de toldos de madera que enmarcaban la habitación con una luz atenuada. En el porche había una mesa y varias sillas. Me senté en una y luego el mundo, a la altura de los ojos, se convirtió en una pequeña composición de promontorio con tapiz de hierba, mar de plata, cielo azul raso. El corazón no me cabía en el pecho: un júbilo sin sombras y de colores primarios. Pensé: «Podría pasarme la vida sentada a esta mesa. Quiero pasarme la vida sentada a esta mesa. Y si me levanto, que sea sólo para pasear con Rhoda por la cala pedregosa de ahí abajo, hablando de mujeres, hombres y el mundo tal y como lo vemos».

Aquella casa era una creación de Rhoda. Habíamos atravesado sembrados, bosques y marismas a través de una espesura enredada y de cercados sombreados, para llegar a una casa que era tan destartada como bonita, y que civilizaba el paisaje. Sin la casa, el mundo era un vacío espectacular; con la casa, yo estaba sentada en medio de espacio creado. El espacio imponía coherencia: dentro de aquella casa se podía oír y se podía pensar. A partir de aquí, pensé, sólo puedo ir a más.

Rhoda me invitó a pasar el verano con ella en la casita de la playa el primer año que nos conocimos; dijo que trabajaría mejor con una amiga como yo en casa. Qué felicidad aquella invitación: me había elegido a mí. Empecé a fantasear con nuestros paseos de horas por la playa, hablando sin parar en una conversación sin punto final. Su mente vagaría libre en mi compañía mientras la mía se expandiría para absorber la riqueza de la suya. Yo le daría esa respuesta elocuente que rara vez encontraba, y ella sería la mentora que yo seguía necesitando. Teníamos por delante un verano de ensueño.

Nos fuimos a la playa en junio. «Tráete lo que quieras», me había dicho Rhoda, «invita a quien quieras». «Estupendo», contesté, y no le di más

vueltas. Me llevaría lo que siempre me llevaba —una maleta y una bolsa llena de libros— y no invitaría a nadie. ¿A quién iba a necesitar o a querer ver? Ni en pintura. Si iba era para estar con Rhoda: para concentrarme en el intercambio, hacer todo un mundo del escuchar. Ella quería lo mismo, seguro. ¿No era eso, a fin de cuentas, lo que había entre nosotras, nuestra gran empresa, la razón por la que me había invitado?

La primera semana fue uno de esos momentos alucinantes de la vida en que todo con lo que has fantaseado se materializa: Rhoda y yo en nuestro nidito en la casita ruinoso, acomodándonos alegremente para charlar y trabajar; yo en un libro que llevaba dos o tres años podando y Rhoda preparándose para la segunda parte de la trilogía que proyectaba y de la que *Mujer y autoridad* estaba pensada como el primer tomo. Aquel siguiente volumen habría de tener mayor repercusión aún que *Mujer*. Era el libro que dejaría clara la amplitud de sus preocupaciones, el alcance de su visión. Llevaba un par de años dándole vueltas. No tenía las ideas formuladas, pero tampoco en un estado embrionario. Estaba a punto: ambas sabíamos que podía empezar en cualquier momento. Yo me sentía honrada de que hubiera visto en mí una presencia benéfica con la que calmar su espíritu y ordenar sus pensamientos.

Nuestros primeros días juntas pasaron en un ritmo satisfecho de soledad compartida. Por las mañanas nos íbamos cada una a nuestro espacio particular (ella al porche de dormir, y yo a uno de los dormitorios pequeños) y nos poníamos a trabajar. Nos juntábamos a la una para comer. Cuando acabábamos volvíamos a separarnos, cada una a leer. El mar de la tarde resplandecía a través de las mosquiteras de los porches mientras los gatos merodeaban por aquí y por allá a su aire, remoloneando por nuestros regazos como por su casa. Rhoda y los gatos: sentía pasión por aquellos animales, cuatro tenía en la casita. Le encantaban, decía, porque eran bonitos y lo sabían, no tenían necesidad de ganarse la existencia. Podía pasarse horas mirándolos, como si dedicando tiempo suficiente a mirarlos fueran a contarle algo que necesitara saber.

A última hora de la tarde echábamos a los gatos al suelo y nos íbamos a la playa a andar, leer, hacer cabrillas y nadar cerca de la orilla. Nadar era una religión para Rhoda. Se metía en el agua todas las mañanas y todas las noches sin falta, era su ritual. La veías plantada en la playa con un vestido largo de

algodón y un sombrero de paja de ala ancha, mirando el horizonte, mientras parecía apoderarse de ella una quietud singular. Se desvestía lentamente, llegaba hasta el borde del agua, daba unos cuantos pasos y también entonces se quedaba un rato inmóvil. Luego se zambullía levantando por turnos sus bonitos brazos en un arqueo alto, y emprendía el camino hacia lo hondo, alcanzando en poco tiempo un ritmo que embrujaba, no cabía duda, embrujaba. Estaba en comunión con el mar, reinsertándose en el mundo natural. Pero por las tardes, cuando yo también me animaba, estábamos las dos solas en el agua haciendo el tonto —salpicándonos, gritándonos, riendo para oír el tajo de nuestras voces en el aire—, nuestro placer, una extensión de la amistad. A las siete volvíamos a la casita y preparábamos la cena. A las doce yo estaba acostándome serena y feliz. Por la mañana me despertaba reconfortada y expectante. La paz empezaba a calarme.

El viernes por la tarde —sin previo aviso o anuncio de ningún tipo— apareció su amiga Karen. «Ah, ¿no te había dicho que venía?», dijo Rhoda como si tal cosa. A las pocas horas llegó su sobrino Mark y, a la mañana siguiente, su ayudante y alumna, Carrie. Ninguna de aquellas apariciones vino acompañada de explicación alguna. Rhoda era toda serenidad e impavidez, como si no admitiera discusión. Pasamos el fin de semana los cinco juntos. Mark y Carrie jugaban al Monopoly, Karen hacía punto, yo leía y Rhoda guisaba... y guisaba y guisaba.

La cocina, quién lo habría dicho, resultó ser la habitación central de la casa. Era allí donde Rhoda había sacado más cosas de la maleta al llegar. Lenta y cuidadosamente había ido extrayendo de una bolsa tras otra objetos y utensilios de plástico, madera o aluminio; cacharros de piedra, alambre o baquelita; tazas y fuentes de loza y de mimbre; tarros y botes de cristal, cobre y porcelana. Había también cajas de comida, bolsas de redecilla y latas llenas de té, especias extrañas y mayonesa casera. Al parecer no había nada que le gustara más a Rhoda que arremangarse y preparar una comida elaborada, utilizando con gran premeditación la mitad de los chismes de la cocina. Decía que cocinar era una forma de crear arte y dar amor. Ese primer día trabajó a un ritmo constante, tarareando alegre para sus adentros mientras lo ordenaba todo —en estantes, ganchos y alambres colgados del techo—, y en cuestión de minutos la cocina se convirtió en un alegre revoltijo, animado y ajetreado. Demasiado animado, pensé un par de veces, ajetreado hasta lo indecible. Los

ojos se me angustiaron cuando dejé que la habitación invadiera de golpe mis sentidos. Rhoda también parecía perderse en el ruido visual. A veces se quedaba junto a la encimera buscando a su alrededor algo que necesitaba («Vamos a ver, ¿dónde se ha metido no sé qué taza, el colador, el prensaajos?»). Después la veías encontrar el camino y recuperar lo que necesitaba, y se le iluminaba la cara con una gran sonrisa. Le provocaba placer ejecutar aquel ejercicio; a veces era tal el placer que el revoltijo parecía haber sido creado para que ella pudiera ejecutar el ejercicio.

Por supuesto, las comidas eran, literalmente, de fábula, e imponían una escabrosa cohesión en un conjunto de personas que, a simple vista, no teníamos razones para compartir mesa: todos nos volvíamos hacia Rhoda como cachorrillos ansiosos cada vez que ella hablaba, y desconectábamos como viejos perros aburridos en cuanto hablaba cualquier otro. El grupo, sin embargo, sí que tenía algo en común y, lentamente, conforme avanzó el fin de semana, se nos fue revelando. Todos los demás conocían a Rhoda desde hacía años y todos habían pasado el primer verano de su amistad en la casa de la playa.

Para el domingo por la mañana las comidas se habían convertido en un yugo. Ninguno parecíamos poder recordar por qué estábamos allí. Yo estaba tan deprimida que empecé a sentirme irreal en mi propia piel. Angustiada, recurrí al mar en busca de consuelo, pero hasta su encanto se había vuelto una abstracción.

A partir de ese segundo fin de semana siguió llegando un chorro de gente; una corriente que nunca se remansaba, nunca se estancaba, jamás reducía la velocidad o se secaba. Venían parejas, tríos, personas sueltas o cuartetos. Eran jóvenes, eran viejos; había mujeres y hombres, blancos, morenos y amarillos; eran alumnos, vecinos, primos; conocidos de un día, amigos de toda la vida; antiguas cuñadas y amantes desechados; profesores compañeros y apasionados de *Mujer y autoridad*. Las llegadas inminentes nunca se anunciaban, ni tampoco se sometían a consenso las invitaciones. La gente aparecía sin más.

Rhoda se encargaba de la cocina como si fuera su misión en la vida, y se quejaba a menudo de no tener tiempo para trabajar. Cuando yo la instaba a irse al estudio, que cada cual se haría su comida, ponía cara de desesperación, como si la hubieran derrocado o algo parecido. No, no, exclamaba. No podía

ser. Esa gente eran sus invitados, no iba a dejar en la estacada a sus invitados.

Dos veces al día, como las mareas, el desconcierto hinchaba mi desdichado pecho, el desconcierto y una sensación deprimente de ineptitud; seguramente lo había entendido todo mal desde el principio, y tenía la sensación no sólo de que Rhoda no quisiera mi compañía sino que, de hecho, la rehuía. Estaba invitando a gente para asegurarse de no quedarse a solas conmigo. Y, después de todo, ¿por qué no? ¿Quién era yo? ¿Cómo podía haber esperado mantener su interés? Yo no bastaba, estaba claro. Con todo, siempre que nos quedábamos las dos a solas —una mañana, una tarde, incluso un día o dos—, parecía igual de contenta que siempre de pasar las horas conmigo, paseando juntas por la playa, nuestra charla enjundiosa, un flujo constante, nuestros momentos de silencio, cómodos y naturales. No le veía el sentido, la verdad.

Una noche, después de un largo día lleno de la cháchara desnortada del típico grupo de seis mal avenido, bajé a la playa con ella para su baño ritual. Avanzó con tiento por las piedras hasta el borde del agua, yo a su lado pero sin mirarla. Ninguna dijimos nada. Era una noche fresca y luminosa, de una tersura que te partía el alma. Y entonces me volví. Vi su cara en la luz de poniente. Estaba plantada al borde del agua mirando el horizonte. Tras ella, la gente, por delante, el mundo natural. La expresión de su cara era de un alivio intenso. La intensidad fue la clave, lo que me hizo pensar de pronto: sufre de soledad, y no es que ame la naturaleza, es que la naturaleza la ayuda a olvidarse de lo sola que está cuando está con gente.

Lo comprendí entonces: no era que yo no le cayera bien, le caía muy bien, pero daba igual lo bien que le cayera yo o cualquier otra persona; ni lo que hablara conmigo o con quien fuese. Pronto, muy pronto, volvería a sentirse sola: vaciada. No conocía a nadie que pudiera llenarla. Aunque nos devorara a todos a la vez, seguiría teniendo hambre. Necesitaba repuestos de continuo. Y habría repuestos más talentosos, más interesantes o entretenidos que otros, pero todos seríamos sustituidos al final. Ninguno podía cumplir la tarea por la que se nos había convocado allí.

Nunca sabré si Rhoda sintió mi retraimiento y ella misma se retrajo en respuesta, o si su distanciamiento cada vez mayor era algo inevitable justo por lo que creía haber aprendido de ella esa noche en la orilla, pero el caso es que, para el Día de los Trabajadores, la luna de miel de nuestra amistad había

llegado a su fin. Después de ese verano no volví a imaginarme como la amiga especial de Rhoda. Para bien o para mal, me uní a la pandilla variopinta de la mesa del fin de semana.

Y formábamos desde luego una buena pandilla: compuesta por personas que nos habíamos visto atraídas por Rhoda y nos habíamos sentido especiales durante un tiempo, para luego quedar rápidamente desbancadas de la intimidad, pero aun así todavía apegadas a la idea, si no a la realidad, de aquel vínculo. A veces algunos de los que nos habíamos conocido a través de Rhoda quedábamos y hablábamos, siempre sin falta, de ella.

Empecé a hacerme notar en esas reuniones. Todo el mundo sabía que Rhoda estaba deprimida. Yo era la única que insistía en que era presa de una rabia perenne. «En realidad la depresión es rabia», decía, y seguí diciéndolo. A veces cuando hablaba, brillaba un ojo aquí, se arqueaba una ceja allá, una cabeza asentía muy enérgica, pero nadie se concentraba en la ecuación como yo.

—Sí, sí —llegaba la respuesta—, pero oye esto: la otra noche decía ella... es que es la mejor, qué manera tiene de hilar las cosas...

Yo fingía escuchar, mientras esperaba el momento de la anécdota en que poder contraatacar. Siempre sin falta lo encontraba y anunciaba triunfal:

—Pues precisamente eso es la rabia hablando por su boca.

Era capaz de recitar monólogos enteros sobre el tema de la rabia y Rhoda, y bien que los recité. Había tenido una revelación imperiosa, y no pensaba soltarla. En compañía de quienes la conocían, mi revelación florecía hasta la compulsión. A veces parecía entrar en trance, tan hipnotizada estaba por la belleza de mi propia interpretación inquebrantable.

La gente perdía la paciencia con mi análisis monocorde, incluso se irritaba. ¿Por qué?, me preguntaba siempre. Al fin y al cabo, yo sólo quería poner la nota discordante. ¿No era evidente? Todos habían ido allí a adorar. Yo era la única que veía lo que los demás no veían, la que comprendía algo que nadie más comprendía. ¿Cómo iba a callarme? ¿Por qué no entendían su importancia?

Pasaron los años. Rhoda y yo seguimos quedando, con menos frecuencia y, por lo general, sin satisfacción. Sentía que ella conmigo iba a la deriva. Había querido de mí deferencia o salvación, me decía yo, y puesto que no había podido darle ni lo uno ni lo otro... Me metía en mi caparazón y, antes

incluso de irse cada una por su lado, me ensimismaba mientras andábamos, charlábamos o comíamos. Con todo y con eso, cuando conseguíamos ponernos de acuerdo para quedar siempre había expectación.

Entre tanto, mi lucha eterna con el trabajo seguía a todo ritmo, siempre erre que erre. Al igual que mi relación con Rhoda, nunca se solucionaba y nunca se abandonaba. No sé cómo me las arreglaba para seguir yendo por la vida como una impedida, siempre deseosa de que se despejaran las nubes para poder escribir una reseña, terminar un artículo, avanzar con un libro.

Y todo el mundo, mientras, esperando a que Rhoda terminara la secuela a *Mujer y autoridad*, cosa que, por supuesto, nadie dudaba que haría. Aquel segundo libro era el Santo Grial hacia el que todos viajábamos. «Cuando se termine de escribir el libro de Rhoda...», se convirtió en una coletilla entre mis conocidos. Significaba: entonces estaremos en presencia de una clarividencia visionaria; todo se entenderá, todo se perdonará.

Pasaron más años.

Rhoda se fue entonces de viaje a la India y volvió con marido nuevo. Había cumplido ya los cincuenta y ocho años, mientras que el hombre con el que se había casado no tenía ni cuarenta: un mecánico de un pueblo de montaña, un apuesto hombre de tez morena y ojos vidriosos que llevaba el turbante de los sijs, hablaba un inglés cantarín y daba la impresión de ser inteligente, aunque debía de confundirle tremendamente despertarse por las mañanas y verse en un piso en Nueva York. Se le notaba en la cara que andaba siempre preguntándose dónde se había metido el cielo, cómo habían podido desaparecer las montañas y los valles de la tierra. Él creía que Rhoda lo había embrujado. Sonreía a las visitas y anunciaba: «La idolatro». Cada vez que Selim decía «la ido-la-tro», yo pensaba: «Cualquier día la encuentran muerta». Pero Rhoda se limitaba a reír y a desperezarse encantada de la vida. Todavía la veo a los sesenta, cuando llevaba dos años con Selim, despertándose por la mañana en el desbarajuste que tenía por cama en el porche de dormir, con los gatos por encima, medio desnuda, la cara suavizada, bella y llena, pero bien llena, de placer sexual: una criatura sacada de un libro de Colette. El matrimonio duró cuatro años.

En el segundo verano de su relación con Selim, Rhoda me invitó a pasar diez días en la casita de la playa. El primer sábado llegó para pasar el fin de semana Andrea, una antigua alumna de Rhoda. La tal Andrea —una mujer

menuda con ojos esquivos y una mata de pelo morena que no paraba de apartarse de la cara— era psicóloga de la universidad pública de Nueva York. Por lo visto se estaba haciendo un nombre, pero yo sólo la conocía por sus peroratas sobre el ligue de turno que ella misma sabotaba inconscientemente. Rhoda le tenía mucho cariño a Andrea: le recordaba a ella de joven.

El caso es que a eso de medianoche, después de una cena tardía que Rhoda se había pasado dos horas preparando, Andrea estaba yendo de un lado a otro de la sala grande de la casita hablándonos de Jason, quien, después de tres meses de romance, empezaba a poner distancia. El fin de semana anterior habían ido de acampada; a Jason le gustaba mucho la naturaleza mientras que Andrea no sabía nada sobre la vida campestre. Cuando él se puso a montar el campamento para la noche, ella se sentó en el tocón de un árbol y le leyó en voz alta la *New York Review*. (Me reí. Andrea me miró. «¿Qué tiene eso de malo?». «Nada, nada. —Sacudí la cabeza—. Sigue»). Se había emocionado leyendo un artículo y le dijo, en lo que creyó un gesto de camaradería: «Escucha esto». Pero él había vuelto a la tarea en mitad de una frase y, cuando ella protestó, él le contestó cortante: «¿Y qué más te da? Tú sólo quieres que haya alguien delante mientras actúas».

—¡Madremía! —dije.

—¡Exacto! —Andrea se inclinó hacia mí, con las cejas en un arco dramático—. ¡Y entendí lo que me decía! —Se apartó el pelo—. Supe que tenía razón. —Se sujetaba el pelo a un lado con sus delicados dedos—. Yo antes no era así —gimoteó.

—¿No? —pregunté.

—¡No! Al principio él leía mis cosas, le gustaba lo que leía, es inteligente, y era incisivo. Pero ahora... —volvió a gimotear—. He sido demasiado crítica. Eso es lo que dice él. Dice: «Siempre tienes que encontrar las flaquezas, los puntos débiles, y sacas el látigo de tu lengua crítica. No has parado de chincharme, chincharme y venga a chincar». ¡Él me quería! Y yo lo he fastidiado todo.

Me quedé mirando al suelo. Andrea enterró la cara en las manos. Rhoda miró hacia la cocina, donde Selim lavaba los platos de la cena. Le estaba llevando horas limpiar y recoger, y yo sabía por qué; la cocina estaba más atestada aún de lo que recordaba —más teteras, más cestos, más

temporizadores—, había sido alucinante ver a Rhoda abrirse camino más lentamente aún en aquel ruido visual que ella misma no paraba de alimentar. Selim estaba allí ante el fregadero haciendo malabarismos desesperados para dejar una olla o un plato lavado en la encimera atestada, sus movimientos confinados por una red de cautela necesaria.

—No me gusta la energía masculina —dijo pensativa Rhoda con la vista puesta en la cocina—. Demasiado fuerte, demasiado atrevida, demasiado directa. Los gestos, los movimientos, todo el repertorio. Demasiado limitado. No como con las mujeres. No hay matices ni modulación. No me atrae. Y luego a veces es agobiante... —Se detuvo de pronto como si hubiera llegado a un pensamiento que no pudiera completar. Se quedó mirando hacia una media distancia en penumbra de su mente. Después se levantó de la silla, sacudió la cabeza, se pasó la mano por el pelo alborotado y rio—. Cuando era joven —le dijo a Andrea—, los hombres eran siempre el primer plato, ahora no son más que el aliño. Mi consejo es que llegues a ese punto cuanto antes, la vida se te hará mucho más llevadera.

«Eso no es verdad», pensé, «no puede ser verdad. Lo que quiere es que Andrea concluya que los hombres significan muy poco o nada para ella, pero yo sé que no es así. Aunque, ¿qué significan entonces?». Yo sabía que, cuando hablaba del amor como primer plato, estaba recordando una época en la que se sentía sedienta de hombres que se negaban a acatar sus condiciones; en realidad, cuando hablaba de amor como aliño, hablaba de hacer que un hombre al que ella no necesitaba la necesitase. Sí, vale, los hombres se estancaban en rabias antiguas, pero ¿era posible que ella siguiera implicada en ese nivel de búsqueda de energía sexual tan básico? ¿Por eso —o humillo yo o me humillan a mí— se había traído a Selim de la India? ¿Era ése el motivo oculto tras semejante extremismo? Me costaba creerlo.

Una mañana de los últimos días de mi estancia en la casita me despertó la voz de Rhoda desde la cocina —fuerte, histérica, atravesada de desconsuelo—, gritándole a Selim:

—¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido? ¿Tan tonto eres? ¡Tú a mí me matas un día! ¿Es eso, quieres matarme? ¿Para eso te he acogido en mi casa, en mi vida y en mi cama, para que acabes conmigo? ¿Para eso te traje aquí?

Salté de la cama y fui corriendo hacia la voz.

Rhoda estaba en medio de la cocina con un viejo camisón raído, tirándose

de los pelos. Tenía los ojos hundidos, y le temblaba la boca de lo desdichada que era. En la otra punta de la habitación, mirándola, estaba Selim, con las manos contra la pared y ojos desesperados. Parecía que hubiera pasado un tornado por la habitación: cosas por todas partes, tiradas de los estantes, volcadas de los botes, caídas de la encimera. Entre las piernas de Rhoda había dos bolsas de la compra arrugadas (una con una mancha de grasa muy grande) de las que sobresalían folios rotos y sucios. Al parecer Selim había estado limpiando, se había encontrado las bolsas detrás de una hornacina que había tapada con una cortina y había estado a punto de tirarlas. Los trozos de folios sucios eran las notas de Rhoda para su segundo libro, que seguía «sin escribirse». Si la vejiga llena no la hubiera sacado del sueño, y un pensamiento errático no le hubiera hecho ir a buscar unos viejos apuntes... Había puesto la cocina patas arriba buscando las bolsas.

—¡Tú tú tú! —le gritaba a Selim, la voz temblándole de la rabia: su rabia insaciable, su querida rabia.

Miré el caos en la cocina que me rodeaba, el caos de las bolsas de la compra, el caos de su voz. Al final del caos estaba el libro sin escribir. Comprendí entonces qué hacía allí Selim. Selim no tenía ni idea de quién era ella. Sólo un hombre que no supiera quién era ella habría hecho lo que había hecho él. Lo que ella necesitaba que hicieran por ella. Se había plantado en la otra punta del mundo para traerse con ella a un hombre que pudiera asegurar su caos. Porque no cabía duda: el instrumento necesario para su propia perdición seguía siendo un hombre.

Me quedé allí parada en la cocina, mirándolos, y recordé de pronto aquella primera vez que vi la casa de la playa, cuando había pensado: «A partir de aquí sólo puedo ir a más». El recuerdo me dejó un regusto metálico.

Me tiré dos años sin ver a Rhoda después de aquel verano.

Para cuando volvimos a quedar, Selim había regresado a la India y ella seguía sin empezar a escribir su segundo libro. Un día entré en su cocina de Nueva York y me di cuenta de que nunca lo haría. El desorden de aquella estancia había trascendido a otra dimensión. Todas las superficies estaban abarrotadas de una indiscriminación alarmante: exprimidores y peladores, posavasos y llaves, pastillas y comida de gato, paté de anchoas y rotuladores, cascanueces y gotas para los ojos, temporizadores varios, guantes de horno, bloques de notas. No había dos centímetros cuadrados vacíos donde poder

descansar la vista. El corazón empezó a acelerárseme. Rhoda estaba ante el fregadero con un cuchillo de mondar en una mano y una patata en la otra, hablándome con entusiasmo mientras trabajaba. Se volvió una vez para mirarme. Cuando se giró de nuevo hacia el fregadero, se quedó parada. Su cuerpo parecía perplejo.

—¿Dónde está el cuchillo? —me preguntó.

Me quedé mirándola.

—En tu mano —dije lentamente.

—Ah —dijo, y se echó a reír.

Sacudió la cabeza como para despejarla. Esa vez tuvo la inteligencia de no delatarse. Se quedó mirando el fregadero hasta que se obligó a recordar dónde estaba el cuchillo. Se está llevando a la senilidad ella solita, pensé tranquilamente. Prefería acabar senil que abandonar la rabia.

Cuando me fui, tenía el corazón más acelerado aún.

En su funeral habló un buen puñado de gente: alumnos, colegas profesores, amantes; lectores, seguidores, compañeros de natación; amigos de la infancia y los amigos de la edad madura. Aunque no hubo dos historias iguales, sólo surgieron unos cuantos temas. Las repeticiones eran vivas, las variaciones, absorbentes. Las mujeres parecían hablar exclusivamente de su «poderoso eros», los hombres de su «intelecto y su perspicacia»; y cada grupo demostró una especie de desdén malhumorado por lo que el otro sabía.

A mi lado estaba sentada la mujer que me sustituyó al verano siguiente en la casita de la playa.

—¿Tú estás oyendo lo que yo? —me susurró. Asentí mirándola—. Esto es justo lo que Rhoda se pasó la vida mirando. Era como Keats, lo único que hacía era observar lo que había a su alrededor. —Me volví en el asiento para mirar de hito en hito a mi interlocutora.

Parecía que hubieran pasado mil años desde que yo misma hubiera tenido ese pensamiento sobre Rhoda. La mujer se levantó entonces para ir al estrado.

—Fue conversando con Rhoda como pasé de ser una chica lista a una persona pensante. Con ella la línea de discernimiento empezó a dibujarse más allá de mí misma. Alargué mi paso y abarqué más con las manos.

Una alumna de Rhoda se levantó.

—A mí me enseñó a escuchar la conversación de mi cabeza —dijo—. De ella aprendí que el verdadero esfuerzo sería hablar conmigo misma.

Habló otro alumno.

—Siempre nos sorprendía. Una noche fuimos con ella a ver *Platoon*. A todos nos pareció lo peor y nos pusimos a despotricar con que si la película era una elegía de la guerra. «A mí me ha gustado», dijo Rhoda. «¿Cóóóó?», nos quedamos nosotros. Nos miró radiante. «¿Habéis visto una descripción más maravillosa de la asquerosa obediencia de los hombres?», nos dijo. A nosotros jamás se nos habría ocurrido.

—Tenía dos historias que siempre repetía, una y otra vez —contó alguien que había sido amigo suyo durante treinta años—. Parábolas, nunca se cansaba de ellas. En una, una mujer se cae de un transatlántico, horas después la echan en falta y la tripulación da media vuelta al barco y regresan a por ella. La encuentran porque sigue nadando. En la otra, un joven decide suicidarse, salta de un puente muy alto, cambia de opinión en plena caída, endereza el cuerpo para zambullirse y sobrevive. Siempre que podía, Rhoda encontraba la ocasión para contármelas como si yo no las supiera. A veces parecía que ni ella las hubiera oído antes. Probablemente eso diga mucho más sobre su vida que cualquier otra cosa. La desesperación, el aburrimiento, la soledad. Para ella todo se traducía en «nuestra especie está condenada, se autodestruirá, pero hay que seguir nadando».

Tonterías, empecé a decirme, la rabia era el mar en que ella flotaba, el agua que nunca...

De pronto las palabras murieron en mí. El pensamiento familiar se negaba a completarse. Comprendí que estaba hablando de mí misma. Siempre había estado hablando de mí misma. Nunca había llegado a conocer de verdad a Rhoda, nunca la había visto en toda su extensión. La había utilizado como mejor me había convenido.

«Ella es mi melancolía», pensé, «mi división interna, lo que tira de mí hacia abajo, lo que menos he entendido». Me había gustado pasarme los años identificando la rabia de Rhoda, como si al verla en ella, disminuyera en mí. Con ella había llegado realmente a adorar la incapacidad. Y así podía seguir dedicándome a lo que más odiaba de mí misma.

Me quedé mirando el ataúd de Rhoda, en la otra punta de la sala... La de

años de buena charla que había mandado al fondo, el oro hundido, la herrumbre cosechada... Me levanté de la silla. Había alguien hablando. Todo el mundo se me quedó mirando. ¿Qué podía hacer? El barco había zarpado hacía horas, y a mí se me da fatal nadar. Me volví y me encaminé hacia la puerta abierta.

EN LA UNIVERSIDAD: PEQUEÑOS CRÍMENES CONTRA EL ALMA

El otro día en una fiesta en Nueva York me encontré con Charlotte; al día siguiente vi a Daniel en un restaurante; al otro a Myra en Correos. Son personas a las que he querido —¡y cuánto!—, y a las tres por las mismas razones. Quiero hincarle el diente a la estructura oracional de sus cabezas. Los quiero por la conversación que compartimos. En respuesta a la forma de sus frases, las mías se crecen y se liberan: el pensamiento se vuelve expresivo, las emociones se aclaran, y soy feliz, más que con cualquier otra cosa. Nada me hace sentirme más viva, y más en este mundo, que el sonido de mi mente dándole a los engranajes en presencia de alguien que es receptivo. Hablando con Charlotte, Myra o Daniel, se diluye la aspereza. Al conectarme conmigo misma, me conecto con los demás. La soledad se aplaca. Me siento en paz en mi propio pellejo.

Así y todo, en ninguno de esos casos conseguía aferrarme hasta la amistad. Yo no lograba aliviar ni estimular, ellos conmigo no se aclaraban. En mi compañía se volvían más frágiles, más complejos, más ensimismados, no menos. Yo no les devolvía a ellos mismos como querían y necesitaban que les devolvieran a ellos mismos. En la amistad como en el amor, la paz es tan necesaria como la emoción. Si ambas cosas no están en la ecuación, el injerto no prospera. La conexión no pasa de ser una cuestión del momento, por lo demás imprevisible. Sin una conexión estable, la amistad no tiene futuro. En Nueva York todo lo que no tiene futuro se lanza al instante de vuelta al torrente de lo que distrae.

No lograr conectar con personas afines es algo que siempre me ha intrigado. Todos mis conocidos son dados a la charla: gente para quien la

conversación es vital, de esos que, si no hablan, no saben si están vivos. Aun así, son muchas las noches que me he sentado en mi silla después de alguna reunión o similar y me he quedado mirando el vacío de las horas que acaban de pasar, pensando en las palabras que se han dicho entre «gente como nosotros»; palabras que deberían habernos abierto a cada uno pero que en realidad nos han cerrado de golpe y nos han dejado desmoralizados y con una sensación de abstracción. Cuál, me pregunto a solas en mitad de la noche, fue la frase que se brindó a modo de estímulo pero se recibió como un desafío; cuál el matiz que desalentó a Daniel en lugar de atraerlo; la respuesta que distrajo del discernimiento de Charlotte y desanimó a Myra. ¿Por qué pasaba tan fácilmente y tan a menudo? ¿Por qué nos acercábamos tanto y aun así seguíamos separados? Todos los presentes eran gente honrada, inteligente, culta. Todos pulsábamos la misma palanca en la cabina de votación, leíamos las mismas reseñas de libros en el *Times*. Ninguno trabajaba en el sector inmobiliario ni para el Ayuntamiento. ¿Qué habíamos hecho mal? La respuesta era siempre la misma.

La buena conversación depende de un engarce entre mente y espíritu tan sencillo como misterioso que, por lo demás, no se logra, sucede sin más. No es una cuestión de intereses mutuos, conciencia de clase o ideales compartidos, es una cuestión de talante; lo que hace que alguien responda como por instinto con un sensible «sé a lo que te refieres» en lugar de con un desafiante «¿a qué te refieres con eso?». Cuando se dan dos talantes iguales, muy rara vez perderá la conversación su flujo libre y despreocupado. Cuando no coinciden, hay que andar siempre con pies de plomo. Los talantes iguales funcionan de forma parecida a un conjunto de engranajes. No es una idea compleja pero el acoplamiento ha de ser perfecto. No aproximado, perfecto. De lo contrario los engranajes se niegan a girar.

Han sido los años dando clase en la universidad lo que me ha llevado a reflexionar sobre el talante. En las ciudades universitarias hay un sinfín de «gente como nosotros», que vive vidas plenas dentro del aislamiento de lo que he dado en llamar el Síndrome de la Respuesta Aproximada, que se aclimata a diario al sonido repetido de la frase, el matiz, la frase dicha por un compañero o un vecino que te hace menguar en lugar de expandirte. Es una especie de muerte en vida a la que la gente de estas ciudades se vuelve inmune.

Una vez trabajé en un posgrado de escritura de una universidad del sur donde daba clases otra escritora, una mujer de mi edad que era también de Nueva York. Aquel departamento podía presumir asimismo de un poeta proyectivista del grupo de Black Mountain, así como de un novelista de realismo mágico y un ensayista y filósofo naturalista. Antes de irme de Nueva York la gente me decía: «Qué compañía de lujo te ha tocado. Te espera un invierno de conversación estupenda». Pero resultó que ninguno teníamos mucho que decirnos. La mujer de Nueva York era religiosa, el del realismo mágico, alcohólico, el poeta, de un feminismo patológico, el naturalista, autista social. Y con esto lo que quiero decir es: ¿quién sabe cómo era en realidad cada uno? Yo no, desde luego. Lo único que sé es que en compañía de ellos me sentía abstracta, y ellos sentían lo mismo en la mía.

La escritora neoyorquina era judía como yo, y también había estado en Israel. Una noche, en una cena, quisimos explicarles un poco sobre el país a los demás.

—Allí en Israel te puedes curar de la vida moderna —dijo ella.

—En Tel Aviv es el único sitio donde sientes que vives en este planeta —dije yo.

—Es un país que te devuelve a los valores originales —ella.

—La política es tan decimonónica que te asfixia —yo.

—Allí recuperas la energía y la belleza de la familia.

—Es increíble la inmadurez sexual que hay.

Cada vez que yo abría la boca, escuchaba en su respuesta un «¿a qué te refieres con eso?», el mismo que ella oía en la mía.

Éramos un grupo de talentos desparejados. Seguimos siendo un puñado de expatriados, aislados entre nosotros, aguantando cada uno como podía aquel confinamiento en suelo sureño.

Fue un período de exilio no por la incapacidad para conectar sino porque me vi incapaz de hablar de la incapacidad para conectar. Cada vez que planteaba la cuestión, mis compañeros se me quedaban mirando, primero desconcertados, luego incómodos, al final displicentes. Me decían que estaba haciendo una montaña de un grano de arena.

—Quién necesita socializar tanto —decía el realista mágico.

—Es un alivio que te dejen en paz —decía el ensayista.

—No sé de qué hablas —decía el poeta.

Llevo ya más de diez años dando clases por temporadas como profesora visitante. Salgo de Nueva York, vuelvo, me voy y vuelvo. Estas estancias mías no duran más de tres o cuatro meses —sería incapaz de irme de verdad, durante un tiempo considerable, de Nueva York—, pero en cuatro meses hay muchas más horas de lo que había imaginado hasta entonces. Y no sólo porque en una ciudad universitaria un fin de semana pueda durar tres años; a fin de cuentas, eso puede pasar en cualquier parte. En Nueva York no es difícil que una buena depresión ralentice la prisa frenética hasta convertirla en el paseo ensoñado de un sonámbulo, da igual el día de la semana que sea. Sin embargo, en la ciudad no importa lo que se alargue el día que las horas, no sé cómo, se encallan, se limita la idea del aislamiento: puede que yo no esté haciendo el amor pero el aire que respiro está cargado; no estoy metida en política, es cierto, pero hay política en el intercambio diario; estoy desganada, no tengo apetito, pero aun así el apetito es claramente la moneda de cambio. Cuando las horas se me hacen largas en una ciudad universitaria, ando por calles vacías de gente, silenciosas e inertes. La sensación de ensoñación se intensifica. Al poco tiempo, no quedan reminiscencias humanas. Empiezo a subir por los aires sin que nada me lo impida. Las calles soleadas y flanqueadas de árboles se convierten en un paseo por las nubes.

Lo que más me afecta es el silencio. Se va acrecentando conforme se acumulan las semanas y los días: se me hunde en las carnes, me comprime los huesos, me provoca una presión en los oídos que me devuelve un zumbido. Es un silencio creado en calles donde el sexo y la política mueren temprano porque la conversación no es un requisito diario; el lenguaje expresivo ha dejado de ser moneda corriente; la gente habla para transmitir información, no para conectar.

Lo mío en la universidad ha sido un «progreso de peregrina». He ido y venido entre provincianos, notables y patricios que a veces me han recibido de buen grado, otras me han ignorado y otras me han acogido con la educación que se le dispensa a un igual. Cada encuentro ha tenido sus consecuencias. Al ser acogida, he aprendido una cosa, al ser rechazada, otra. Pero siempre sin falta, en todos los casos, me pasma el espacio abierto en el que cae el intercambio diario, el silencio zumbón que rodea la charla seria. Es

la historia de ese silencio lo que he aprendido en la universidad.

Stirling, una ciudad universitaria de Maine, era como un decorado de película: casas de madera pintadas en blanco, cientos de alces, jardines rodeados de muretes bajos de piedra. Había barrios buenos, y barrios mejores. Los marginales estaban literalmente en los márgenes: había que ir hasta las afueras de la ciudad para ver pintura desconchada y jardines llenos de trastos. Desde toda casa susceptible de estar habitada por un profesor de universidad, el mundo se extendía en todas direcciones: seguro, amable, próspero. Había mujeres entre el profesorado, negros en el campus y divorciados a granel, pero el ambiente estaba dominado por un conservadurismo bien arraigado: uno de maridos trabajadores, mujeres crianderas, y la política del mundo, una abstracción total.

Ese año yo era la única profesora visitante del posgrado de escritura creativa, y aunque nada en mí estaba pensado para propiciar fácilmente la amistad con los profesores fijos —era mujer, neoyorquina, una escritora que vivía principalmente de lo que escribía, mientras que ellos eran hombres que llevaban muchos años en Stirling, escritores que escribían muy de vez en cuando, en el caso de escribir algo, y llevaban vidas universitarias—, resultaron ser una panda que empinaba bien el codo y que acogía de buen grado a los forasteros. Todos los viernes por la tarde los escritores se reunían a las cuatro en el bar de un hotel a la salida del campus que tenía muy buen ambiente, y siempre se pasaba alguien antes por mi despacho y me decía: «¿Te vienes, pequeña?».

Las palabras formaban parte de un estilo que todos habían adoptado. El estilo era el anacronismo —mucha bebida, locuciones de tipos duros, hastío irónico—, como salido de una película de la Segunda Guerra Mundial, no de un campus estadounidense de la década de los ochenta. Pero era la manera que tenían esos hombres de distanciarse del lugar donde vivían. Pronto comprendí que se juntaban esas tardes de viernes para despotricar como expatriados contra su condición de parias. Nunca había oído a nadie hablar con un desdén tan temerario y apasionado sobre las circunstancias en que vivían sus vidas. La estructura oracional del desprecio se volvía más ingeniosa cuanto más se vilipendiaban los escritores a sí mismos y a los demás por pasarse la vida enseñando lo inenseñable.

Un profesor del posgrado de escritura brillaba por su ausencia en esas tardes de los viernes, un novelista llamado Gordon Cole. Al parecer Gordon y Stanley Malin —un escritor que nunca faltaba los viernes— no se hablaban, llevaban años sin dirigirse la palabra. Allá donde iba Gordon, Stanley no aparecía, y donde Stanley se hacía notar, podías contar con que Gordon tampoco se dejara caer.

La desavenencia entre ambos hombres se había iniciado por una discusión sobre qué asignaturas incluir en el plan de estudios del posgrado de escritura. Stanley era de la opinión de que quien quería escribir debía estudiar de todo, poesía, narrativa, no ficción. Gordon había dicho que tonterías, ¿por qué un novelista en ciernes tenía que perder el tiempo aprendiendo a escribir un ensayo que nunca pensaba escribir? A lo largo de los años estos dos hombres habían discutido con virulencia sobre esta diferencia filosófica; y habían llegado a tal punto de no retorno que ya no podían hablarse, ni estar juntos tranquilamente con un grupo de compañeros.

La discrepancia, su profundidad e insistencia, me tenían perpleja, al igual que me sorprendía repetidamente la buena pareja que hacían los dos en lo que a inteligencia, amplitud de miras y ardor literario se refería. Qué lástima, solía pensar, que se nieguen el placer de la mente del otro. En el programa no había nadie que hablase de libros y escritura tan libre y animadamente como Gordon y Stanley, y nadie disfrutaba tanto como ellos de pensar en voz alta. Cuando tomaba café con uno o con otro, siempre sin falta el entretenido altruismo de su conversación me reconfortaba de medio a medio. Y sin embargo no podían hacer el uno por el otro lo que tan poco les costaba hacer por mí. Las frases del otro se habían convertido para los dos en una imposición, y de ahí, en una herida. Era mencionarle uno al otro y la cara del que tenías delante se convertía al instante en una máscara. Tras la máscara, ambos eran inaccesibles.

Stanley Malin era de esos profesores de escritura que tenían un estilo que recuerdo muy bien, el de cascarrabias chapado a la antigua. Para él la escritura era algo sagrado, y hasta hacía llorar a las chicas. Brillante, ingenuo, arrogante, era capaz de plantarse ante una clase y declarar: «El escritor tiene que dejarse la piel, tiene que abrirse al dolor, al sufrimiento. El lector debe sentir ese dejarse la piel tan crucial». Y luego de pronto dejaba a un lado la retórica y anunciaba en una voz de una autoridad categórica: «La buena

escritura se caracteriza por dos cosas: está viva en la página y el lector se convence de que el autor está en pleno viaje de descubrimiento». Cuando Stanley hablaba con aquella voz, todo el mundo podía aprender de él.

Pero Stanley no sólo hacía llorar a las chicas. Después de treinta años en Stirling lo había hecho con prácticamente todo el que se le había cruzado en el camino. Su mente tenía forma de cepo. Sabía hacer que la gente se abriera fácilmente —con un interés perspicaz, hacía muchas preguntas, y en cuestión de minutos te veías floreciendo—, y luego buscaba el punto débil del trabajo, del argumento, de la personalidad, y se cebaba. Y, con la misma facilidad, te hacía sentirte tonto. Seguías hablando y hablando y acababas suicidándote.

Era el poder seductor de una mente original sumado a un espíritu de un negativismo tan desconcertante que la gente se sentía atraída por el placer de su estructura oracional, sólo para sentirse herida por la maldad de sus observaciones y, luego, asombrarse de estar volviendo a por otra taza. Por supuesto, todos acababan alejándose de aquella lengua ignominiosa, de aquella mente tan sagaz como desdeñosa, de esa necesidad sulfurante de denigrar a todo el mundo. Tarde o temprano todos los hombres y la mayoría de las mujeres se distanciaban de Stanley sintiéndose la suma de sus defectos, y no volvían a buscar su compañía.

Estaba solo, y hasta mucho tiempo después no comprendí que él no podía hacer nada por remediar su aislamiento. Tras aquella actitud desdeñosa acechaba una pasividad de proporciones monumentales. Stanley Malin era un hombre que si se iba la luz en un cuarto, se quedaba a oscuras; si salía de su casa por la mañana y se encontraba con que tenía una rueda pinchada, se daba media vuelta y se metía en su casa y no salía en todo el día; si una mujer le decía que iba a dejarlo como no le dijese cosas cariñosas, él le decía que se asegurase de cerrar la puerta al salir. Stanley no podía hacer otra cosa que esperar a que apareciera gente como yo en la ciudad. A todos los demás los tenía ya desgastados.

Gordon Cole era tan sociable como Stanley ermitaño. Su mujer organizaba todos los meses una cena en su casa y, siempre que venía algún escritor o intelectual de fuera, acostumbraba a montar alguna velada para ocho o diez personas. Hacía veinte años que venían celebrando esas cenas. Sólo había una o dos parejas fijas entre los invitados, y otros cinco o seis que aparecían tarde o temprano, entre la segunda o la tercera cena. Casi todos los

hombres presentes trabajaban en el Departamento de Lengua y Literatura, y casi todas las mujeres presentes eran esposas de profesores. La edad oscilaba entre los cuarenta y los sesenta y la conversación, con raras excepciones, era lo que podía llamarse civilizada. Las opiniones fuertes no eran bienvenidas en la mesa, y un diálogo prolongado se consideraba cansino.

Descubrí que la gente sacaba temas para mencionarlos, no para discutir sobre ellos. Había tres minutos de titulares de prensa, siete de viajes por Europa, dos sobre el concierto del viernes por la noche. Las cuestiones inmobiliarias podían durar sus buenos diez o quince minutos, al igual que los impuestos o las tasas de escolarización infantil. Nunca se hablaba de libros ni tampoco de alumnos.

Gordon era un enigma para mí en aquellas cenas. Inmensamente considerado con sus invitados —retirando sillas, pasando bandejas, rellenando copas—, sus modales tenían siempre la misma afectación. Se quedaba sonriendo cordialmente cuando alguien en la mesa empezaba a contar una anécdota que prometía mucho, y seguía sonriendo mucho después de que se hubiera hecho patente que la moraleja a la que quería llegar era demasiado simple para ser interesante, y yo me fijaba en que la sonrisa no variaba. Había dejado de escuchar a mitad de la historia. La suya era la atención del que está realmente desapegado. Por un lado acogía de buen grado a la gente en su casa, por el otro estaba más fuera de lugar en aquel salón suyo que yo, una forastera.

En la repisa de la chimenea del salón de los Cole había una fila de Balzacs encuadernados en cuero. Una vez me puse a hojear *La prima Bette* y me conmovió ver la belleza de las páginas gastadas, el pensamiento absorbente anotado a los márgenes. El libro en sí era un acto de amor. Aquel era el Gordon con el que hablaba cuando quedábamos a solas en la facultad, un hombre para quien la literatura seguía siendo algo vivo y vivificante. Pero allí en la cena aquel Gordon desaparecía y en su lugar quedaba un hombre de unos modales impenetrables. Cuando observaba en la mesa su cara enmascarada, solía preguntarme dónde estaba en ese momento, y en compañía de quién. Una noche comprendí que no estaba en ninguna parte ni con nadie. Gordon Cole era, en su propia mesa de comedor, el equivalente a Stanley Malin desplomado en la penumbra, junto a un teléfono que ya no sonaba.

Con el tiempo, los dos se convirtieron en un paradigma para mí. Cuando me los imaginaba, los veía a los dos sentados solos, rodeados de un aislamiento que se extendía por las calles silenciosas de la ciudad, hasta las afueras, hasta la pintura desconchada y los jardines llenos de trastos que ninguno de los dos tenían por qué ver. Crecía en mí una ola de desconcierto emocional. Allí estaban los dos, unidos fortuitamente en ese mundo tan reducido, ambos deseosos del tipo de conversación que el otro podía proporcionarle, y aun así ambos estaban encerrados en la afrenta y la injuria a menos de una milla de distancia. En esos momentos la pequeñez de la vida se me antojaba insoportable, su impacto, amplio y su consecuencia, inevitable.

Una semana antes de irme de Stirling arrestaron a un profesor de historia que se llamaba Barsamian. Lo habían pillado pinchándole las ruedas a otro profesor de historia, un tal Wallerstein. El periódico local se hizo eco del incidente. El detalle memorable del reportaje era que Barsamian y Wallerstein se habían peleado (sobre criterios de evaluación) hacía quince años. Llevaban desde entonces sin hablarse.

Recuerdo mirar fijamente la frase, la que decía que llevaban desde entonces sin hablarse. Recuerdo pensar: Wallerstein ha seguido vivo todo este tiempo en la mente rumiante de Barsamian; vivo y en todo el meollo; un instrumento de afrenta encendida y sentida cada día al cruzarse por el pasillo de la facultad, al sentarse en la misma sala para una reunión de departamento, al pasar rozando una mesa del comedor de profesores.

Yo estaba acostumbrada a las patologías homicidas de Nueva York pero aquello era distinto. Aquello era chejoviano. Esa gente sentía su alma profanada por un ambiente que le negaba la comprensión solidaria, y la profanación había acabado acaparando todo el paisaje interior. Una vez más creció en mi interior el desconcierto. Se me antojaba inconcebible que gente tan inteligente y honrada se redujeran a sí mismos a la excentricidad: ¿por qué pasaba algo así?

Aquellos pensamientos me separaron de la gente con la que daba clase en Stirling, y me convirtieron a mí en narradora y a ellos en personajes. Cuando me despedí, tuve la sensación de estar a un lado de una división humana y ellos, al otro. Yo estaba hecha de otra pasta, yo jamás podría albergar lo que ellos albergaban.

Y es que desde luego la situación era chejoviana. Mi turno —como el del

médico de «El pabellón número seis», que no entiende el confinamiento hasta que no se ve también él encerrado— estaba justo a la vuelta de la esquina.

En Stirling no habrían sabido diferenciar a Derrida de un vendedor de seguros. En la Universidad de Farwest no sólo conocían a Derrida, sino que también sabían el nombre de la editorial donde publicaba y lo que le habían pagado como último adelanto. Stirling era un bucle temporal, un lugar donde lo importante había ocurrido hacía años, y la gente vivía ya con el resultado de vidas decididas tiempo atrás. En Farwest no había nada resuelto ni nadie que hubiera hecho las paces. El departamento bullía de ambición e inquietud.

En aquel posgrado de escritura el profesorado lo formaban ocho hombres y una mujer. Eran novelistas y poetas de entre cincuenta y cinco y sesenta años, muchos de los cuales habían vivido su momento de fama en la década de los sesenta. No tardé en descubrir que todos consideraban que allí estaban vendiéndose barato, todos y cada uno creían que deberían estar en un sitio mejor. El ambiente apestaba a formalidades recalcitrantes y tensiones subterráneas. Pasó mucho tiempo hasta que entendí qué era lo que veían mis ojos. Nunca antes me había cruzado con una depresión colectiva.

Un alumno de posgrado me recogió en el aeropuerto un viernes por la tarde y me llevó en coche hasta la residencia donde me habían buscado alojamiento. Después de hacer unas mínimas disposiciones en el espartano apartamento para cubrir las necesidades básicas, salí a dar un paseo. Era un pueblo tranquilo, desahogado, del oeste, con calles anchas como bulevares y montañas recortadas contra el cielo. Una vez más: casas y árboles, nada de gente. Todo tan silencioso e inerte como en Stirling, aunque allí la claridad de la luz y la dulzura del aire eran tan poderosas que llegaban a ser una presencia. Cuando quise darme cuenta, ya era lunes por la mañana y, salvo por un par de llamadas a casa, no había hablado con ningún ser humano en todo el fin de semana.

En el trascurso de la semana se dieron, uno a uno, los siguientes encuentros:

Me encontré a un hombre alto y gordo sonriendo de oreja a oreja en el umbral abierto de mi cuarto.

—Me llamo Dennis Mullman —se presentó—. He escrito diecinueve libros y todos me odian.

Reí y él me preguntó qué tal me estaba yendo. Le dije que no sabía porque todavía no había conocido a nadie.

—Aquí la gente es así —dijo amargamente—. A nadie le interesa nadie. No piensan nada más que en sus propias miserias.

Se despidió prometiendo llamarme pronto.

—Me llamo Lewis Waldman —me dijo una voz al oído cuando estaba esperando a la mesa de la secretaria del Departamento de Lengua.

—Ah, hola.

Me volví entusiasmada y me encontré con un hombre con cara aniñada y vestido con vaqueros azules y chaqueta de tweed. Lo reconocí por el nombre, era el director del programa.

—Si necesitas cualquier cosa, dímelo.

Se despidió blandiendo la pipa que tenía en la mano y se fue.

Una mujer vino flechada a mí en el cuarto de los casilleros.

—Bueno, bueno, bueno —dijo, voz sonora y simpática—. Soy Sabina Morris. ¡Y qué alegría conocerte! Tenemos que quedar. Y hablar de NY. ¿Has visto qué sitio este? Doce años llevo aquí atrapada. Se dice pronto. —Lanzó los ojos al cielo—. En serio, tenemos que quedar. —Yo asentí y le dije que tenía tiempo libre para dar y regalar—. Qué va —dijo aventando el aire con la mano—, ¿una escritora famosa como tú? —Chasqueó los dedos—. En menos que canta un gallo tendrás la agenda llena. En serio, yo te llamo. Y quedamos.

Un hombre con aspecto de querubín —carrillos sonrosados, barba canosa, con vaqueros azules, zapatillas de deporte y un jersey apolillado— se me acercó por la calle. Cuando lo tuve lo suficientemente cerca, distinguí la angustia en sus ojos azul intenso.

—Buenas, yo soy Sonny Coleman. —Era uno de los tres novelistas neoyorquinos, que yo supiera, que habían pasado los últimos veinte años en Farwest—. ¿Cómo va la cosa?

—Bien —dije vacilante.

Se rio.

—A ver, si algo bueno tiene este sitio es eso, que te dejan en paz.

Se despidió afable y siguió su camino.

Pasó una semana, dos, luego una tercera. Daba mis clases y paseaba por

las calles del pueblo. El aire y la luz seguían dándome la sensación de estar acompañada, pero el viernes por la tarde del cuarto fin de semana le dejé una nota a Lewis Waldman en su casillero: «Estoy empezando a sentirme como una intrusa en vez de una profesora visitante —escribí—. ¿Cómo va eso?». El domingo a última hora de la mañana me sonó el teléfono.

—Ostras —dijo Waldman—, me ha sorprendido tu nota. Yo creía que estarías quedando con un montón de gente.

No, le dije alegremente, no era el caso, y dado que aquél era el cuarto fin de semana seguido que no veía a nadie y no iba a ninguna parte, se me había ocurrido hacérselo saber.

—Bueno, ¿y si quedamos esta noche para cenar con Irwin Stoner y la mujer con la que vive?

Estupendo, dije, y colgué pensando: a partir de ahora esto será otra cosa.

Waldman llegó a las siete en punto con su chaqueta de tweed y sus vaqueros azules y fuimos en su coche a un restaurante en la planta sótano de un viejo hotel que hacía también las veces de punto de reunión de la comunidad universitaria. Una pareja muy apuesta se levantó de sus asientos en cuanto entramos en la sala. La mujer era alta y con una gran melena rizada y rubia, mientras que él era de estatura media y tenía una cara delicada y el pelo castaño entrecano con un corte que hacía que no parara de caerle un grueso mechón por encima del ojo. Nos dimos la mano y nos sentamos.

Irwin Stoner era el Famoso del posgrado de escritura. Había escrito seis novelas en veinticinco años, todas publicadas por editoriales alternativas. Las tres primeras habían sido muy celebradas y las tres siguientes habían recibido críticas respetuosas. Llevaba años dando clases en Farwest. Tenía ganas de conocerlo.

En las semanas que siguieron intenté volver sobre aquella noche y los derroteros que acabó tomando para ver si había habido algún punto concreto en que hubiéramos podido hacerlo de otra manera, pero no conseguí aislar el momento; y de hecho no creo que lo hubiera. Nos habíamos limitado a ser nosotros mismos. A cada comentario que se hacía y con cada respuesta que se recibía, la distancia entre nosotros fue convirtiéndose en un abismo.

—Qué alivio tiene que ser salir de Nueva York —comentó Stoner.

—La verdad es que no, lo que pasa es que allí no me da para ganarme la vida.

—Aquí se está genial. Te dejan en paz —dijo Waldman.

—A mí no me gusta nada que me dejen en paz —dije.

—¿Cómo puede escribir con la mafia literaria en el cogote?

—Yo vivo por debajo de la Catorce. La mafia no sale del centro.

—¿No le baja la moral tener que aguantar que lo único que publiquen sea la mierda del *stablishment*?

—Hoy en día ya se publica todo, no sólo a los escritores del *stablishment*.

—¡Pero cómo puede decir eso! Dios Santo, pero si es imposible que te lean en una editorial comercial como seas mínimamente bueno.

—¿Habla en serio? Pero si nunca antes en la historia mundial se ha editado tanto, bueno y malo.

—¡De qué habla! Susan Sontag tiene a la prensa intelectual metida en el bolsillo. No aceptan nada si ella no lo dice.

—No creerá eso de verdad, ¿no?

Abigail Duffy, la profesora de Español que vivía con Stoner, le puso una mano de «contrólale» en el brazo —«Irwin, por favor, haz el favor...», no paraba de decir—, pero él se zafó. Se le habían subido los colores, echaba chispas por los ojos. Abrazó la provocación. Comprendí que mi presencia, y por supuesto mis opiniones, eran como si le pegara con una porra eléctrica, y le hacía gritar con una agonía muy viva, reavivando el color de unas mejillas recién acaloradas. Pensarlo me hizo sentirme sola. Cerré la boca a mitad de réplica. Cuando volví a abrirla fue para decir: «Tal vez en eso tenga razón». Adopté una aptitud conciliadora y la discusión llegó a un alto. Después de eso nos esforzamos por remendar el ambiente desgarrado pero al poco tiempo, o eso me pareció, estábamos todos en la calle aspirando agradecidos el aire frío de la noche.

Irwin Stoner fue la avanzadilla de lo que estaba por llegar.

Daba igual lo que hiciera que no lograba conectar con nadie en Farwest. Al parecer me había ganado el derecho a ser visitante entre una gente que no quería conocerme. Tomaba café, almorzaba, unas palabras al lado de los casilleros con cada miembro del departamento, una vez. Ningún desastre, ninguna repetición. Los intercambios eran agradables, amistosos incluso, y siempre me dejaban con sensación de abstracción.

Intentaba escucharme como me escuchaban los demás, pero no lo

conseguía. A lo mejor me encontraba con un escritor o un profesor por el pasillo o en el campus, y nos parábamos a hablar, me preguntaban qué tal y yo respondía (en tres párrafos bien largos, como dijo de mí alguien una vez). Quizá era por esas parrafadas. Siempre había considerado la amplitud de mi respuesta como la única generosidad que me conocía. Pero en Farwest, donde la gente respondía con una frase, veía ojos que se ponían vidriosos en cuanto me enfrascaba en el tercer párrafo. Esos ojos vidriosos me hundían, me cortaban las amarras y, una vez a la deriva, me perdía. No podía aprender nada, ni sobre mí ni sobre nadie de mi alrededor.

Daba mis clases, leía, salía a pasear un buen rato, me sentaba a la mesa de trabajo y, casi todos los días, hablaba con alguien de Nueva York. Pero aun así cada vez tenía más presentes a los de mi alrededor, con los que ni hablaba, ni paseaba ni comía. «¿Por qué ese hombre no quiere conocerme?», me veía a veces pensando delante de los casilleros. «¿Por qué esa mujer no quiere tomarse un café conmigo?», mientras caminaba por el campus. «¿Por qué esa gente no me invita a cenar?», en plena corrección del trabajo de un alumno. Las caras de mis colegas desafectos se aparecían en el vacío ante mí, y no sólo ocupaban mis pensamientos sino también un espacio en un campo visual interno. Con el tiempo, era tal la frecuencia de sus apariciones que hacían que el espacio titilara y luego el campo en sí se expandiera para acomodar mi desdichada inquietud. Nueva York retrocedía en la imaginación. Mis amigos se convirtieron en voces en el teléfono. A cada día que pasaba la gente que no me hablaba arrojaba sobre mí sombras más largas que la que sí. Empecé a amargarme.

La ausencia de respuesta se convirtió en una presencia en mi vida. Y de esa presencia nació una sensación de aislamiento que fue haciéndose, a un ritmo constante, más invasiva. Dentro de aquella invasión se formó un vacío. En el vacío empecé a sentirme no meramente sola sino en cuarentena: material humano que había que rehuir. Poseída por una necesidad aguda de conectar con los demás, me convertí en una criatura de vivencias inmediatas, como nunca creí poder serlo. Estaba perdiendo un equilibrio interior cuya precariedad me pilló desprevenida.

Una mujer que daba clase de Literatura del siglo XVII se convirtió en el paradigma del mundo que me rechazaba. Es una de las mejores, me habían dicho, refinada y erudita, qué valiosa su contribución a las letras y los

estudios feministas, una persona que seguro querría conocer. Bastante simpática cuando nos presentaron, a partir de ese día esa mujer no volvió a hablar en mi presencia. Si pasaba a mi lado en el pasillo, apartaba la vista. Si entraba en la sala de profesores y la veía leyendo un periódico, levantaba los ojos por un momento, me miraba y, sin mediar palabra o gesto, volvía a la lectura. Si se veía obligada a mirarme a la cara, llegaba a la sonrisa breve y glacial. La envolvía un aura distante que irradiaba crítica. Yo hacía tiempo que le había dado portazo a ese tipo de comportamiento, pero allí en Farwest empezó a hacerme mella. Su cara se me aparecía en el vacío cuando me levantaba por las mañanas, y una desazón contrariada se apoderaba de mi alma. Varios años atrás había pasado una temporada en una colonia de escritores y una joven poeta que se sentía dada de lado por todos me había imaginado a mí en el centro de una camarilla que la excluía a consciencia. La profesora de literatura del XVII habría alucinado de haber sabido que se había convertido para mí en lo que yo era para aquella poeta.

El aula no podía sino reflejar mi estado atribulado. Los alumnos eran serios, rubios, callados. La voz me sonaba cada vez más floja y retórica. Debía de haber dicho «profundo», «original» e «importante» como cincuenta veces en una hora hablando de libros cuya originalidad e importancia habrían sido más que evidentes si no hubiera estado actuando ante un vacío.

Llamé a una amiga de Nueva York, la profesora más sabia y dotada que conozco.

—Es que se me quedan mirando sin decir nada. Yo hablo y ellos miran.

—Querida —me dijo Ann—, ellos quieren hablar pero no saben cómo, les cuesta. ¡Si ni siquiera los adultos sabemos! No puede extrañarte. Las personas como tú o como yo que cuando nos preguntan algo sobre un libro o sobre cualquier otro tema armamos una respuesta bien sustanciada en cuestión de segundos, no somos muy numerosas. Y estamos hablando de chiquillos. A ellos les da un pavor tremendo. Quieren responder, les gustaría agradarte. Se habrán leído el libro, y tienen sus sentimientos, pero no encuentran la forma de abordarlo ni aunque les vaya la vida en ello. Se quedan ahí con ese ceño fruncido de no entender... El profesor que consigue dar con las preguntas que les hagan hablar estará liberándolos para el resto de sus vidas, liberándolos a una capacidad de articulación que ni sus padres poseen.

—Madremía —gemí—. Yo eso no sé hacerlo.

Ann soltó una carcajada directa al auricular.

—Lleva años. Muchos años.

Colgué y me quedé mirando el teléfono. Se me encendió una bombilla en la cabeza. «Voy a hablar con los alumnos —pensé— y les voy a decir: al otro lado de vuestro silencio hay un ser humano que sufre. Lo entenderán, y actuarán en consecuencia».

Pero entonces la cara de la profesora de Literatura del XVII se interpuso entre mi brillante idea y yo, y la llama de esperanza perdió fuelle. Si ella era capaz de mirarme y pasarse semanas sin dirigirme la palabra o un simple gesto, ¿por qué iban ellos a hablarme?

Estaba en una recepción de la facultad charlando, copa en mano, con un científico y un historiador. El primero era un europeo entrado en años, con una voz que reverberaba con el sonido de quien está como pez en el agua en las salas de recepciones del mundo, un adepto a la cháchara cultivada. El historiador asentía siempre en el momento adecuado y aportaba también su dosis de banalidad anecdótica. Aquellos hombres me miraban de vez en cuando, para invitarme a añadir, sustraer, hacer lo que quisiera. Y yo abría la boca para hablar pero no me salía nada. De pronto no había nada en el mundo que yo pudiera decir. En ese momento no era capaz ni de imaginar que yo hubiera tenido algo que decir alguna vez, que ninguna palabra que hubiera salido de mí hubiera podido animar intercambio alguno, mejorar una conversación, provocar placer. Miré a los dos hombres a la cara sin saber qué decir y luego me disculpé y me fui.

Todos sabemos que sólo somos interesantes hasta cierto punto, aunque, en realidad, no lo sabemos, y para nuestros adentros creemos que no es así. Enfrentarte a diario a la sospecha de que tal vez en realidad no seas nada pero que nada interesante es un brete que da miedo intentar salvar. Al principio piensas: «Es cosa de ellos, no puedo ser yo». Luego piensas: «No, no son ellos, es cosa mía». Llegar al tercer pensamiento —«No son ellos, ni soy yo, somos todos juntos» exige su dedicación. En Farwest me pasé el tiempo yendo del primero al segundo, sin siquiera rozar el tercero.

Un día, varias semanas después de la recepción, me encontré con el científico europeo, que me preguntó cómo me iba.

—Bien... bien —dije, tal vez diez segundos más lenta de la cuenta.

El hombre se cambió de mano los libros que llevaba, se colocó bien las gafas y se quedó mirándome.

—Tiene que saber usted una cosa sobre los profesores de universidad: o es usted demasiado buena para ellos, o ellos demasiado buenos para usted.

Ahora me tocó a mí quedarme mirándolo. Yo no tenía nada que cambiar de mano o colocar bien. El momento se dilató.

—Está diciendo que soy demasiado famosa para los tímidos y no lo suficientemente famosa para los ambiciosos.

—Lo ha entendido perfectamente.

—Pero el mundo no puede estar sólo dividido en tímidos y ambiciosos.

No me contestó. En lugar de eso, se llevó la mano al ala de un sombrero imaginario, me saludó y siguió su camino.

Lo seguí con la vista. Algo se me desató por dentro, y allí mismo se prendió una antorcha de rabia amarga. ¡Injusticia!, grité para mis adentros. ¡Injusticia!

En ese momento apareció Sabina Morris corriendo por un camino destinado a cruzarse con el mío. Esa mujer siempre estaba con prisas. Desde que había llegado, pasaba a mi lado corriendo una o dos veces por semana y me gritaba, como azuzando a un perro: «A ver si quedamos». Ese día, por supuesto, chilló:

—Te llamo y quedamos para comer.

Adelanté la mano y la detuve:

—Oye, mira, que no pasa nada por decir sólo «hola». No hay por qué seguir con este teatrillo cada vez que nos cruzamos.

—Tú no sabes lo que es vivir aquí —respondió al instante, voz en grito—. Vosotros, los que venís de fuera, los ilustres visitantes, os creéis que no tenemos otra cosa que hacer que entreteneros. Yo no paro de trabajar. Cuando no estoy dando clase, estoy corrigiendo trabajos. Cuando no estoy corrigiendo trabajos, tengo reunión de departamento. Yo no tengo vida propia ni nada que se le parezca. ¡Tú es que no lo entiendes! ¡Nadie lo entiende! ¡Nadie nos comprende!

Acto seguido, salió corriendo.

A los dos días el científico me invitó a su casa a cenar. Su mujer ejercía de psicóloga en el pueblo. Le conté mi encuentro con Sabina Morris.

—Ella se lo cree —me dijo la mujer—, lo de que no tiene tiempo. Pero lo que significa es que no puede hacer nada porque a diario tiene que recuperarse de lo que supone pasarse el día hablando con gente con la que muy rara vez congenia: alumnos, colegas, decanos. Y por eso la mayoría de profesores de universidad no tienen tiempo. Lo que pasa es que no lo saben, y no saber eso es justo lo que los hace tan desgraciados.

»Si supieran quiénes son y dónde están, aceptarían con más serenidad las cosas como les vienen, y llevarían una vida infinitamente más alegre. Pero el caso es que viven en un estado de continua preocupación y angustia porque esto no es lo que esperaban. Lo que esperaban es “una vida del intelecto”... Nadie se para a pensar estas cosas cuando se lanzan a ser titulares... Llegan todos a la universidad con la fantasía de tener unos talentos intelectuales que esperan haber alimentado bien. Pero resulta que la mayoría no son ni pensadores ni eruditos, sino profesores muy trabajadores, sólo eso. Y, por lo visto, ésa es una realidad que cuesta mucho aceptar. Tienen la sensación de que se les niega el reconocimiento de su valía inherente, que se lo niega toda esa gente desagradable e inferior que los rodea. Sabina Morris se pasará el resto de sus días reconcomiéndose viva por la injusticia de su existencia y odiando, pero odiando con ganas, a los alumnos, a su jefe de departamento, al vicerrector y al rector. Es todo culpa de ellos.

Me vi regodeándome en las palabras de la psicóloga. Me hacía feliz verlo desde esa perspectiva, pensar en Sabina Morris como una mujer pasiva y cobarde, una mujer que vivía en su mundo y a la que el autoengaño limitaba y volvía egoísta. Las cosas son como son porque ella no es capaz ni de aceptar sus circunstancias ni de estar por encima de ellas, pensé. Si ella fuera distinta, la vida aquí sería distinta. Si ella tuviera más vitalidad, más experiencia, más objetividad, yo no me sentiría atrapada en un mundo cerrado y mezquino. Consumiéndome como ella, comprendí por un instante. Pero dejé pasar el momento. La idea de las deficiencias morales y psicológicas de Sabina Morris estaba dándome demasiado placer. La integridad de mi propio dolor ardía en mí, y me encariñé con la quemazón. De hecho, me acerqué más al fuego.

Esa noche me tendí en el sofá de mi apartamento subarrendado, con las manos entrelazadas tras la cabeza, mirando el cuadrado vacío de techo blanco. Comprendí que era presa de una humillación que estaba

infligiéndome a mí misma, pero me veía incapaz de dominarla. No, más que incapaz, que no quería. Me presionaba como un tumor la pared interior de un pecho bien carnoso que ahora veía como enjuto y huesudo. Necesitaba la humillación para sentirme plena.

A medianoche comprendí por qué Barsamian le había rajado las ruedas a Wallerstein.

La Universidad de Impala es una de las más ricas del país, y su posgrado de escritura, uno de los mejores. Los profesores publican libros y artículos continuamente y viven al borde de un continuo flujo de invitaciones a lecturas, congresos, simposios. Plantada en medio del desierto californiano, la universidad reluce con sus céspedes verdes, sus fuentes de piedra, sus tejas rojas y sus palmeras. Nadie que dé clase allí quiere estar en otra parte. Todo el mundo sabe que no hay sitio mejor.

En Impala se celebraban comidas semanales, lecturas mensuales, pícnicos, galas, inauguraciones de museos y festivales de cine. A las mujeres de médicos y abogados las habían juntado en una especie de patronato que les daba acceso a los escritores; y éstos, a su vez, recaudaban dinero para financiar becas estudiantiles. Al profesorado le divertía aquel arreglo y todos estaban siempre dispuestos a ir a eventos organizados así como a reuniones informales en el campus, donde podían darse cita alumnos, miembros del personal y lugareños. Reinaba una camaradería relajada que resonaba con un timbre de urbanidad desenfadada. Parecía decir «somos lo suficientemente sólidos para dar cabida a todos».

Mack Dienstag, el simpático poeta del Lenguaje que dirigía el posgrado, me buscó un piso, me enseñó la ciudad y dio una cena de bienvenida muy amena. Asistieron Lloyd Levine y Paul Braun, un par de poetas de treinta y muchos años; Kermit Kinnell, el Novelista Famoso del programa, y Carol Riceman, una crítica y ensayista de unos cuarenta y pico años. Todos parecían disfrutar de la compañía de los otros. Pronto las bromas entre ellos cogieron velocidad y, luego, rumbo. En cuestión de minutos se había alcanzado una línea de pensamiento, que hacía que todos sonásemos inteligentes. ¡Qué bien me lo estaba pasando! No podía saber que, para el resto de comensales, aquella cena era obligatoria. Los meses venideros prometían.

El piso era acogedor, el horario cómodo y el carácter general de la vida social en Impala casaba conmigo a la perfección. A lo mejor un día iba al cine con uno de los escritores, pero bien podía ser que la mujer de un médico o un estudiante de posgrado me invitara a cenar: todo igual de agradable. Al fin y al cabo, ¿qué más me daba adónde me invitaban o quién, siempre y cuando no me quedara en casa noche tras noche como en Farwest? Así y todo, a menudo me acordaba del placer de esa primera velada y a veces me preguntaba desconcertada por qué no se había repetido.

Veía casi a diario a esa gente con la que había compartido mesa aquella noche, pero en cierto sentido, uno crucial, no los veía en absoluto. De vez en cuando me pasaba por el despacho de Lloyd Levine y le decía: «A ver si quedamos». «Sí, sí —me respondía siempre—. Esta semana la tengo complicada, vienen muchas visitas, pero la semana que viene, seguro. De todas formas, nos vemos en la comida de departamento del martes y en la recepción del viernes por la tarde. Ahí hablamos». Al día siguiente tenía el mismo cruce de palabras con Mack Dienstag o Carol Riceman, y me iba con sensación de expectación pero también con cierta intranquilidad. En la comida se hablaría sin falta de asuntos del posgrado de escritura y en la recepción se impondría la cháchara de cóctel: tres minutos sobre la inauguración de una exposición en la ciudad, siete sobre Londres versus Nueva York, seis sobre el pardillo de la Casa Blanca. Siempre me quedaba con sensación de cansancio, con ganas sólo de largarme. Verme con Mack, Carol o Lloyd en uno de esos saraos era, en cierto modo, peor que no verlos.

Fue en Impala donde me di cuenta: cuando la gente se ve en situaciones de cercanía que disipan el espíritu tres veces en una sola semana no sienten la necesidad de buscarse luego para una velada de conversación real. El recuerdo de esa sensación negativa permanece en el sistema nervioso y se reaviva durante al menos las veinticuatro horas posteriores ante la visión de cualquiera con quien cometieras la vaciedad. En ninguno de aquellos saraos sugería luego nadie verse en otro momento. Ni tampoco, me fijé, se hacía la sugerencia si nos encontrábamos al día siguiente por la facultad. Empecé a entender que la socialización compulsiva suscitaba insatisfacciones que no estaba permitido aclarar, se dejaban zumbando sin más. La cercanía alborotaba el avispero.

Sarabeth Kinnell me llamó una tarde para decirme que había venido

alguien de Nueva York, que por qué no me pasaba a tomar una copa. En esos momentos me disponía a salir para recoger un libro que me había dejado en casa de Mack Dienstag, pero claro, sí, le dije, ahora me llego. Después, ya en el piso de Mack, comenté de pasada que acababa de estar en casa de los Kinnell.

—¿Ah? ¿Están dando una cena? —Había un retintín admonitorio en su voz.

No, bueno, le dije, en realidad ha sido una cosa de última hora.

—¿Quién había? —me preguntó cauteloso.

¿Por qué?, bromeé, ¿quería salir de casa?

—No, casi nunca tengo ganas de salir de casa. Me encanta estar en casa.

—Vaciló y luego añadió—: Pero es que no soporto que me excluyan.

—¡¿Qué dices?!

—Es en serio. —Rio—. De verdad.

—Pero ¿a qué te refieres con «excluir»?

—Sé que parece una locura, me lo parece hasta a mí, pero es lo que hay. Por lo general las reuniones me parecen un aburrimento. Prefiero quedarme en casa leyendo. Pero cuando pienso que los demás han quedado, da igual la razón, y a mí no me han invitado, no lo soporto. No puedo parar de pensar en eso.

—¿Quiénes son los demás?

Mack esbozó una sonrisa amplia y pesada.

—Los que cuentan —dijo con una sonrisa ahora irónica.

—No lo entiendo —seguí indagando—. Si lo que en realidad quieres es quedarte en casa, ¿qué más da quién ha quedado con quién? Y si no quieres quedarte en casa, ¿qué más te da adónde vas siempre que tengas adonde ir? Es lo que decía Keats, cualquier conjunto de gente es tan bueno como cualquier otro.

—¿Lo crees de veras? ¿Que cualquier conjunto de gente es tan bueno como cualquier otro?

—Por supuesto —sentenció.

Suspiró y me tendió el libro.

—Tú no entiendes cómo es vivir aquí. Y a mí me cuesta explicarlo.

Aquellas palabras me parecieron sorprendentes. En Farwest me había

amargado porque gente que no me caía bien no me invitaba a cenar, pero allí en Impala, donde había compañía de sobra aunque no fuese siempre la ideal, pensé, qué ingrato hay que ser para ponerse en plan neurótico por quién te invita o no a cenar. A esas alturas debería haber sabido que distanciarme con tal grandilocuencia de un colega sufridor era garantía segura de que pronto me tragaría mi orgullo por haberme creído distinta.

Al principio las cenas de Impala eran un alivio y un consuelo. La afabilidad ejercía tal efecto sobre mí que me sorprendía que mis colegas no se sintieran como yo en casi todas las mesas. A lo mejor mencionaba algo interesante que había oído en casa de los Dixon y Mack me decía: «Ah, ¿quedas con ellos?». «Sí, ¿tú no?». «Antes sí, quedábamos bastante. Pero ya llevamos varios años que no». «¿Qué pasó?», preguntaba. «No sé exactamente —respondía—. Supongo que nos distanciamos sin más...». Era una frase que se oía mucho: «Nos distanciamos sin más». Rara vez sabía de una amistad que hubiera madurado en Impala; casi siempre era un relato de espíritus agotados una vez alcanzados.

Me divertía oírlos decir esas cosas, hasta que una noche —en casa de los Dixon, de hecho— la diversión se evaporó de golpe. Comprendí con desmayo que tenía que negociar casi cada frase en la que quisiera expresar una idea propia. El camino hacia el pensamiento sin trabas nunca estaba despejado, siempre me lo encontraba atorado y minado por los ubicuos «¿A qué te refieres?». Qué de intercambios parecían enfangarse en la etapa preliminar y hacer que el trayecto fuera sombrío y fatigoso, de lo más fatigoso. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Y por qué parecía ya incapaz de ver nada más?

Fue en Impala cuando aislé por primera vez el Síndrome de la Respuesta Aproximada. Al principio creí ser la única víctima. Hasta que una noche yo misma di la Respuesta Aproximada, con no poca grandilocuencia, y vi claramente la dinámica. Todo encajó. Entendí por qué los salones de actos estaban cada vez más vacíos en las lecturas públicas conforme avanzaba el semestre. También entendí por qué a Mack Dienstag le preocupaba verse excluido.

Un famoso poeta israelí vino a dar una lectura. Era guapo, independiente, distante; una sonrisa cortés le jugueteaba por los labios, pero se notaba que los ojos se le ponían vidriosos en cuanto hablaban los demás. Paul Braun no

fue a la cena antes de la lectura, ni tampoco Mack ni Kermit. Sí fuimos Serena, Lloyd Levine, Carol y su marido y yo. Lo de Lloyd era una actuación continua. Se sabía la obra del poeta de memoria y había ido preparado para brindarle la admiración erudita que todo escritor desea. El poeta aceptó con benevolencia la deferencia de Lloyd, sin apenas dar nada a cambio.

Cuando nos levantamos de la mesa, Serena Levine me dijo:

—¿No te parece un encanto?

Me quedé mirándola.

—No, la verdad es que no. Tiene muy presente quién es.

Serena posó un momento los ojos en mi cara.

—Hazme caso, para ser un hombre que tiene muy presente quién es, es un encanto.

La miré admirada: sí que le había dado vueltas al asunto.

El poeta leyó entonces. De su fría boca salieron imágenes bellas y potentes. Durante la lectura sentí repetidamente lo que ya antes había sentido a menudo: la extraordinaria afloración de un espíritu extenso alojado en un hombre de dimensiones corrientes. Habló largo y tendido, muchísimo para ser poeta, con un discurso rayano siempre en la pontificación. Después leyó un poema, y aquí y allí fueron desprendiéndose perlas de sabiduría, de una economía y una ternura impresionantes, y volvía a conquistarte. Una actuación que entusiasmaba a la par que incomodaba.

Después de eso se celebró una recepción a la que no fue casi nadie. Los profesores salieron corriendo, y los alumnos hicieron otro tanto. Nadie quería someterse al Gran Hombre. Lloyd parecía agotado y Carol se puso como loca, insistiéndonos para que volviéramos a su casa a tomar una copa. No soportaba que el poeta regresara a Nueva York con la idea de que Impala era aburrida y provinciana. Así que el hombre se dejó caer pesadamente en una silla de su salón, la cara impasible, los ojos entornados, la benevolencia disipada. Se notaba que ya se había ganado las habichuelas, se había hartado de la cháchara y lo único que quería era largarse.

Lloyd se derrumbó en el sofá en la otra punta del salón, mirándose los zapatos. Él también se había ganado las habichuelas, ya no sabía qué más hacer. Me contagié del ambiente y sentí que tenía que entretener al grupo. Me senté en un escabel a medio camino entre Lloyd y el poeta, volviéndome ágilmente de uno a otro y me puse a hablar —lúcida, rápida,

acompañadamente— de un viaje que había hecho a Israel. El poeta se recostó en su asiento, arrugándose las sienes con un dedo, mientras me miraba con sus ojos pasados por agua, sin ayudarme en nada. Hablé de Josef Brenner, y de que la obra del poeta allí presente me recordaba los complejos sentimientos de Brenner por Jerusalén. Les expliqué a los demás quién era Brenner, un brillante novelista de principios de siglo, que si era de expresión hebrea, que si se conocía muy poco en nuestro país, que si acababa de ser redescubierto. Cuando terminé mi discurso me volví como una niña buena hacia el poeta. Se me quedó mirando tanto rato que creí que se le había olvidado el inglés que sabía. Luego habló.

—En realidad —dijo todavía con el dedo en la sien—. La obra de Brenner no se parece en nada a la mía, pero en nada. Yo no le veo parecido alguno. Y tampoco creo que sea brillante, a mí más bien me parece flojo, bastante flojo. Y no es que esté «redescubriéndolo» nadie. Se le conoce desde siempre, lo que pasa es que no le hacemos caso porque sabemos que es flojo. Pero, claro, los americanos tienen que venir y ponerlo por las nubes. Y descubrirlo... —Se encogió de hombros y dejó de hablar.

Carol palideció y Lloyd se quedó con cara de loco. Me dieron ganas de echar la cabeza atrás y soltar una buena carcajada. El poeta se había sentido igual que yo cuando alguien soberanamente tonto comete conmigo el mismo tipo de error al hacer una comparación cogida por los pelos y no me apetece rescatarlo de su error. El poeta quería lo mismo que yo: conversación nutritiva. Pero en vez de eso estaba recibiendo comida basura, calorías vacuas. Y nosotros igual. Miré a Lloyd de reojo. La cara se le había amustiado, agotada. Ninguno de los presentes estábamos consiguiendo lo que necesitábamos. Comprendí entonces por qué los profesores habían dejado de acudir a aquellos actos: un número considerable de intercambios de ese tipo, y el corazón amenaza con pararse.

También llegué a entender qué era lo que, paradójicamente, provocaba esa obsesión con quedar excluido. Cuando la comida no te satisface, es bastante habitual que te dejes llevar por la idea de que en alguna otra parte la gente debe —no puede ser de otra forma— estar comiendo bien. En un mundo pequeño y cerrado, «en alguna otra parte» se convierte en la gente a tu derecha y a tu izquierda que anoche estuvieron cenando sentados a una mesa a la que no te invitaron.

Me sorprendí compadeciéndome de la gente que me rodeaba. Y luego, por supuesto, me tocó a mí.

Un martes, cuando el profesorado del posgrado estaba separándose tras el almuerzo semanal, oí que Lloyd decía:

—Carol, perdona por el rollo proustiano de anoche.

—¿Qué rollo proustiano? —preguntó Paul.

—¿Te acuerdas cuando llamé al camarero y le dije que...?

No oí el resto de la frase. Se me había nublado la mente. Anoche cenaron juntos, estaba pensando, los tres, y no me invitaron. Quedan cada dos por tres y no me invitan. El resto del camino hasta nuestros despachos hablé, pero sin escuchar nada: ni lo que yo decía ni lo que decían los demás.

Por la noche me tendí en el sofá con un libro entre las manos. Volví una página y en la primera línea ponía: «Lloyd, Carol y Paul quedan cada dos por tres para cenar y nunca me invitan». Sonó dos veces el teléfono: mi agente llamándome desde Nueva York para decirme que mi libro iba bien en Inglaterra y la mujer de un médico para invitarme a cenar. Las dos veces colgué feliz por un momento. Luego regresaba la angustia: Lloyd, Carol y Paul quedan para cenar, nunca me invitan.

Me levanté para hacerme un café. Menuda ridiculez, reprendí con severidad al cazo del agua casi hirviendo. Pero el rapapolvo no sirvió de nada. El reconcomio prosiguió, horas, días. Daba igual lo que estuviera haciendo —dando clase, leyendo, conduciendo—, de pronto me acordaba: «Lloyd, Carol y Paul», y la sola idea se me clavaba como una aguja en el corazón. Yo lo único que quería era su compañía, su atención, su diversión. Todo lo demás era un mero premio de consolación.

Ese fin de semana vino de visita un escritor al que yo conocía bien, y pasamos los dos una noche estupenda. Oía que mis frases se recibían tal y como las enviaba. Como las mías eran respondidas, tenía otras que decir; como tenía más que decir, sentí que me llenaba. Al final de la noche salí del restaurante bien saciada. Era tarde. Ya no hacía calor. Di un paseo, respirando hondo en el aire limpio del desierto. Por primera vez comprendí que en Impala no tenía conversaciones que me devolvieran a mí misma. No necesitaba muchas, de hecho con una me valía, pero no tenía ni esa una. Tenía muchas aproximaciones, pero no la original. De ahí el reconcomio Lloyd-Carol-y-Paul.

La diferencia entre la ciudad y el mundo pequeño y cerrado era muy intensa. En Nueva York, si me sentaba mal que no me invitaran a algún sitio, no tardaba en sonar el teléfono y al poco estaba invitada a cualquier otra parte tan buena como el sitio al que no me habían invitado (allí me vale con una de cada seis conversaciones). El reconcomio no dura más de unos minutos o una hora. Me despejo rápidamente. Me mantengo abierta, fluyo, sin maquinar. Aquí, en la universidad, el dolor persiste. No puedo despejarme. Cuesta curarse; como cuesta curarse, tengo que defenderme: cerrarme en banda, generar tejido cicatrizado, curtir el pellejo. El discurso se vuelve cauteloso. Abandono la expresividad.

Es eso o volverse loca.

Comprendí que estaba perdiendo la cabeza. Venía pensándolo desde hacía un tiempo y luego un día me lo confirmaron. Serena Levine me propuso ir a comer para hacerme saber que estaban considerándome una crítica exacerbada de Impala, la universidad, el posgrado de escritura... Según me contó, todos habían empezado a sentirse alienados por mí. Mis palabras se tomaban como una crítica a sus vidas. «Tú crees que sólo estás dando tu opinión —dijo con acritud—, pero eres como el extranjero que se confía contigo y a la vez pone a parir tu país». Y siguió y siguió. Yo respondí acalorada. Y luego paramos de hablar al mismo tiempo. El sol remontó hasta lo alto del cielo de mediodía. La calima se hizo más espesa, quemaba ya. Serena se quedó mirando su plato, yo, a la media distancia. Los edificios de la universidad empezaron a titilar. El silencio entre ambas fue a más. Allí estábamos, una escritora solitaria y la insegura esposa de un profesor, cada una con nuestra neurosis causada por el aislamiento del espíritu, inducido a su vez por una institución que servía a la vida del intelecto. El silencio me zumbaba en la cabeza. El calor se volvió insoportable.

El matrimonio promete intimidad; cuando no consigue proporcionarla, el vínculo se destruye.

La comunidad promete amistad; cuando no consigue proporcionarla, la empresa se disuelve.

La vida del intelecto promete conversación; cuando no consigue proporcionarla, sus discípulos se vuelven excéntricos.

En realidad es más fácil estar sola que estar en presencia de lo que suscita

una necesidad pero no consigue atenderla, puesto que entonces estamos en presencia de una ausencia y eso, no sé por qué, no debe consentirse. La ausencia nos recuerda, del peor de los modos posibles, que en realidad estamos solos: suprime la fantasía, ahoga toda esperanza. La viveza que tenemos de partida se ve oprimida. Nos desmoralizamos y nos volvemos inertes. El estado inerte es un tipo de silencio. El silencio se vuelve un vacío. Nadie puede vivir realmente con un vacío así. La presión es terrible, insoportable, de hecho: no se debe consentir. O te parte el alma o te vuelve inmune. Volverse inmune es dejarse llevar por el desconsuelo.

VIVIR SOLA

Es domingo por la mañana y voy paseando hacia el norte por la avenida Columbus. Se me avecinan parejas por todos los frentes. Ocupan la calle entera, de la línea de edificios al bordillo de la acera. Las hay engarzadas con fuerza, mirándose las caras, arrobadas; las hay cogidas de la mano y con ojos inquietos que saltan de escaparate en escaparate; las hay que caminan al lado, cara impertérrita, con cuidado de no rozarse. Me viene un convencimiento repentino, el de que dentro de unos meses la mitad de esas personas estarán caminando con otra persona que está ahora mismo caminando por la avenida como mitad de otra pareja. Al final también ese arreglo terminará, y cada hombre y mujer volverá a estar mirando por la ventana de una habitación sin compañía. Se trata de una población en un estado perenne de apego intermitente. El piso silencioso aguarda siempre sin falta.

Quién habría imaginado que seríamos tantos flotando de aquí para allá, tantos entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años viviendo solos. Treinta años de política en la calle abrieron una puerta que se convirtió en una compuerta, y allá que nos precipitamos por ella, en la cifra monumental que sumamos los dueños del descontento más fundamentado de la historia. Así y todo, la mayoría parecemos aturdidos, sin saber cómo llegamos a este punto, confundidos y deseosos de librarnos de esta afección. Vagamos por las calles abarrotadas, con la franca expectativa del indulto del último minuto. Para nosotros la densidad humana es un requisito; sólo la densidad puede proporcionarnos material para el reagrupamiento perenne que hemos convertido en necesidad.

Tal y como yo lo veo, dije que sí a una cosa y que no a otra, y acabé viviendo sola. Nunca llegué a entender que la respuesta es ya en sí elegir. Durante años mis elecciones estuvieron fuertemente condicionadas por lo que yo consideraba una preocupación colosal: me mantenía en guardia contra el miedo a la soledad. Me parecía fundamental resolver los temas importantes de la vida —el trabajo y el amor— sin tener que protegerme de los temores de una vejez en solitario. El miedo a la soledad, defendía yo por entonces, era responsable de tantos pactos con el diablo hechos por tantas mujeres que luchar contra esa angustia se convirtió para mí en una cuestión política. Una postura que me resultaba cómoda, puesto que mi comprensión del tema era precaria.

Me casé con veinticuatro años. Habíamos sido amigos antes que marido y mujer pero, en cuanto nos casamos, nos vimos atrapados en ideas ajenas de lo que es ser marido y mujer. Un día éramos un par de estudiantes muy concienzudos que cocinábamos juntos lo poco que comíamos, nos turnábamos para lavar los platos o hacer la colada, y al siguiente, yo estaba metida en la cocina con un recetario mientras él leía el periódico en el salón; las únicas veces que levantaba la vista era para especular en voz alta, proyectando el discurso hacia la cocina, sobre su trabajo, nuestro futuro. Empecé a alarmarme, y él también. La alarma se apoderó del piso y nuestra existencia se convirtió en una pesadilla. Una pesadilla que acaparaba nuestra atención hasta un punto morboso. Parecíamos pasarnos la vida preguntándonos con acritud por qué no éramos felices.

Nos teníamos por personas de mente abierta. La idea había sido avanzar en la vida de la mano, mirando de cara al mundo, pero nos vimos de pronto mirando sólo hacia dentro, de profano a profana. La relación que en teoría iba a estar al servicio de nuestras vidas fue convirtiéndose lentamente en nuestra vida. Cuanto mayor la incertidumbre, más reivindicábamos que el amor lo era todo. Los dos seríamos uno, ésa era la norma. Desviarse de la norma sólo podía causar desazón e inestabilidad.

Aquella política, lejos de llevarnos a la tierra prometida, nos hizo adentrarnos aún más en el desierto. A lo que parecía, ninguno de los dos debía permitirse un impulso independiente. Convertimos en costumbre que

uno u otro se quejara a menudo de lo mismo: «¿Cómo puedes decir que me quieres y querer hacer ESO?». Siempre sin falta, lo que él o yo queríamos hacer, y que tanto indignaba al otro, era satisfacer un interés que servía solamente a su persona particular, deseo este que el otro vivía como excluyente y, por tanto, desleal. Pero la restricción iba contra natura: el impulso surgía una y otra vez a la superficie, como una mala hierba abriéndose paso entre el cemento.

Desconsolados por el fracaso de nuestra relación (qué conmoción, qué anomalía la nuestra), nuestra desdicha se nos hacía vergonzosa (mírennos, casados y más solos que cuando estábamos solos). La vergüenza te aísla. El aislamiento era humillante. La humillación no soporta pensar en ella. Empezamos a concentrarnos en no pensar.

Cuanto más atribulado se volvía nuestro apego, más tiempo pasábamos el uno con el otro. Estábamos siempre juntos. Y no porque disfrutáramos de la compañía, nada más lejos, era solamente porque no soportábamos estar separados. Juntos generábamos tensión, mientras que cada uno por su cuenta se hundía en una soledad intensa. La soledad era más dolorosa que la tensión, había que evitarla a toda costa. Llegamos al punto de que si yo decía que iba a bajar a por leche, mi marido decía que venía conmigo. La gente a la que conocíamos —gente igual de joven que nosotros— nos decía: «Miradlos, qué entregados». Fue el matrimonio lo que me enseñó que la angustia se parece a la entrega, y que la soledad es la condición humana que menos se presta al análisis fácil.

La obsesión por evitarnos a nosotros mismos se volvió denigrante. Nuestras propias emociones pasaron a ser el enemigo. En torno a todo sentimiento brotaba una coraza protectora. Cuanto más gruesa se hacía, más se arrugaba la carne de dentro. Joven y sana, me sentía enterrada viva.

Por fin nos separamos.

II

Recuerdo estar tirada en la cama esa primera mañana, mirando el recuadro de techo de mi dormitorio. Me acuerdo del silencio y de la dicha por no tener

que responder: ante nadie. Paz, auténtica paz, las sombras despejadas, la angustia disipada. Quedaba sólo espacio abierto. Mi presencia llenaba aquel piso diminuto. Me quedé desnuda de pie en medio del cuarto. Bostecé y me despecé. La sola idea del amor se me antojó una invasión. Tenía pensamientos que pensar, un arte que aprender, un ser que descubrir. La soledad era un regalo. Había un mundo aguardando a darme la bienvenida siempre que estuviera dispuesta a entrar a solas. Me vestí y atravesé la puerta.

Eso fue a principios de los setenta, una época muy emocionante, con una emoción compartida por cantidad de mujeres. Nos convertimos al movimiento de la mujer. Cuando nos encontrábamos todas en lugares públicos, reuniéndonos una y otra vez por el placer de elaborar el discernimiento y repetir el análisis, el mundo se expandía en una camaradería extensiva de dimensiones extraordinarias. Esa camaradería tonificaba y respaldaba. Cuando volvía a casa después de esos encuentros, mis habitaciones me parecían cálidas y acogedoras, el orden y la tranquilidad, placer y alivio, y el zumbido de la conversación aún en la cabeza. No había nadie más en la habitación, pero distaba mucho de estar sola. Había vuelto acompañada a casa, una compañía maravillosa, una compañía que me devolvía a mí misma.

Esa intimidad, sin embargo, estaba ligada al momento —aquel en que sentimos el feminismo como una revolución—, y al pasar el momento, el compañerismo se fue con él. Me quedé luego con la sensación de conocer a un montón de personas que, en cambio, no se conocían entre ellas. Se evaporó la ilusión de una vida equilibrada. Volví a la vida social urbana que había conocido antes del matrimonio: fragmentada y voluble, marcada por las tensiones y el retraimiento de vidas y personalidades exacerbadas, amistades que andaban siempre acompasándose y descompasándose. Me desconcertó comprobar que, sin compañía doméstica, el contacto diario no estaba en absoluto garantizado.

Un buen día me di cuenta de que estaba sola, y no solamente en casa sino en el mundo. Si no cogía ese teléfono y hacía al menos una llamada... Pero incluso aunque cogiera el teléfono, la de veces que, daba igual las llamadas que hiciera, estaba todo el mundo ocupado, no había nadie libre... La quietud se me venía encima. El piso retumbaba con su propio silencio. El silencio se intensificaba. La soledad se convirtió en un problema.

La soledad, cuando llega, llega —ahora y siempre— como la arremetida de una enfermedad física. En mi caso empezaba con una presión tras los ojos que me obligaba a torcer el gesto. Me impactaba en cuestión de minutos y me dejaba mareada y sudorosa, con la desgracia empañándome el pecho, el miedo irradiando en ondas desde la boca del estómago. Me echaba en el sofá con un libro abierto en las manos y esperaba a que se me pasara. A veces, sin embargo, podía durarme días, sobre todo en las estaciones del año cálidas y tendentes a la ensoñación. Recuerdo perfectamente haberme levantado mil mañanas en medio del dulzor penetrante de un día estival con la sensación de tener la cama anclada a un paisaje gris y despoblado mientras, justo al otro lado de la ventana, el mundo se baña en fluidez líquida y toda la gente chapotea alegre, deslumbrando de color, en parejas y grupos.

Así que en esas me encontraba, después de estar sola pero contenta de estar sola, ahora sola y dolorida. Hice entonces lo que cabía hacer: llamé a quien pude llamar, fui allá donde me invitaron, cultivé a discreción el trato con conocidos; y no tardé mucho en tener planes para quedar todas las noches de la semana que quisiera. Cuando la sociabilidad en sí se volvía insoportable, me daba un pequeño sermón sobre las antiguas bondades de la soledad, urgiéndome a pasar las noches leyendo como había hecho tan a menudo durante tantos años de mi vida. Después me echaba en el sofá, y no era extraño que no pasara de las cincuenta páginas en tres horas y tuviera que leer la misma frase tres veces para que me calara el contenido, pero aun así seguía en el sofá, en mis trece.

El dolor generaba discernimiento y energía, pero no así equilibrio ni desapego. Estaba claro que superar una noche a solas como el paciente que sale de una fiebre, y felicitarme por no sucumbir a los peores excesos de autocompasión, no era señal de un espíritu indómito. Si eso era todo lo más que podía hacer, ¡para eso bien podía casarme! Me puse firme ante aquellas palabras: ¡por encima de mi cadáver! Comprendí entonces que era un asunto que iba más allá de una simple cuestión de placer o dolor: había empezado a tener algo que decir sobre vivir sola.

Escribí un controvertido artículo titulado «Contra el matrimonio» en el que argumentaba que, cuando nos casamos, lo hacemos no para vivir una aventura de descubrimiento personal o compartir una vida interior, sino por un solaz emocional que era primitivo. El solaz trae consigo el aislamiento,

una relación poco profesional con la soledad, y crudas preguntas sobre el yo interior que se quedan años y años sin formular. El miedo a la soledad era el meollo de la cuestión, decía en aquellas páginas; para blindarse ante un miedo, hay que avanzar hacia él, vivir con él, encararlo. Vivir sin amor o intimidad en el hogar era de hecho estar medio viva, reconocía en mi generosidad, pero, concluía, lo que queremos ahora es ser reales para nosotras mismas. El mito de que «y los dos serán un solo ser» ha dejado de ser válido. Lo que ha de ocupar nuestras vidas es vivir conscientemente. Si no es posible congraciarse con la soledad, al menos podemos aprender que no es letal. Esa constatación se convierte en una fuerza, una aliada, un arma.

Escribir estos pensamientos en artículos y ensayos se convirtió para mí en un consuelo y una necesidad. Al escribir abiertamente sobre el tema, tenía la sensación de renovarme, cuando no directamente de redimirme. No era consciente de la retórica que surcaba aquellas páginas, que inflaba las frases y confinaba el pensamiento. Me había convencido de que, al poner por escrito el problema, estaba superándolo... y no sólo a él. El artículo levantó ampollas. Me desafiaron desde una decena de frentes, y respondí en todos y cada uno. Las respuestas sonaban razonables a mis oídos pero, cuanto más lo explicaba, más me atrincheraba. Sin darme cuenta, había convertido una idea en una teoría, la teoría en una postura y la postura en un dogma.

Era una ideóloga nata: me sentaba de maravilla tener una postura. Y ahora tenía una: vivir sola es plantarle cara a la soledad. Se convirtió en una letanía que me daba fuerza en las malas rachas, me cargaba las pilas de resistencia y autodominio. No había necesidad de revisar el contenido, lo único que tenía que hacer era repetir el mantra.

Pasaron los años (que es lo que tienen, pasan), nada parecía cambiar. Hasta que de pronto, sin previo aviso o consentimiento, tuve que echar mano de mi propio dogma, y después de eso nada volvió a ser igual. Cuando fui a dar clase durante un trimestre en una ciudad universitaria del sur, conocí a una mujer de mi edad que estaba divorciada y tenía ya a sus hijos estudiando fuera. Me propuso que compartiéramos casa. Me pareció que era un espíritu afín y, tras años de vivir sola, decidí arriesgarme.

Fui a dar con un arreglo que no podía ser más compatible. Entre aquella mujer y yo no hubo roces, tensiones, depresiones ni retraimientos. Parecíamos no aburrirnos, no enfadarnos ni entrometernos nunca en la vida

de la otra. Cada una vivía su día a día de forma independiente pero, si coincidíamos, a las dos nos encantaba pasar una velada juntas en casa. La conversación era cada vez más placentera, pero ninguna hizo nunca que la otra se sintiera culpable por querer estar sola. En resumidas cuentas, la relación era la sencillez personificada, y a las dos nos brindaba las alegrías de la amistad civilizada y la tranquilidad doméstica, un estado vital que yo no había conocido hasta la fecha.

Lo que no podía esperarme fue el alivio que sentí al no vivir sola. El alivio y la gratitud. Porque, a ver, ¿qué estaba pasando? No vivía ni con un amante ni con una amiga íntima: simplemente estaba compartiendo casa con una persona compatible. Disfrutaba del placer del café de la mañana y la charla de la noche con una mujer con la que me gustaba hablar y de lo reconfortante que era saber que pasábamos la noche bajo el mismo techo. Lo que estaba ejerciendo un efecto tan extraordinario en mí era la ausencia de soledad en bruto.

Porque fue realmente extraordinario. De entrada, a diario y a lo largo del día me sentía tranquila, tranquila de verdad. Esa calma me hizo darme cuenta de que por lo general sufro —y seguramente lleve años haciéndolo— una especie de angustia de pequeño calibre que se cuele a diario en mi sistema nervioso. Nada preocupante, y desde luego nada que no pueda sobrellevar, pero es una sensación que tengo, una que había dejado de constatar y en la que no habría vuelto a reparar si no fuera por esa calma maravillosa que me subía burbujeando por el cuerpo un par de veces al día.

Más allá de la calma, me sentía lijada por dentro, como si una gran ola blanquiazul me hubiera bañado y se hubiera llevado consigo las limaduras. Fue entonces cuando comprendí que me siento áspera por dentro, todo el tiempo. De nuevo, nada preocupante ni nada que no pudiera sobrellevar. Pero estaba ahí. La soledad es áspera al tacto.

La neblina de mi cabeza, de la que siempre tenía algún jirón flotando por aquí y por allá, pareció despejarse entonces. Me vi concentrándome durante horas seguidas, no minutos. Hasta ese momento no se me hizo evidente que mi atención se ve hecha jirones de continuo, la atribulada granulación de la claridad interior que se ha convertido en mi compañera del alma.

Miré entonces lo que me rodeaba, mi vida, y comprendí que ni por asomo había aprendido a vivir sola. Lo que había aprendido era a planear estrategias;

a tenderme hasta que remitiera el dolor, a evadirme, a pasar de largo. No estaba ahogándome pero tampoco nadaba. Estaba haciendo el muerto, lejos de la orilla, esperando a que me salvaran.

Al pararme a examinar con detenimiento una afección que no había cuestionado en años, comprendí que una vez más se mentaba la cosa; la cosa que sabía y había olvidado incontables veces; la cosa que cada vez que mentaba hacía más mía, pero, cuanto más la olvidaba, más se me venía encima el mundo. Me vi recordando la primera vez, hacía mucho tiempo, que había entendido lo que siempre se me olvidaba. Fue también el día que comprendí por qué paseaba, por qué soy una caminante de ciudad. El recuerdo se materializó con tal fuerza que de pronto vi el día ante mis ojos:

Llevaba horas dando vueltas por el piso, evitando la mesa de trabajo. No podía pensar, no podía escribir. La cabeza llenándose de niebla, bruma, algodones, hielo seco; la niebla entrando por los ventanucos de arriba. La de costumbre, la de todos los días. La afección con la que forcejeo desde las nueve de la mañana en adelante, con la que me peleo por ocupar un pequeño espacio despejado en mi cabeza hasta las dos o las tres de la tarde, cuando desisto de todo esfuerzo, sintiéndome vacía y derrotada y como si llevara mil años sin escuchar el sonido de una voz humana.

Esa tarde había quedado en el Uptown, en una dirección que estaba a casi cinco kilómetros de mi casa, y me vino el impulso de ir andando. Cuando salí por la puerta de la calle fue como si surgiera a la luz desde una caverna. Todo lo que veía —tiendas, luces, coches, gente— me parecía interesante. Respiré hondo y sentí cómo se me hinchaban los pulmones. Luego me encontré con alguien que llevaba años sin ver. ¡Qué estimulante el encuentro inesperado! Se me alargó el paso. Llegué al sitio donde había quedado, hice lo que iba a hacer y decidí volver también andando. Cuando llegué a casa vi que se me había disipado el malestar. Me había purgado: el paseo me había purgado.

Comprendí entonces lo corriente que era mi depresión. Corriente y predecible, corriente y diaria. Depresión diaria, no era otra cosa. Comprendí, como por primera vez, que la depresión diaria te come la energía; sin energía la vida interior se evapora; sin vida interior no hay vivacidad; sin vivacidad no hay trabajo. Una vida sometida a la depresión diaria está condenada a la mediocridad.

Y al mismo tiempo comprendí también que «eso» era la soledad, la cosa

en sí. La soledad era la evaporación de la vida interior. Soledad era yo seccionada de mí misma. La soledad era la cosa que nada podía curar.

Yo sabía que la depresión estaba enraizada en un agravio que venía de lejos, más antiguo que el amor, más antiguo que el matrimonio, más antiguo que la amistad o la política. El agravio era un amigo querido, un amigo muy íntimo. Con los años había renunciado a muchas otras amistades, pero no a aquel amigo, nunca. A aquél, comprendí, le había dado carta blanca.

Me conocía lo suficiente para saber que no me aferraría a eso que empezaba a comprender, que algo en mí se negaría a asimilar la información. Lo olvidaría. No lo asumiría. Volvería a verme desbordada. La revelación de por sí no me salvaría. Tendría que despejar cada día como el primero. Andar me había purgado, me había limpiado, pero sólo por un día. Comprendí la cotidianidad de la misión. Estaba condenada a andar.

Y lo que era más importante, estaba condenada a vivir con lo que no podía asumir.

Todos lo estábamos. Los que vivimos solos, manteniéndonos a flote, esperando un indulto, aferrándonos al descontento más fundamentado de la historia.



Camino por la avenida Columbus con un respeto renovado por la vida en estado solitario. Miro las caras ávidas, las caras que buscan, y pienso qué bien lo estamos haciendo en esta ciudad descarnada y sucia los que miramos por ventanas de habitaciones carentes de compañía, con esa textura áspera en el café de la mañana y la angustia de pequeño calibre con la copa de la noche. Al otro lado, en el resto del país, las caras son retraídas y remotas, excéntricas por culpa del aislamiento. En la avenida Columbus la soledad colectiva es un elemento estable. Puede generar cultura.

ESCRIBIR CARTAS

En 1920, con dieciocho años, mi madre trabajaba en el departamento de contabilidad de una gran panificadora del Lower Manhattan. Su jefe era, al igual que ella, un emigrado europeo que leía libros y escuchaba música. El señor Levinson (un hombre desdichado en su matrimonio que vivía en el Bronx) veía en mi madre (una joven muy sensible que vivía en el Lower East Side) un espíritu afín. Cuando se separaban al concluir la jornada laboral, por lo general él no veía saciada su necesidad de conversar con mi madre, de ahí que acabara cogiendo la costumbre de escribirle por las noches. Llama la atención lo mucho que varían en ánimo y contenido esas cartas suyas. Puede empezar reflexionando sobre el tema en que se quedó ese día la conversación; o anunciar de pronto que ha ido al teatro y le ha calado hasta los huesos un anhelo de no sabe qué; o que tiene al niño malo, el piso está hecho un desastre y su vida es un infierno. El lenguaje puede ser de tono poético, cínico o desesperado: unas variaciones en la reacción que sólo se permitía al escribir, nunca cara a cara en la panificadora. Fuera cual fuese el tema, e independientemente de su estado de ánimo, cuando el señor Levinson se sentaba a medianoche a escribirle a «Mi querida amiga», escribía largo y tendido y a su antojo. Si había ido al teatro, describía la obra, las interpretaciones, el gentío en la Catorce; cuando tenía a un niño malo, contaba las intimidades del ambiente de la habitación, el aspecto del paciente, el comportamiento que había tenido el médico; si continuaba una conversación anterior, incluía matices y digresiones a su aire, sin reservas. Siempre sin falta hablaba de las muchas ideas que tenía y de lo ávido que era su espíritu; comentaba el tiempo que hacía en ese momento, el aspecto de la calle desde la ventana al otro lado de la mesa a la que escribía; y a menudo terminaba diciéndole a mi madre que iba a bajar a la esquina a echar la carta

al buzón para que la leyera a las ocho de la mañana, una hora antes de verse en el trabajo. Esto último —que lo leería por la mañana— lo predecía con una seguridad que podía permitirse: por entonces había cinco repartos diarios en Nueva York.

Esta mañana me ha sonado el teléfono a las nueve. Era mi amiga Laura, que es profesora de universidad y me llamaba desde Iowa City, que es donde trabaja y vive. Le digo «Hola», «Hola», me dice. Le digo: «¿Va todo bien?». Me dice: «Sss... sí». «¿Qué ha pasado?», le pregunto. Acto seguido se ha enfrascado en un relato de insatisfacción ya familiar: la necesidad que siente de tener una conversación más tonificante con su marido. El tema es un territorio que hemos atravesado muchas veces a lo largo de muchos años, pero sigue siendo apasionante para ambas, y de hecho a las dos nos resulta útil. La amistad que tengo con Laura es muy íntima, de más de dos décadas, y se basa en un comentario continuo sobre la cotidianidad de nuestras vidas que llevamos a cabo casi en su totalidad por teléfono. Cuando hablamos, las dos acunamos el auricular, nos quedamos mirando sin ver el vacío de la habitación que ocupamos y nos concentramos en el intercambio. Siempre sin falta nuestras conversaciones están bordadas con nuestras intensidades compartidas —literatura, política, análisis—, pero no divagamos sobre el tema, y en cuestión de minutos suele quedar claro que una vez más perseguimos nuestro interés permanente —la naturaleza del auténtico bienestar—, como si esas llamadas a larga distancia fueran un seminario al que ambas estamos siempre apuntadas. El caso es que esta mañana, mientras repetíamos nuestros trillados argumentos a favor y en contra de que Laura siga con su marido, el toma y daca entre nosotras ha sido ágil, fundamentado, solidario. Ha proporcionado una catarsis instantánea. Divertidas y animadas por lo sagaz de nuestro discernimiento, la amplitud de nuestras referencias, la sofisticación de nuestro cotilleo (las situaciones comparables proporcionan una textura necesaria), no hemos tardado en convencernos de que estábamos avanzando. Al cabo de una hora Laura se ha sentido renovada y yo con las ideas más claras. Dejamos el auricular en su sitio fortificadas contra la angustia del día que tenemos por delante.

Hace setenta años, cuando el señor Levinson quería aliviar su corazón desbordado, le escribía una carta a mi madre. Esta mañana, cuando la misma necesidad acosó a mi amiga, Laura ha cogido el teléfono y me ha llamado. En

cierto sentido el resultado ha sido el mismo —se establece un contacto, se alarga un intercambio vital, se recobra el valor para la vida—, pero sin duda la diferencia es importante. Las cartas de Levinson eran discursivas y de carácter narrativo. Trataba un tema (o sea, el motivo por el que escribía), pero no vacilaba en irse por las ramas, divagar, describir todo lo que veía, rendirse sin sosiego a la fácil atracción del cambio de humor (en las cartas suspira, ansía, acusa). Al escribir estaba posicionándose en el mundo, él solo, en el embeleso de un poeta. La llamada de Laura ha sido puntual y de carácter analítico. No ha llegado realmente a divagar, ni tampoco podía permitirse cambios de humor conmigo delante —estaba allí mismo al otro lado de la línea— pero, conforme hablaba, también ella ha ido posicionándose: en el paisaje interior de su cabeza y con el ensimismamiento de quien se hace psicoanalizar. Las cartas del señor Levinson semejan la novela social de hace cien años, mientras que la llamada de Laura es una obra minimalista del siglo XX. Ambas cumplen una función sorprendente de la inteligencia humana, comparables sin ser equivalentes. Con todo, una ha venido a sustituir a la otra. ¿Por qué? ¿Y qué supone?

En una reseña reciente sobre la correspondencia entre Henry y William James, el escritor inglés John Bayley hacía referencia a un poema de Philip Larkin que recrea «un mundo donde las cartas se recibían con avidez y se entregaban con fidelidad; donde el teléfono era un medio de comunicación costoso y bárbaro [...] y se confiaba en las cartas [...] para combatir los padecimientos de la existencia diaria». Bayley nos recordaba lo que dijo Auden —«“Anhelar ciertas cartas” es ser plenamente humano, así como admitir una humanidad en común»—, y concluía diciendo que escribir cartas era una práctica noble que no se había visto interrumpida «hasta nuestros días, en los que la tecnología ha acabado de raíz con la forma».

Las últimas palabras de Bayley me provocaron un diálogo interior que me suscitó a su vez una pregunta para la que no tenía respuesta a mano.

Es verdad, me dije, a mí de joven me encantaba escribir cartas y habría seguido escribiéndolas si no hubiera sido por...

Tonterías, me contesté. No puedes echarle la culpa a la tecnología. La pregunta que hay que hacerse es por qué la correspondencia escrita no plantó más batalla. ¿Qué hay en nuestra naturaleza que le haya permitido al teléfono

una conquista tan fácil? Tendrás que ver qué has hecho tú al respecto, pregúntate por qué tú no escribes ya cartas. Digo yo que hay algo más profundo ahí que un simple «la culpa de todo la tiene el teléfono».

A ver, venga, ¿por qué no escribo ya cartas? Bueno, pues porque, siendo sincera, me parece una lata tener que escribir una carta, una obligación que rehúyo hasta que no me queda más remedio. Pero ¿por qué pienso en escribir cartas como algo que me chupa la energía y me tritura el cerebro cuando en realidad, las veces que me obligo a sentarme a escribir una carta, caigo en un trance de placer que tiene una capacidad restaurativa innegable? ¿Por qué opongo resistencia? ¿Por qué esta voluntad dividida?

Hace treinta y cinco años, cuando estaba en la facultad, la gente escribía cartas. El profesor de instituto, el vendedor de seguros, el trabajador social; el hombre de negocios que leía, el abogado que trabajaba; la costurera que iba a clases nocturnas, la matrona que trabajaba de voluntaria; la infeliz de mi madre, nuestra vecina en estado: todos mantenían una correspondencia variada y a menudo prolífica. Era la forma en que la gente de educación corriente acostumbraba a ocupar el mundo más allá de su propia vida pequeña e inmediata. El ocio era barato y en Nueva York, tanto antes como ahora, la mayoría de la gente íbamos con frecuencia al cine, a conciertos, al teatro, y aun así el tiempo parecía pender sobre nosotros en grandes espacios abiertos. En casa el teléfono sonaba muy rara vez y el televisor apenas se encendía. En el piso reinaba un silencio enjundioso. Si eras de paladear tus pensamientos, no había problema en darles todas las vueltas que quisieras, y si querías utilizarlos para entablar contacto con alguien —hablar, reflexionar, extenderte con un espíritu afín o solidario—, te sentabas a escribir una carta.

Mis amigos y yo éramos todos grandes «epistológrafos», es decir, practicantes constantes y dedicados. Siempre había alguno de nosotros dando vueltas por el mundo: un compañero de clase que estaba viajando por Europa o México, otra que trabajaba en California, un tercero que iba a la facultad en Boston. Éramos gente de mundo, y cuando viajábamos, nos escribíamos. Nunca llamábamos, escribíamos. Recibir una carta era una fiesta. Yo corría arriba, lanzaba los zapatos al aire, me dejaba caer en una silla cómoda, rasgaba el sobre y me preparaba para una buena lectura. A eso le hacía fiestas: a la promesa de una buena lectura. No siempre la conseguías —a lo mejor esa amiga o amigo no era muy bueno escribiendo—, pero aun así la

promesa permanecía; y luego siempre podías tener la carta a mano para releerla, consultarla y remitirte a ella. Esto último era importante porque casi en cuanto terminaba de leer la carta, empezaba a memorizar las frases que pondría en papel cuando, al cabo de uno o dos días, me sentara a escribir la respuesta.

Disfrutaba mucho de esas horas entre que recibía la carta y la respondía. Me encantaba ordenar las ideas, regodeándome en mis propósitos. ¿Qué quería decir y en qué orden lo diría? Cómo organizar hechos e impresiones para que mi amiga supiera qué tal me iban las cosas: describir un estado de ánimo, transmitir información, pensar en voz alta sobre un libro o algún acontecimiento, crear una atmósfera en la página que trascendiera los hechos. Escribir una carta era un placer mucho mayor que recibir una, aunque la emoción fuese la misma. Daba la impresión de que las frases, cuando por fin te venían, salían con una fluidez sin fisuras. Ahora veo que mis cartas, escritas con la máquina de escribir mecánica, se parecen a las del señor Levinson —limpias, sin líneas reescritas o tachadas—, como si ambos hubiéramos explotado una misma veta colectiva de epistolografía, versados y duchos en el terreno.

Hoy en día escribir cartas es un fastidio. No me pararé a hablar sobre qué escribo en ellas. En mis cartas no me extiendo sin razón; no paso de una cosa a otra al buen tuntún; no describo ni largo y tendido ni a mi antojo. Y aun así me puede llevar horas escribir una carta en condiciones. Al fin y al cabo, tengo que redactarla; no puedo garabatear sin más un puñado de notas. Tengo que escribir frases completas en párrafos completos. Tengo que hacer que los párrafos se pongan de acuerdo entre sí, que se hablen, que tengan la coherencia de un escrito. La expresividad reside en la escritura y ésa, al fin y al cabo, es la función de la carta: comunicarse expresivamente. En nuestros días escribir una carta es una decisión, mientras que cuando yo era pequeña era una forma de vida. También coger el teléfono es una decisión —también por teléfono tengo que cumplir mi parte—, pero una que no me cuesta tomar y que asumo con regularidad. Si me dan a elegir entre llamar por teléfono y escribir una carta, tengo que concluir que prefiero la llamada porque es por lo que opto nueve de cada diez veces. Pero no es que lo prefiera, es simplemente lo que hago. Es lo que todo el mundo hace: la respuesta habitual del mundo en que me ha tocado vivir, uno que no exige una voluntad activa.

El mundo en que me ha tocado vivir. Eso sí que es una frase para pararse a pensar. Una frase que hace fruncir el ceño; que provoca un eco desagradable en la cabeza; que incluso me entristece. ¿Qué significa el mundo en que te ha tocado en lugar de luchar por ocupar tu lugar en el mundo? Es algo como amnésico, anestesiado, paralizado en el sitio. Yo diría que en algún punto de esa frase está la historia enterrada de «la culpa de todo la tiene el teléfono».

Recuerdo la primera vez que reparé en esa frase. Fue en el año 1977, en Tel Aviv. Hacía meses que vivía en la ciudad, en un piso que no quedaba lejos de la calle Dizengoff, famosa por la vida nocturna de sus bares, y yo llevaba ya un tiempo con ganas de un toque parisino en aquel Oriente Próximo. Sin embargo, cuando llegué a los bares, me los encontré vacíos. Al principio no lo entendí. A veces quedaba con alguien para vernos en un bar por la noche, e iba andando por las calles a oscuras y pensando: hoy será distinto, hoy estarán los bares llenos. Pero nunca lo estaban. Por lo visto, la vida nocturna de los bares de Tel Aviv había muerto.

Una noche salí del piso con un periodista israelí al que había estado haciéndole una entrevista. Ese hombre, como muchos intelectuales israelíes, era famoso por su depresión. A la gente le sorprendió que hubiera accedido a quedar conmigo. Íbamos caminando cuando el periodista me llamó la atención sobre la luz azul de los televisores que parpadeaban a nuestro alrededor en los salones en penumbra. «La televisión —dijo con amargura—. Hace unos años habrían estado todos en los bares, y ahora se quedan en sus casas viendo *Dallas*». La televisión, me dijo, había acabado con los bares, sin duda.

Lo que me desconcertó no fue lo que me dijo el periodista, sino cómo lo dijo. Con voz bronca y llena de resentimiento. Hablaba como si fuera una afrenta personal. Le pregunté si él sí seguía yendo a los bares. «No —respondió de mal humor—. ¿Qué sentido tiene? Ya nadie va». Entonces, ¿dónde quedaba con sus amigos para charlar? «La gente ya no charla», dijo. ¿Cómo que la gente ya no charlaba?, insistí. Vivía entre los habladores más pertinaces del mundo, ¿cómo podía decir que la gente ya no hablaba? «¡Pero qué quiere! —exclamó—. El mundo ha cambiado. Me ha tocado vivir en un mundo que no reconozco. ¿Qué le voy a hacer yo? Nada, no puedo hacerle

nada; la gente ya no habla». Lo comprendí entonces: era él quien no hablaba ya. Los bares habían hecho por él lo que no era capaz de hacer por voluntad propia; lo que no quería hacer por voluntad propia. Ahora que los bares estaban quedándose vacíos, la gente ya no hablaba.

Nunca olvidaré la inercia que se adivinaba bajo la rabia en la voz de aquel periodista: su pasividad apagada y arisca. El mundo le había decepcionado. Había esperado que fuera de una forma pero había resultado ser de otra; él había hecho todo lo que había podido; nadie podía decir que él no hubiera estado dispuesto a hablar. Cuando los bares estaban allí, había ido. Ahora que le había tocado vivir en un mundo sin bares... en fin, ¿qué se podía esperar?

En el momento no supe que recordaría el sonido de aquella voz, ni la carga de su mensaje pasados tantos años pero, ahora que me paro a pensar en por qué no escribo cartas, comprendo que me veo reflejada en el recuerdo de aquel intercambio.

Estaba en casa leyendo. Me llamó un amigo para contarme lo del tiroteo contra los alumnos de una escuela Jabad-Lubavitch en el puente de Brooklyn. A las once encendí el televisor para enterarme mejor de lo ocurrido. Esa noche había tres noticias importantes —el tiroteo, un avión que había caído en picado en el aeropuerto de La Guardia, y se me ha olvidado la tercera—, intercaladas entre anuncios, sintonías *in crescendo*, presentadores cotilleando entre sí, diez o quince personas hablando aceleradas y metiéndole el micrófono en las narices a otras cincuenta personas. Cuando apagué el televisor, volví a mi libro, pero ya estaba soliviantada, no podía concentrarme, no podía pensar. Se me había quedado el sonido de la televisión retumbando en la cabeza, y empezó a mezclarse con el de la calle que había conseguido obviar hacía una o dos horas. En ese momento me sonó el teléfono. No lo cogí pero respondió mi contestador. La habitación se llenó entonces con el estruendo recordado del televisor, el grito infinito de la calle bajo las ventanas, el repiqueteo que venía de mi mesa. Me eché en el sofá e intenté poner la mente en blanco, con el libro en las manos. Cuando por fin logré hipnotizarme de vuelta a una ilusión de tranquilidad, el silencio me pareció un alivio. Era justo eso: alivio. Comprendí entonces que en la vida la tranquilidad que me rodeaba nunca volvería a ser ni tan enjundiosa ni tan animada como la de mi infancia: cuando todo el mundo escribía cartas. Me

quedé mirando el techo, y despotricando contra el mundo por ser como era. El rencor se avivó en rabia; la rabia se hundió en picado hasta la depresión; la depresión dio paso al letargo. Esa noche no leí más.

Unos días después tenía que decirle algo importante a una amiga mía que vive en el Soho, a sólo un código postal de mi piso. Hice además de coger el teléfono, pero me quedé con la mano sobrevolando el auricular. En ese momento no quería hablar con mi amiga. No quería oír su voz ni quería oír la mía. Pero aun así quería hablar con ella. De pronto me entraron ganas de escribirle una carta. Quería decirle por escrito cómo había llegado a mis manos la información, qué me había parecido cuando la había recibido, y qué me parecía ahora. Quería describirle la luz en mi cuarto mientras le escribía, cómo había sentido el aire cuando llegué a casa, un intercambio de palabras que acababa de tener en el ascensor. Quería, en resumidas cuentas, narrar, no transmitir; extenderme sobre el momento; moldearlo, lograr una forma. Al llegarle por correo en lugar de por teléfono, la información que recibiría mi amiga sería muy distinta; el tipo de información que suele darte un poema, no un comunicado: una muestra de intimidad que yo quería regalarle a ella, para extenderme a mí misma.

En cuanto me senté al ordenador el impulso empezó a resquebrajarse. Había sido un día largo, estaba cansada, tenía que volver a salir dos horas después. ¿De verdad iba a darme tiempo a escribirla? Consulté el surco del cerebro donde tengo guardadas las frases de escribir cartas. Parecía acartonado y angosto. ¡Cuánto hacía que no escribía una carta! Si no, mañana por la mañana. Pero recordé entonces que mi amiga debía tener esa información no más tarde de dos días. Si le escribía, quizá le llegara dos días después, o dentro de una semana. No podía confiar en el reparto. Venga ya, pensé, arriésgate. Encendí el ordenador. ¡Uf, qué cansancio tenía! Apagué el aparato y cogí el teléfono.

«¡Querida!», me dijo mi amiga. Una sonoridad terapéutica fluyó por el cable. Le conté lo que tenía que saber. Y luego le dije que había estado pensando en escribirle en vez de llamar. «¡Qué dices!», se rio y se compadeció en el acto de mi predicamento; ella se había visto más de una vez en las mismas. Hablamos de la psicología del asunto en fragmentos de frases rápidos y fulgurantes. Empecé a sentirme animada y revitalizada mientras hablábamos pero, cuando colgué diez minutos después, estaba igual de

cansada que antes de llamar. Más que cansada, derrotada o algo parecido. Se me había evaporado la relación entre la luz, el aire, la información y el encuentro del ascensor: ya nunca lo conseguiría. Parecía haber algo importante atrapado en esa pérdida.

Me senté a mi mesa y me quedé mirando el teléfono. No odiaba aquel aparato ni la conversación que acababa de tener, pero me parecía odioso haber sucumbido a los dictados de la llamada telefónica. No era en absoluto lo que se necesitaba o se quería. En ese momento la vida me pareció más nimia.

Bueno, empecé a discutir conmigo misma, vale, has hablado por teléfono en vez de por papel. Es que es complicado organizar una respuesta escrita, siempre supone doble esfuerzo, eso es así. Pero el contacto lo haces. Te pasas la vida llamando. Por el amor de Dios, ¿es que no te basta con eso?

No, me respondí. No me basta. Una cosa es transmitir y otra narrar: comparables pero no intercambiables. Escoger entre una y otra es como escoger entre el trabajo y el amor: sea como sea, es media vida. Fue entonces cuando comprendí lo que había en juego en el asunto de la carta o la llamada.

La conversación telefónica es, por su propia naturaleza, reactiva, no reflexiva. La inmediatez es su virtud primordial. La inmediatez suscita compañía rápida, estimulación instantánea; la estimulación es catártica; la catarsis hace que la angustia remita; vierte al espacio abierto la clase de pensamientos que genera la reacción eléctrica. La carta, escrita en una soledad ensimismada, es un acto de fe; asume la presencia de otro ser humano; el mundo y el ser se generan desde dentro; la soledad se busca, no se teme. Escribir una carta es estar a solas con mis pensamientos ante la presencia evocada de otra persona. Me hago compañía imaginaria a mí misma. Ocupo la habitación vacía. Conjuro yo sola el silencio. Todas las cosas que hacía el señor Levinson cuando hace setenta años se sentaba a su mesa a medianoche para escribirle a mi madre.

Levinson nunca conoció los placeres del discurso despreocupado, ese don extraordinario de la cultura terapéutica. A solas a medianoche, con su tinta, su pluma y su papel, sólo alcanzaba la alegría de la frase moldeada. Esa alegría lo llevaba donde la conversación no podía, le hacía meterse a presión en sitios de su ser que sólo visitaba de esa manera. Las cartas son una prueba escrita de su anhelo por buscarles el sentido a las cosas, por penetrar su

propio caos, descubrir lo que sentía a través de lo que estaba escribiendo. Otro tipo de búsqueda interior: un viaje fuera de los mapas. La trasmisión es un conjunto de señales conectadas que se envían hacia la superficie que se quiere explorar. La narración es una vereda abierta por en medio de la naturaleza salvaje. Ambas cosas son deseables en la vida; por sí solas suscitan una insuficiencia vital. Cuando sustituimos lo uno por lo otro conlleva un coste elevado, pero siempre parecemos vivir en un mundo que nos dice que tener ambas cosas no es rentable, que con una u otra podemos arreglarnos.

Cuando los bares son hervideros de vida, la charla es una agilidad compartida de la mente que hace prosperar el apetito por la conversación: el hacedor de frases correcto pasa a ser bueno; uno bueno, excelente; uno excelente, extraordinario. Cuando el mundo entero escribe cartas, es fácil aprovechar la calma interior, contar la historia de una hora, mantener viva la vida interior narradora. Estar sola en presencia de los pensamientos propios no es un valor, solamente una práctica común. Es cuando los cafés se vacían y el reparto postal es incierto cuando el esfuerzo por seguir siendo humanos se convierte en un acto deliberado.

Había querido arriesgarme con el correo, pero no lo había deseado lo suficiente. Me dolía perder el impulso narrativo, aunque sobreviviría al dolor. Porque puedo sobrevivirlo, estoy viviendo con él. Porque estoy viviendo con él, ocupo el mundo que me ha tocado vivir. El periodista israelí y yo.

En 1937 Edmund Wilson le escribió a Louise Bogan instándole a recuperarse de su crisis nerviosa mediante la vuelta al trabajo: «Tenemos que aceptar la vida (la sociedad y las relaciones humanas) más o menos como nos toca —escribió Wilson—. Lo único que realmente podemos hacer es nuestro trabajo. Y una vez hecho, el trabajo deliberado de la mente, la imaginación y la mano, pese a todo, como decía Nietzsche, rehace a la larga el mundo». A la inversa, el trabajo que no se hace —rehuida la deliberación— es también un hacer mundo. Cada vez que las ganas de escribir una carta mueren nonatas en mí, estoy haciendo el mundo contra el que despotrico. Dejo en la estacada al impulso narrativo. Dejo que prevalezca el ruido.

La aspiración noble no está en escribir cartas. La aspiración noble está en no perder la expresividad en toda su extensión.

EN LA CALLE: NADIE ES ESPECTADOR, TODO EL MUNDO ACTÚA

Murió la escritora que vivía en la esquina de mi calle. Hacía más de veinte años que la conocía. Ella admiraba mi trabajo, teníamos las mismas inclinaciones políticas, le gustaba mi cara cuando me veía acercarme, se notaba, pero no quería pasar tiempo conmigo. Siempre que nos cruzábamos por la calle, era todo sonrisas, un abrazo sentido, los dos besos, unos minutos de cháchara alegre y despreocupada. Yo no podía evitar decirle: «A ver si quedamos», a lo que ella asentía y me decía: «Llámame». Y yo la llamaba y ella se inventaba sobre la marcha cualquier pretexto para decirme que me devolvería la llamada en otro momento y luego, nada. Cuando volvíamos a cruzarnos por la calle: todo sonrisas, gran abrazo, los dos besos, ni una palabra de la llamada pendiente. Era inescrutable: me vi incapaz de horadar aquella careta de cordialidad sonriente. Estuvimos así años. A veces nos encontrábamos por otras zonas de la ciudad; era algo que siempre me sorprendía, y a ella le pasaba lo mismo, y es que Nueva York es como un país, tu barrio es tu ciudad, y cuando ves a alguien de tu calle o de tu bloque en otro barrio, lo primero que se te pasa por la cabeza es: «Pero ¿qué haces tú aquí?». Ambas veíamos esa idea pintada en la cara de la otra y nos echábamos a reír. Después nos saludábamos, una cosa breve, y cada cual por su lado.

A los seis meses de su muerte, pasé un buen día por delante de su casa y tuve una revelación: comprendí que no volvería a mirar su espalda en retirada mientras pensaba «¿Por qué no me quiere como amiga?». En ese momento la eché de menos, una nostalgia tremenda. Había desaparecido del paisaje de los

encuentros marginales: el paisaje con el que calibro a diario la fuerza inmutable de todo con lo que sólo conecto en la calle, y únicamente cuando me ve acercarme.

Una tarde de julio, dos hombres apoyados contra un edificio en la Treinta y Ocho. Los dos calvos, los dos con el puro en la boca y cada uno con un perro pequeño y una correa. Apabullados por el ruido, el calor, el polvo y la confusión, los perros no paraban de ladrar. Los dos hombres miraban con mala cara a sus animales.

—Guaguaguau, para ya con el guaguaguau —dijo uno enfadado.

—Guaguaguau, tú sigue con el guaguaguau —dijo el otro en voz baja.

Me eché a reír. Los hombres me miraron y sonrieron con ganas. Las tres caras se pintaron de satisfacción. Ellos habían actuado y yo había recibido. Mi risa había conferido forma a un intercambio que, de lo contrario, se habría evaporado en el caos. El apabullamiento se volvió menos hostil. Comprendí lo a menudo que la calle se convierte para mí en una composición: el fogonazo de experiencia que extraigo una y otra vez de la corriente infinita de acontecimientos. La calle hace por mí lo que no puedo hacer por mi cuenta. En la calle nadie es espectador, todo el mundo actúa.

Otra tarde ese mismo verano estaba ante el fregadero viéndomelas y deseándomelas para enroscar al grifo un aireador defectuoso. Acabé llamando al de mantenimiento del edificio. Sacudió la cabeza: la junta del aireador era pequeña para mi grifo, se habría pasado; lo suyo era ir a la ferretería y buscar una junta más grande que pudiera remediar la situación. Me acuerdo de ir andando por la avenida Greenwich, con el grifo y el aireador en la mano y esforzándome por recordar con exactitud lo que me había dicho que pidiera. Desconocía la jerga y no sabía si me había quedado bien con las palabras. De pronto empecé a agobiarme, un agobio tremendo. No iba a conseguir lo que necesitaba, lo sabía. Me quedaría sin aireador para siempre. Entré en Garber's, una ferretería de las de toda la vida, con sus abueletes judíos perdonavidas tras el mostrador. Uno, también calvo y puro en boca, levantó el grifo en una mano y el aireador en la otra. Se quedó mirándolos. Lenta, muy lentamente, empezó a sacudir la cabeza. Estaba claro, no había esperanza.

—Señora, no es que esté pasada, no tiene nada que ver con que esté

pasada. —Siguió con el meneo de cabeza; quería prolongar todo lo posible la desesperanza—. Y esto —dijo enseñándome la junta de goma gris en la palma de la mano—, esto es una auténtica porquería.

No respondí, sumida como estaba en un desaliento paciente. El hombre se cambió de comisura el puro y se alejó luego del mostrador. Lo vi trastear en un cajón lleno de cajitas de cartón. Sacó algo de una y, para cuando volvió al mostrador, el aireador estaba enroscado al grifo como por arte de magia. Lo desenroscó entonces y me enseñó cómo lo había hecho. Donde antes había goma gris ahora resplandecía el metal. Volvió a ajustar el aireador, pan comido.

—¡Ah, lo ha conseguido! —jaleé.

Debatiéndose entre el triunfo del que resuelve y la satisfacción del que niega, arqueó la boca en una sonrisa complacida.

—Metal —dijo filosóficamente, tamborileando sobre el aireador perfectamente encajado en el grifo—. Esto —cogió de nuevo el trozo de goma—, esto es una auténtica porquería. Serán dos dólares y quince centavos.

Me deshice en agradecimientos, le tendí el dinero y luego di una palmada sobre el mostrador y dije:

—Qué gusto da cuando te solucionan tan fácilmente los pequeños agobios. —El hombre se me quedó mirando—. Es que verá —le expliqué abriendo los brazos de par en par, con las palmas hacia arriba, como si fuera a presentar un número de vodevil—, me ha librado usted de agobios mayores.

El hombre se quedó mirándome un instante más y, después de volver a cambiarse de lado el puro, dijo:

—Eso que ha dicho, señora, es una verdad como un templo.

Salí contenta de la tienda. Esa noche le conté la anécdota a Laura, que es escritora, y me dijo: «Así es tu gente». Más tarde esa misma noche se la conté a Leonard, que es neoyorquino, y me dijo: «Qué barbaridad lo que te ha cobrado».

El teatro callejero puede darse en una tienda, en un autobús, en tu propio piso. Esta corriente artística exige tanto un número de actores suficientes para llevar a cabo la acción (comparsas y protagonistas por igual) como un ritmo de intercambio dilatado. En la ciudad abundan tanto lo uno como lo otro. En la ciudad las cosas pueden mantenerse en movimiento hasta que convergen.

Cuando convergen, me detengo.

Me quejo a Leonard de haber tenido que pasar toda una velada en casa de unos amigos escuchando al tedioso marido de una mujer muy interesante que conozco.

—Hay que tener cara —responde Leonard—. Se creará que él también es un ser humano y todo.

Marie me llama para contarme que Em ha escogido justo ese momento, con su padre a punto de morir, para decirle que su egocentrismo es endémico, no circunstancial.

—Qué oportuno —me solidaricé.

—¡Oportuno! —chilla Marie—. ¡Es una agresión, una agresión pura y dura! —Lo dijo con una voz que parecía una acera rota.

Lorenzo, un músico muy nervioso que conozco, me cuenta que se va a comprar un piso.

—¿Y eso? —le pregunto, porque conozco el piso donde vive y es estupendo.

—El baño está a seis metros del dormitorio —me confía, y luego tose tímidamente—: Sé que es un detalle tonto, pero cuando uno vive solo, los detalles lo son todo, ¿no te parece?

Me encuentro a Jane por la calle. Hablamos de una conocida nuestra que tiene una voz, por defecto, suicida. Jane me cuenta que el otro día recibió una llamada suya a las siete de la mañana y le respondió enérgicamente. «No me malinterpretes, no fue puro altruismo. Sólo intenté que se levantara del suelo porque era demasiado temprano para andar doblando el lomo de esa manera. Me limité a protegerme la espalda».

Mis conocidos —como la propia ciudad— abarcan un espectro muy grande, pero no están integrados entre sí; mis amigos no son amigos de mis amigos. A veces, cuando me siento sociable y me imagino la vida en Nueva York toda de una pieza, veo estas amistades como las cuentas de un collar holgado, cuentas que no se rozan entre sí pero se me posan todas, leves y tranquilizadoras, sobre la base del cuello, y como por arte de magia me transmiten al tacto la calidez de la conexión. Mi vida parece entonces reflejar una esencia urbana que tengo en gran estima: la densa y original naturaleza de la vida en los márgenes, el riesgo y la emoción de tener que recomponerlo

todo, de nuevo, a diario. La crudeza de la ciudad se me antoja atractiva. ¡Ah, los placeres del conflicto! ¡El glamour de la incertidumbre! ¡Un hurra por las amistades neuróticas y un viva por la mala educación!

Hay otros momentos, cuando no hay nadie y todos tienen cosas que hacer, en que me quedo mirando por la ventana y pensando: «Mira que eres tonta, idealizando la vida en la ciudad de esa manera». La soledad me engulle como el calor seco. Es soledad neoyorquina, inflamada por la vergüenza, una soledad que te dice que eres tonta y no vales para nada. Los demás están todos dándose un festín, y tú eres la única que no has conseguido sitio en el banquete. Miro abajo, a la calle. Veo mi vida como la de una bestia de carga; mientras no me quite el yugo, soy capaz de poner un pie delante de otro sin perder el paso, pero si algo me desequilibra vuelvo a sentir el lastre de las circunstancias colgando del cuello, una rueda de molino bajo cuyo peso me he enseñado a caminar recta.

Hace un día radiante: el asfalto reluce, la gente se abre camino como una cuchilla por la muchedumbre, los edificios parecen recortados contra un cielo de un azul insólito. Las aceras están atestadas, el ruido del tráfico te deja sordo. Yo voy caminando despacio y la gente se choca conmigo. Cuando llevo kilómetro y pico, acelero el paso, se me relajan los ojos y se me despejan los oídos. De vez en cuando una cara, un cuerpo, un gesto, se separa del avance perpetuo de la muchedumbre y atrae mi atención revigorizada. Empiezo a oír la ciudad y sentir su presencia. Dos hombres de veintipico años, delgados y bien vestidos, pasan rozándome, mientras uno le dice acelerado al otro: «Tienes que reconocerle el mérito. Ha conseguido hacerse un nombre a pesar de venir de la nada, ¡de la nada absoluta!». Me río y pierdo el paso. Perdona, culpa mía, disculpe... Aparece una pareja entre el gentío, piel oscura, atractiva, mediana edad; cuando llegan a mi altura el hombre está diciéndole a la mujer: «Siempre es cosa mía, nunca es cosa tuya». Coches que pitan, camiones que pegan frenazos, semáforos que cambian. Vendedores ambulantes que pregonan su género, comida, ropa, joyas. Un hombre, de pie tras una mesa plegable llena de relojes de oro y plata, habla con calma al vacío: «Es un robo, damas y caballeros —dice—, un auténtico robo». Se me está acercando otra pareja, bastante peculiar. La mujer es negra, enana, de unos cuarenta años. Él es hispano, un chico, doce o catorce años. Ella va mirando al frente al andar mientras el chico revolotea a

su lado; cuando pasan, dice con voz de madre Montessori: «No importa lo que él piense, lo importante es lo que pienses tú».

Enderezo los hombros, los pasos se me alargan. La desdicha que tengo en el pecho empieza a diluirse. La ciudad está abriéndose para mí. Me siento envuelta en el abrazo de la calle ajetreada, con su expresividad inconsciente, la única invitación que necesito para no sentirme excluida.

Hay mañanas que me levanto y, no sé cómo, tengo más de mí misma. Balanceo las piernas por el borde de la cama, subo el estor y, desde mi ventana de una planta dieciséis, siento que la ciudad se me derrama por los ojos, agolpándose en el mundo, rellenando el paisaje. Detrás, allí a lo lejos, en su sitio, está el río Hudson y, si quiero, el cielo. Pero no quiero. Lo que quiero es llevarme abajo a este ser del que ahora tengo más, a esas calles ruidosas, sucias y peligrosas, y atravesar Manhattan de punta a punta en medio de ese gentío que quizá, con suerte, también tenga más de sí mismo. No hay amigo, amante o pariente con el que prefiera estar en lugar de cabriolear por las calles mientras me empujan, me choco, cruzo la mirada con el desconocido, siento el roce de la desconocida. En la calle me sonrío a mí misma como una tonta, caminando rápido ante todo el que viene en sentido contrario. Los niños se me quedan mirando, los hombres me sonrían, las mujeres ríen sólo para mis ojos. ¡Qué de ternura me sale al paso cuando estoy de ese humor! El afecto impersonal de la palma de una mano que se apoya en mi brazo o mi espalda mientras alguien murmura un «perdón» y esquivo con destreza mi cuerpo: no es posible explicar lo mucho que me calma. Qué amor siento en esos momentos tanto por la idea de la ciudad como por su realidad. Y todo el mundo tiene un aspecto estupendo: guapos, estilosos, interesantes. La vida rebosa sin miramientos ni condiciones. A menudo siento que voy andando con la cabeza hacia atrás y la boca abierta de par en par, y se me derrama por la garganta una corriente de sol diluida en agua. Cuando pienso en los días que me veo mirando una cara de gárgola tras otra —todos los que me cruzo, un desfile de viejos, feos, deformes y enfermos—, no puedo sino deducir que la calle me devuelve un reflejo primitivo de la carga de esperanza o miedo que lleve ese día conmigo.

Nada me cura de un corazón resentido y enojado como un paseo por esa misma ciudad que suelo sentir que me niega. Ver en la calle las cincuenta

maneras distintas que tiene la gente de luchar por seguir siendo humana hasta el ultimísimo minuto —la variedad y el ingenio de las técnicas de supervivencia— es sentir que la presión se relaja, que la crecida se achica. Me uno al agobio. Comparto la afección. Siento en mis terminaciones nerviosas el rechazo comunal a hundirse. Nunca estoy menos sola que sola en la calle llena de gente. Sola, me imagino a mí misma. Sola, gano tiempo. Yo, y toda la gente que conozco. Yo, y todos los amigos de Nueva York.

Suena el teléfono. Es Leonard para preguntarme por un editor que quiere recomendarle a un amigo. Le respondo y charlamos. Noto el deje afilado y recio de su voz, noto cómo se debate consigo mismo. Acudo en su ayuda encauzando la conversación hacia un tema que nos interesa a ambos. A los diez minutos ya lo he sacado del agujero negro donde se había metido él solo. Ríe ya, con ganas incluso. Reconfortada por el esfuerzo y la victoria, digo:

—A ver si quedamos para cenar.

—Venga —me responde con un titubeo mínimo—. Déjame ver. —Está consultando la agenda—. Ay, Dios, qué horror. —Noto que le vuelve la angustia a la voz, gota a gota, el pánico que siente al verse obligado a quedar—. ¿Cómo te viene dentro de tres viernes?

—Vale —digo, dejando apenas uno o dos segundos de desorientación.

Ese mismo día vuelve a sonar el teléfono. Es Laura. «No te lo vas a creer», me dice, y procede a entretenernos a ambas con la historia por la que me ha llamado. Laura es todo contacto, en cuanto su voz oye la mía. Ella cuenta la historia, las dos nos reímos, hay un intercambio de frases con profundidad psicológica.

—A ver si quedamos para cenar —digo.

—Por supuesto —dice—. Déjame ver. —Consulta también su agenda—. Madremía, qué ridiculez, no puedo hasta principios de la semana que viene. Esperaesperaespera. —Está disfrutando tanto de sí misma durante esta conversación que no quiere dejar que se evapore el placer—. Esto de aquí lo puedo cambiar. ¿Cómo te va el jueves?

Hay dos categorías de amistades: aquellas en que las personas se animan entre sí y aquellas en que hay que animar a las personas para quedar. En la primera categoría despejas todo para quedar. En la segunda buscas un hueco en la agenda.

Yo a veces soy Laura y a veces Leonard. Otras soy los dos en el transcurso de un solo día. Me encantaría ser siempre Laura, eternamente receptiva al contacto humano. Estar receptiva es sentirse expresiva. Valoro la expresividad por encima de todas las cosas. O eso digo. Pero hay momentos, días incluso, en los que cualquier observador imparcial podría buenamente concluir que yo, como Leonard, parezco hundida en mi propia melancolía, anegada por la inestabilidad invasora, presa de una cobardía a la que parezco dedicada en cuerpo y alma.

La amistad neoyorquina es un aprendizaje en el arte de debatirse entre la devoción por la melancolía y la atracción por lo expresivo. Yo creía que sería distinto en la amistad de lo que suele ser en el matrimonio, como si aspirara a un nivel superior de equilibrio o algo parecido. Pero qué tontería de idea. Al fin y al cabo todos hemos estado casados, ¿no? La mayoría nos pasamos la vida librando una batalla interna que nunca se gana, en una guerra a la que sólo la muerte pone fin. Aunque, eso sí, en cada vida predomina un elemento distinto. La ciudad se tambalea bajo el impacto de esta dinámica. Por qué exactamente, eso ya es más complicado de explicar.

Cuelgo el auricular en la base del teléfono. Cierro la puerta del piso. A los treinta segundos estoy en la calle. ¡Gracias a Dios por la calle! Los que ansiamos lo expresivo pero no logramos sacudirnos la melancolía nos pateamos las calles. Las aceras de Nueva York están llenas de gente que quiere escapar de la pena de cárcel que es la historia personal y busca la promesa de un destino sin definir.

Esta mañana, en la Octava a la altura de Chelsea, he creído ver a una conocida, la esposa de un profesor con el que coincidí en una universidad del sur. La mujer de la calle tenía su cara alargada y de bonitos pómulos enmarcada por una cascada del típico pelo ensortijado neoyorquino, idéntica a la de Barbara Levinson. Llevaba también unas botas de cuero gastadas que debieron de costarle caras en su momento, así como una capa de lana de las que se pusieron de moda hace tres años, cerrada con un broche de jade y plata, algo que también le habría pegado mucho a Barbara. Cuando la tuve más cerca, vi que ni era Barbara ni se le parecía. ¡Qué cara más elocuente la suya! Era la de una mujer que había tenido «aspiraciones», se notaba. Tenía una boca deshecha, barbilla desafiante, carmín osado, unos ojos resignados

en una opacidad inteligente. Aquella mujer se me antojó glamurosa, allí, en la Octava a las diez de la mañana —qué ojeras suntuosas, una joya en su hábitat natural—, con la calle de telón de fondo y todo lo que sabía grabado visiblemente en la cara. Era una cara que sólo podía haberse fabricado en la ciudad.

Allá en el sur, Barbara L. me había parecido singular, de un exotismo vergonzante, y luego, con la edad, sólo vergonzante. Comprendí entonces que lo que la había consumido había sido el aislamiento. Como otros muchos, era capaz de sobrevivir en el sur pero no de florecer. Camino de ser interesante, se había quedado en excéntrica. Para brotar «en cualquier parte», hay que tener la distinción suficiente para crearse un entorno propio, o la humildad suficiente para fundirse con el que se tiene a mano. Si no eres ni lo uno ni lo otro, es necesaria una masa crítica de espíritus afines. Es como la diferencia que hay entre las plantas corrientes que se siembran en los jardines de los barrios residenciales (un arbusto con cara de bobo por aquí, un parterre mustio por allá) y las de un jardín bien frondoso, cuya profusión concentrada hace que esos mismos arbustos y flores feúchos resplandezcan al estar en su «elemento». Aquí en la Octava lo que esa mujer sabía la hacía emocionante. Si la trasplantáramos a una ciudad universitaria del sur, no tardaría en amustarse.

Ese pelo, el ensortijado neoyorquino: exigía más profusión concentrada de lo que jamás habríamos imaginado.

En la Novena, a la altura de la estación de autobuses, veo de pronto a una pareja caminando a mi lado por el arroyo de la calle, entre los coches. Son los dos negros, los dos están delgados y los dos visten con harapos. El hombre lleva una pesada bolsa de la compra en cada mano. La mujer anda codo con codo, con las manos vacías, temblando de cansancio. Él parece incapaz de hablar, y avanza estoicamente. Ella se mueve lenta, y con mucha indecisión. La cara le solloza en un llanto mudo.

—¡Eres malo! —le grita al hombre—. ¡Eres muy malo! Me lo quitas todo. ¡Todo!

Su compañero no amaga respuesta. La mujer le repite que es malo y que le quita siempre todo.

—No eres buena persona —vuelve a gritar—. Voy a llamar a la poli.

¿Mestás oyendo? Voy a llamar a la poli.

Increíble pero cierto, la mujer para efectivamente a un agente de policía y le pide que atienda su queja. Empieza a formarse un corro de gente. El policía escucha los gritos de la mujer. El hombre de las bolsas se para, y noto el esfuerzo que le supone detener su movimiento de arrastre. El agente interpela al hombre, que dice tranquilamente que él no le ha quitado nada a la mujer, que sólo está llevando las cosas de ella y las suyas. El policía asiente hastiado. No tardan en hacerse aliados. El poli pone una mano en el brazo del hombre, todo amabilidad, y otra en el de la mujer. Les insta a zanjar la disputa y los manda a cada uno por su lado. La mujer se queda allí, desamparada, todas las esperanzas perdidas. El hombre espera, mirándola con paciencia. Sabe que tiene que dejarla hablar. La mujer extiende el brazo, cierra el puño. Desde el puño extiende el índice y lo sacude como un termómetro en la cara del hombre.

—No quiero saber nada más de ti —grita—. ¡No te me acerques! No quiero volver a saber nada de ti.

Van abriéndose los otros cuatro dedos del puño cerrado. Después esos mismos dedos empiezan a arquearse hacia dentro. Se abren y se cierran en un movimiento que está diciéndole que se acerque. «No quiero saber nada más de ti», grita. Los dedos empiezan a implorar en vez de acusar; dicen «acércate» con una agilidad cada vez mayor. Y todo ello sin dejar de llorar.

—No quiero saber nada más de ti.

Me he quedado parada sola a un lado del corro. La voz y los gestos de la mujer me tienen fascinada. Es pasmosa su elocuencia. Qué bien ha sabido combinar lenguaje y movimiento para contar su historia. No me siento identificada con ella. Ella está sola, yo estoy sola. Pero ella está ahí, y yo estoy aquí. Ella también tiene el ensortijado neoyorquino. De momento, es camaradería suficiente.

En mi juventud Nueva York era segura, todo era o muy barato o gratis y, en el centro, ni gais, ni negros, ni mujeres. Ahora la ciudad es violenta, todo cuesta un riñón, y todos somos visibles.

Dos coches que han estado a punto de chocarse en medio del cruce entre la Treinta y Cuatro y la Segunda. Se han quedado los dos parados en ángulos disparatados, con las puertas abiertas de par en par y los conductores fuera,

gritándose. Al instante se forma un corro. Aparece un agente de policía. Los dos conductores se ponen a gritarle:

—Pero, hombre, ¿es que no ha visto lo que ha hecho?

—¡No ha visto lo que ha hecho ÉL!

El poli lleva una mano al brazo de cada hombre y les dice:

—Voy a proceder a administrar justicia. Usted —señalando a uno con la cabeza e indicándole el este—, móntese en su coche. Y usted —señalando al otro con la cabeza e indicándole el oeste—, móntese en el SUYO. Y hagan el favor de irse los dos a tomar por culo.

Aplausos del corro.

En la esquina de la Veintitrés con la Séptima un hombre que lleva un gorro de lana azul marino bien calado en la cabeza y tiembla dentro de una chaqueta de imitación cuero está vendiendo un ejemplar atrasado del *Daily News* por un cuarto de dólar, todo esto con una siniestra sonrisa en la cara. El titular dice así: «Atentan contra Sadam Husein». El hombre grita sin mucho brío:

—Lean todo sobre el tema. Lean todo sobre el tema. Han intentado asesinar a su amigo y al mío. Mándenle su amor, mándenle una postal, mándenle un paquete bomba. Tiene que saber cómo se sienten.

Por fin pasamos página con el tema de Estados Unidos en el golfo Pérsico.

Enfrente del estadio hay un hombre vendiendo un chisme que la gente no sabe lo que se pierde. «A dólar, a dólar, sólo un dólar, amigos —dice en un zumbido monótono—. No dejen pasar la ocasión. Sólo hoy, a dólar, a dólar». Lo único que mueve es la boca, tiene la cara callada, los ojos muertos. Una joven se abre camino entre el gentío. Trabaja en el barrio. El vendedor la conoce. «A dólar, sólo un dólar... Me alegro de verte, bonita, me alegro, me alegro, cómo estamos hoy... A dólar, amigos, sólo un dólar». Es alucinante cómo sobresale la voz del zumbido monótono, cobra vida y agilidad y vuelve al zumbido. A la mujer se le encienden las mejillas. No le importa. Asiente a modo de reconocimiento. «Bien», dice sin alzar la voz y sigue su camino. En ambas caras se intensifica la expresión: la de placer en él, la de alivio en ella. Es evidente que se trata de un ritual. Treinta segundos al día estas dos personas se rescatan mutuamente de las profundidades del gentío anónimo.

La calle sigue moviéndose, y hay que saber querer ese movimiento.

Tienes que encontrar la composición del ritmo, entresacar la historia del movimiento, comprender sin lamentar que todo depende de la agilidad con la que entramos en el campo de visión y volvemos a salir. El placer y la tranquilidad residen precisamente en la velocidad con la que se establece la conexión y luego se pierde. No hace falta aferrarse: la conexión es genérica, no concreta, surge otra justo después de ésta.

En el autobús de la Sexta me levanto para cederle el sitio a una mujer mayor. Es menuda y rubia, lleva oros y un abrigo de visón, sus manos, dos garras llenas de manchas con largas uñas rojas.

—Has sido muy amable, querida —me dice y sonrío con remilgo—. Tengo noventa años. Los cumplí ayer.

Le sonrío a mi vez y le digo:

—Está usted estupenda. No le habría echado más de setenta y cinco.

Me fulmina con la mirada.

—Tampoco te pases de lista —me dice cortante.

En la barra de una cafetería dos mujeres charlan sentadas en perpendicular a mí. Una le dice a la otra que una mujer que conoce y que es mayor que ella está acostándose con un hombre mucho más joven.

—Sus amigas se lo dicen: «Te quiere por tu dinero».

La mujer de la barra asiente moviendo la cabeza como una muñeca de trapo y pone cara de chalada, como imitando a la mujer de la que está hablando.

—«Pues bueno», les dice, «que se lo quede. Todo». Además, se la ve estupenda.

Una pareja llama mi atención por la Cuarenta y Ocho. Él tiene una cara de un blanco cadavérico, ella una careta de maquillaje mal aplicado. Los ojos de ambos son sendas rajas hinchadas dentro de bolsas de piel alcohólica. Los dos llevan ropa ajustada y barata, la cadera de ella, una protuberancia en la falda, la barriga de él, empujando oprimida la camiseta. La mujer se inclina con un cigarro en la boca para encendérselo con la cerilla de la mano temblorosa del hombre. Cuando paso a su lado, ella se endereza, suelta la primera bocanada de humo y dice:

—Eso es empezar con una actitud negativa. Así no vas a ninguna parte.

Las calles dan fe del poder del impulso narrativo: su capacidad infinita de

adaptación en los tiempos más inhóspitos. ¿Que la civilización se parte en dos? ¿Que la ciudad ha perdido la cabeza? ¿Que este siglo es surrealista? Muévete más rápido. Corre para encontrar cuanto antes la trama.

Atajo por Broadway camino del Downtown. A la altura de la Cuarenta y Dos, cuando estoy cruzando por un paso de peatones entre la marabunta, el hombre que tengo delante —canijo, negro, joven— se tiende de pronto en medio de la calle con los brazos y las piernas en aspas, justo cuando empiezan a moverse los coches. Me giro en redondo hacia el tipo que camina a mi lado, y que también resulta ser canijo, negro y joven, y le digo: «¿Por qué hace eso?». Sin parar la marcha, se encoge de hombros y me contesta: «Yo qué sé, señora. A lo mejor está deprimido».

Todos los días cuando salgo de casa me digo que voy a ir hacia el este, que el East Side es más tranquilo, más limpio, más espacioso, es más agradable pasear por allí. Pero, no sé cómo, siempre parezco acabar en el atestado, mugriento y volátil West Side. No sé muy bien por qué me pasa, pero rara es la tarde en el West Side que no se me antoja de lo más temática. Tanta inteligencia atrapada dentro de tanto coco. Me recuerda por qué ando. Por qué todo el mundo anda.

Estoy pasando con Leonard por delante del escaparate de una panadería del Upper East Side. Tras la reluciente cristalera, una bandeja de *madeleines*.

—Nunca las he probado. ¿Cómo están?

—Ricas —responde él—. Esponjosas —añade—. Pero tampoco para escribir seis novelas sobre el tema.

Nos paramos delante del escaparate de una librería donde hay expuesto un libro sobre cirugía plástica que ha escrito una mujer que yo conozco.

—Sólo tiene cuarenta y dos años —comento—. ¿Por qué estará escribiendo sobre cirugía plástica?

—¿Y quién te dice que no tiene setenta años?

Dos hombres muy delgados pasan por detrás de nosotros. Uno le dice al otro:

—Dio una charla sobre Jean Harris y la cárcel, que por lo visto les enseña educación sexual a las internas. ¿Qué sabrá Jean Harris sobre educación sexual?[1]

—Lección número uno, chicas —dice Leonard hacia sus espaldas en

retirada—. Nunca le deis el arma al hombre. Recordad: el hombre nunca debe coger el arma.

Esa noche cenamos en casa de una pareja de abogados a los que no conocemos mucho. Los invitados son homófobos, adoradores de «los valores» y están sedientos de charla cultural. Es una cena cara, pero la conversación es comida basura. Los abogados sólo me hablan a mí. Me siento atrapada. En repetidas ocasiones busco a Leonard con la mirada para reírme, pero estoy sola en la mesa. Mi amigo se ha retirado a un territorio remoto donde no puedo penetrar. Más tarde caminamos en la oscuridad y el silencio de las calles. Es una noche fría. Nos resguardamos en nosotros mismos. Al cabo de un rato Leonard me dice:

—No les intereso. Y lo que puedo tener de interesante les da miedo.

No nos acercamos por lo que acaba de decir —llevo ya demasiadas horas sola en su presencia—, pero la vida parece más llevadera gracias a la claridad que sus palabras han impuesto sobre una velada por lo demás insustancial.

No hay barrio en Nueva York que esté libre de pobres, tunantes, desheredados. La fluidez social de esta ciudad significa que nadie escapa de nadie. Por doquier las avenidas se abigarran de vida urbana. Con todo y con eso, los barrios van acumulando personalidades. Park Avenue sigue siendo sinónimo de ricos, West End Avenue, sinónimo de burgueses. Cuando pienso en el Uptown, pienso en clases.

El edificio donde vivo es un rascacielos del Greenwich Village. Como todo rascacielos, viene con una población del tamaño de una ciudad. Esta población es de naturaleza estable, si bien, de vez en cuando, se resquebraja por la superficie. Cuando me vine a vivir aquí, creí haberme mudado a una obra de Dorothy Parker: qué cantidad de mujeres mayores, delgadas y alcohólicas, con caracolillos en el pelo y perritos falderos, merodeando por el vestíbulo o el cuarto de los buzones. Esas ancianas fueron desapareciendo una a una y vinieron a sustituirlas gais cariacontecidos que fueron desapareciendo también uno a uno. Tengo la impresión de que ahora hay mucha más gente como yo en el edificio, personas a las que cuesta más reducir a un estereotipo social y que viven todas solas, y que van y vienen con cara absorta de tener mucho que hacer, por mucho que no resulte muy convincente.

Entre la gente que me cruzo al subir y bajar en el ascensor hay una pareja con la que nunca he hablado, aunque siempre nos saludamos levantando la barbilla. La mujer tiene la cara de Ellen Barkin pero aplastada y el pelo negro betún; el hombre es rubio, con la cara alisada por el bisturí. Los dos llevan años y años vistiendo con gabardina negra y siempre van, hasta en el ascensor, cogidos del brazo. La manera que tienen de ajustarse a los movimientos del otro es un tanto inquietante. A veces me los cruzo por la calle, e incluso por otros barrios, y van andando con las caras totalmente hacia el frente, sin hablar, soldados el uno al otro, tristemente cerrados a cualquier influencia humana.

Anoche llegué a casa a las diez y media. Encendí las luces del piso, escuché los mensajes del contestador y estaba a punto de cambiarme de ropa cuando recordé que había olvidado comprar leche y naranjas para el desayuno. Volví a mi abrigo, salí del piso, bajé en el ascensor y, cuando me disponía a cruzar el vestíbulo, vi a alguien en la portería que estaba pegándose cabezazos contra el mostrador. Era la mujer con cara de Ellen Barkin. Me detuve.

—¿Qué pasa? —pregunté.

La mujer levantó la cabeza, con la cara bañada en lágrimas, y me dijo a voz en grito:

—¡Se acaba de morir! ¡Se ha muerto! En la ambulancia. Ni siquiera hemos llegado al hospital.

—Madremía —exclamé.

Y le abrí los brazos a la mujer, que se me desplomó encima. Sin embargo, cuando me rozó el hombro con la cabeza, me sentí repelida. Y ella también. Nos separamos al mismo tiempo.

—Lo siento —me dijo con su voz de neoyorquina curtida por la vida—, no quería derrumbarme encima de usted.

Tenía la cara empapada. Sacudí la cabeza para decirle que no era nada. Me sonrió.

—Era un hombre muy dulce. Éramos felices. —La cara volvió a venírsele abajo—. ¿Qué voy a hacer yo ahora? ¡Nunca he pasado una noche sola! —gritó. No respondí. Se enjugó la cara y me pidió disculpas una vez más. Después me preguntó—: ¿Qué voy a hacer yo ahora?

La miré a los ojos.

—Ya se le ocurrirá algo —respondí.

La mujer se encogió de hombros y se encaminó al ascensor. Yo me di media vuelta y salí a la noche.

Hace treinta años el Greenwich Village era bohemio. Hoy en día sigue siendo el barrio de las gentes con sensibilidades peculiares y apegos singulares. Puede que, cuando tenía veintipico años y salía por los bares del Village, supiera que la del apego singular sería una mujer con cara de Ellen Barkin dándose de cabezazos contra la mesa de la portería. Lo que nunca habría imaginado es que yo también lo sería.

Vivo en el Village por defecto, no porque le quede una pizca de personalidad auténtica, porque no es así. Su personalidad se evaporó el día que murió la bohemia, y se ha convertido también en un territorio perdido, encerrado ya entre las demoliciones de la calle Ocho y el turismo del Hudson. Vivo aquí porque no me siento a gusto en ningún otro sitio. No sé lo que es o deja de ser hoy en día el Village, pero sigue sin ser clase.

Es el julio más caluroso del que se tenga noticia y voy andando por Madison Avenue a las dos de la tarde. Cuando llego a la altura del cuarenta y tantos decido tomarme un yogur helado. Pero, en cuanto salgo de la heladería, el cucurucho que llevo en la mano empieza a derretirse. Me quedo parada en el sitio, lamiendo todo lo rápido que puedo. La gente empieza a rodearme para pasar. Lamo más rápido pero la cosa no mejora. Está chorreándome por la mano y goteando entero en la acera.

—¿Estoqués? —dice una voz masculina en mi oreja izquierda—. ¿Es que no sabe usted comerse un cucurucho?

Me vuelvo riendo hacia mi interlocutor. Es un hombre menudo, de piel morena y con barba, y tiene un sobre amarillo en una mano y una gran sonrisa en la cara, que va a morir en esa misma boca en cuanto ve la mía.

—¡Pero si no es usted Susan Goldberg! —grita, como si yo lo hubiera engañado—. Creía que era Susan Goldberg. —El tono es medio acusador, medio apologético—. Es usted igualita que Susan Goldberg. Es que es todo, los ojos, el pelo, todo.

Tengo un ojo puesto en él y otro en el yogur que se derrite. Sigo lamiendo todo lo rápido que puedo. Me fijo en que tiene el pelo apelmazado, la barba greñuda, los ojos hechos una pena.

—No le habría dicho nada si hubiera sabido que no era Susan Goldberg —prosigue—, pero es que, a ver, Susan Goldberg es una mujer que más te vale no pasar de largo, ¿sabeloqueledigo? Como te la cruces y no la veas, se lo toma como algo personal. Se cree que no te cae bien. Ya me he buscado muchos problemas por pasarle de largo, pero, de verdad, si hubiera sabido que no era usted Susan Goldberg, no le habría dicho nada.

¿Dónde vas a dormir esta noche?, me vi pensando para mis adentros.

—¡Susan Goldberg, qué mujer! —Su risa es ya desquiciada—. Es un caso. —Tiembla pese al calor—. Me recuerda a mi madre.

¿En el parque? ¿En el metro? ¿Conseguirás llegar a la noche sin perder la cabeza?

La sonrisa vuelve a su boca tan rápido como se fue.

—De todas formas es usted mucho más simpática que Susan Goldberg. ¡Disfrute de su cucurucho de helado!

Se despide blandiendo el sobre amarillo y se zambulle en la entrada de un edificio, un par de portales por delante. Me entran ganas de gritarle «no es helado», pero como no he dicho ni una palabra me parece poco apropiado romper ahora el silencio.

Sigo allí plantada, paralizada por el cucurucho chorreante. No pasa ni un minuto antes de que el hombrecillo moreno salga de nuevo del edificio, todavía con el sobre en la mano: dirección equivocada.

—¡Señora, disfrute! —me grita sonriéndome como loco—. Eso es, señora, disfrute ahí. A saber cuánto tiempo nos queda, ¿sabeloqueledigo?

No respondo. Pero no se me exige respuesta. Todo lo más que se me exige es permanecer en el sitio. Vuelve sobre sus pasos hasta que lo tengo de nuevo al lado.

—Me recuerda usted a mi madre —dice—. Cómo quiero a esa mujer. Dios, es que la quiero una barbaridad. No puedo ir a verla, vive en un barrio chungo, ¿sabeloqueledigo? En fin, drogas y todo eso, no me viene bien, ¿sabeloqueledigo? Ando muy confundido, sabe, es que tengo tanta presión en la cabeza, sabeloqueledigo, las drogas son malas, y yo ya he perdido a dos chiquillos míos por dos mujeres. No puedo ir a ver a mi madre pero ¡cómo quiero yo a esa mujer!, la quiero, le mandé un anillo de compromiso, no es que me lo vaya a montar con mi madre, no me refiero a eso, no es eso, le mandé el anillo para que ella supiera que yo también tengo sentimientos. Ay,

pero es que no me viene bien, no puedo ir a verla, ese barrio me confunde, y con toda la presión que tengo en la cabeza...

Para entonces estoy llena de chorreones secos de yogur. La mano se me ha engarrotado en una zarpa recubierta de chocolate. Estoy hundiéndome en una desesperación de yogur derretido. Estoy tan atrapada por la indignidad a la que me he sometido a mí misma como ese hombre por la presión que siente en la cabeza.

—Joder —me dice ahora—, parece usted una psiquiatra, ¿sabeloqueledigo?

—No —digo, sintiendo por fin el impulso de hablar—, no sé lo que me dice.

—Pues eso, que está aquí conmigo, escuchándome, hablándome. — Suelta una risita—. Como los médicos esos que salen en la tele.

—¡Pero si no estoy haciendo nada! —chillo—. Lo está haciendo todo usted.

La cabeza le cuelga como boba sobre un hombro.

—Qué va —dice, y me explica pacientemente—: me está usted dejando hablar, y eso es como hablar conmigo.

Estoy tomando el té con Leonard en su casa. Yo estoy sentada en la silla alta de terciopelo gris y él enfrente, en el sofá marrón de tela.

—El otro día me acusaron de ser demasiado crítica —le cuento—. Y yo pensando: ésa sí que es buena, tendrías que haberme conocido hace diez años. Pero ¿sabes lo que te digo? —Me echo hacia delante—. Que estoy harta de disculparme por ser crítica. ¿Por qué no iba a serlo? Me gusta ser crítica. La crítica es muy reconfortante. Absolutos, certidumbres... Con lo que yo los he disfrutado... Yo quiero que vuelvan. ¿Ya no puedo recuperarlos?

Leonard se ríe y tamborilea sin parar sobre el reposabrazos de madera de su bonito sofá.

—Antes todo el mundo parecía adulto —digo—. Ya nadie lo parece. Míranos. Hace cuarenta años habríamos sido nuestros padres, ¿y ahora qué somos?

Se levanta y atraviesa el salón para ir a un armarito que abre y del que saca un paquete de tabaco arrugado. Lo sigo con la mirada, atónita.

—¿Qué haces? ¿No lo habías dejado?

Se encoge de hombros y saca un cigarro del paquete.

—Daban el pego, eso es todo. Hace cuarenta años te metías en un armario que se llamaba matrimonio. En el armario había dos conjuntos, tan tiesos que se quedaban de pie solos. Una mujer se metía en el vestido con la etiqueta de «esposa» y un hombre se metía en el traje con la etiqueta de «marido». Y eso era lo que había. Desaparecían dentro de esa ropa. —Enciende una cerilla y la acerca al cigarro—. Hoy en día no intentamos dar el pego. Estamos aquí plantados, desnudos, eso es todo. —Le da una calada al cigarro. Lo veo fumar por primera vez en meses.

—Yo no estoy hecha para esta vida —digo.

—¿Y quién lo está? —responde echándome el humo.

Dos hombres con camisa vaquera de trabajo, peto y botas con clavos van andando a mi lado por la Veintinueve. Los dos tienen los ojos azules, los cuellos colorados, cuerpos recios y enjutos.

—Oye, ¿qué tal el piso nuevo? —le pregunta uno al otro.

—Perfecto —llega la rápida respuesta.

—¿Qué muebles había?

—¡Uh, una cosa! Me he pillado un sofá de cuero negro muy bonito...

—Venga ya.

—Aunque, claro, ahora no tengo asiento trasero en el coche.

—Tienes que invitarme un día a cenar —dice riendo el amigo.

—Eso está hecho. Siempre que traigas tú la comida.

El primer hombre le da un coscorrón en la cabeza al segundo, que sube los puños en alto, a lo púgil. Los dos empiezan a bailar por la calle como si estuvieran en un cuadrilátero. Sueltan derechazos, amagan, golpean. La mímica es perfecta, de un detalle y una concentración sorprendentes. En cuestión de segundos la intencionalidad y el control obran milagros en sus cuerpos y los vuelven hermosos. Sé que, si te los cruzas en el momento menos oportuno en la calle menos apropiada, de Brooklyn o Queens, los dos podrían ser letales, pero en esos momentos son maestros de un arte que interpretan a pleno rendimiento, transformando la acera abierta en una obra de teatro.

En la Treinta y Tres un camión cruza la Quinta Avenida justo cuando el semáforo va a cambiar. Atasco al canto. A mi lado, una mujer en el bordillo se vuelve y con un acento salido de mi infancia me dice: «¿Tutepuedescreer? ¡Pues no ha visto que no le daba tiempo a cruzar!». La miro como una arqueóloga que vuelve al sonido de un idioma sobre el que hizo su tesis. Conozco tan bien a esta prehistórica curtida en la calle. No importa si le respondo o no; si no digo nada, lo hará otro en la siguiente esquina. Ella lo sabe y yo lo sé. Pero siento un placer intenso y sin fondo por aunar mi voz a la suya y sacudir la cabeza mientras digo, como si entre su exclamación y mi respuesta no nos separara ni un solo día en nuestra historia en común. «No, para no creerlo».

En la calle Cuarenta y Dos dos mujeres y tres niños están plantados ante un puesto de perritos calientes. Los críos, dos niños y una niña, parecen deprimidos, y las mujeres agobiadas. Una está enfadada y la otra es desgraciada.

—¿Que por qué lo he dicho? —dice la enfadada—. ¡Lo he dicho porque son unos desagradecidos! Por eso lo he dicho.

La infeliz no responde. Cuando paso a su lado, el crío de más edad empieza a bailar alrededor de los otros niños con una lata de refresco en la mano.

—Sois un hatajo de mocosos desagradecidos —canta en voz baja al oído de la niña, mientras la apuñala con la pajita del refresco.

En la Cuarenta y Nueve me subo al autobús que atraviesa la ciudad. Van todos los asientos ocupados. Me paro al fondo frente a una mujer que ocupa dos asientos con sus paquetes. Lleva un vestido negro, zapatos de tacón negros y un historiado sombrero de ala ancha del mismo color. El exceso de maquillaje le ahonda las arrugas de la cara, tiene la sombra de ojos corrida y el carmín se le ha metido por las grietas en torno a la boca. Los paquetes son tres bolsas de Lord & Taylor. A mi lado hay otra mujer de pie que es más o menos de la misma edad que la del sombrero. Es bajita y gruesa, tiene el pelo cano y muy corto, a lo Gertrude Stein, los ojos, tras unas gafas de montura de acero azules, plácidos, inteligentes. Mira pensativa las bolsas y se inclina hacia delante:

—¿Le importa quitar las cosas del asiento? —le pregunta con amabilidad—. Me gustaría sentarme.

La mujer del sombrero asiente lentamente. Parece estar cogiendo fuerzas para apartar las bolsas pero, dos calles después, no se han movido del sitio. Acusa recibo de la mirada inquisitiva.

—¡No me meta usted prisa! —dice en voz alta—. ¡Por ahí no paso!

Gertrude Stein vuelve a echarse hacia atrás sobre sus tacones marrones bajos, tomándole las medidas a la mujer del sombrero.

—Señora, usted y yo no estamos ya para perder el tiempo —dice con una voz suavona que grita «peligro»—. Aparte las putas bolsas.

Más tarde ese mismo día, voy a la esquina a sacar dinero. Cuando me acerco al banco, veo a un hombre contra el edificio, cara a la pared, rodeado de agentes de policía. Sorteó a los policías tarjeta en mano y entro en el banco. No hay mucha cola. Están todos mirando lánguidamente a la calle. En el cajero automático una mujer golpea con furia las teclas de la superficie lisa de plástico.

—Como si no hubiera otra cosa que hacer —dice una colegiala que tengo delante—. Quince polis y un solo tío.

—Ya ves —dice el hombre de delante—. ¿Tú sabes lo que le está costando al Ayuntamiento esta escenita?

La chica se encoge de hombros.

—A lo mejor es el hombre biónico —dice.

Fuera, dos policías sacuden al detenido rebelde contra la cristalera.

La puerta se abre de par en par. Un hombre anorético se planta en el umbral, tarjeta en mano y con ojos alarmados.

—No habrá robado aquí, ¿no?

—No —decimos todos a coro—. Pase. Hay dinero para todos.

La mujer que está en el cajero se vuelve, derrotada.

—Dinero para todos —le sonrío a la cola—, salvo para ese pobre desgraciado y para mí.

Esa noche cenó mirando la ciudad desde mi mesa. Conforme se va oscureciendo el cielo y empiezan a encenderse las luces en los edificios de alrededor, veo, en el aire entre el horizonte poblado y yo, a la gente del día. Recuerdo al niño con la latapuñal, la mujer con las bolsas de Lord & Taylor. Me río yo sola reviviendo las palabras que dijeron, veo sus caras y sus gestos. Empiezo a repasar las escenas, añadiendo diálogo aquí, análisis acá, alguna

observación más adelante. Luego me veo reculando, imaginándomelos antes de nuestro encuentro. Comprendo con un sobresalto que estoy escribiendo la historia del día, brindándoles forma y textura a las horas que acabo de dejar atrás. Ahora toda esa gente con la que me he rozado hoy en mi paseo está conmigo en la habitación. Se han convertido en compañía, una gran compañía. Esta noche prefiero estar aquí con ellos que con cualquiera de mis conocidos. Me devuelven el impulso narrativo. Me permiten verle el sentido a las cosas. Me recuerdan que cuente la historia que no consigo que mi vida cuente.

Los necesito. Necesito a la prehistórica del Bronx de la calle Treinta y Tres, a la Gertrude Stein del autobús, al hombre biónico del banco. Los necesito más que el aire limpio, las calles seguras o los impuestos bajos. Los necesito y los tengo. Si toda la gente a la que conozco muriera mañana, seguiría teniéndolos. Tendría a la ciudad. Sonrío en la oscuridad. Estoy contenta. Contenta y aliviada. Me siento libre. Libre para empezar y terminar conmigo misma. Libre para imaginar el mañana.

Suena el teléfono. Es Leonard.

—¡Buenas! —digo.

—Pareces de buen humor. —Río—. ¿Nos vamos a ver esta semana? — me pregunta.

—Sí, claro.

—Han estrenado una peli inglesa que quiero ver.

—Vale.

—Dos gais a los que arrestan en Berlín.

—¿Qué más se puede pedir?

NOTAS

[1] Jean Harris era la directora de un internado femenino que se hizo famosa en la década de 1980 por matar a un antiguo amante. [N. de la T.]